



# *Las Ganas* DE LOS DOS

NOVELA ROMÁNTICA ENTRE UNA  
MUJER GRANDE Y UN MACHO ALFA

*Mary Kate Williams*

# Las ganas de los dos

*Novela romántica entre una mujer grande y un macho alfa*

Mary Kate Williams

Título: Las ganas de los dos.  
Copyright © 2019: Mary Kate Williams.  
Registro de la Propiedad Intelectual

Cubierta: imagen utilizada con licencia Depositphotos  
Segunda edición: Septiembre 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta qué, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

# Contenido

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Epílogo](#)

*Dedicada a quien me enseñó a amar y amarme, y a vivir esta vida como una linda historia  
llena de aventuras.*

No parecías ser el indicado, pero eras para mí.

# Capítulo 1

## Paula

—Oye Pau, ¿ya tienes la respuesta de la cuatro?.

Levanté la mirada y vi a mi mejor amiga, Carla.

Estábamos sentadas en la pequeña mesa de nuestra cocina, asándonos en el calor de la tarde mientras terminábamos un trabajo para la clase de ética.

—Ogh. Esto es una mierda, ¡estoy muy cansada! —se queja, mientras hace una mueca.

—Lo sé, yo también lo estoy —resoplo.

—Recuérdame de nuevo por qué pensamos que esto era una buena idea.

Estallé en risa. —Porque lo es. Además, no me digas que preferirías estar trabajando por un sueldo mínimo, ¿o sí?.

—Oye, yo tengo un título —Carla me mira con sus ojos muy abiertos.

—Sí, yo también, y antes de enviar mis solicitudes de postgrado, ¡el único lugar dispuesto a contratarme era Starbucks!.

Carla se rio disimuladamente. —Lo se. Es terrible.

—Pero solo unos años más y podremos trabajar como documentalistas o editoras —señalé alentadoramente mientras deslizaba el libro hacia mi mejor amiga. —Y eso será increíble.

Ella asiente y empuja sus gafas hacia arriba como siempre lo hace. —Sí... Oh por Dios ¿no te conté? Mi padre sigue intentando conseguirme un trabajo en su estúpida firma, aun cuando le he dicho millones de veces que no me interesa.

—Eso apesta.

Los padres de Carla no apoyaron demasiado su decisión -y la mía- de inscribirnos en una maestría de Humanidades en Literatura. Desde que empezó el postgrado ha habido al menos diez intentos de que deje los estudios y consiga un “trabajo real”. Son esas las palabras poco amables de su padre y eso lo deja en la categoría de idiota.

—Sí —me responde Carla con un suspiro —Duele, ¿sabes? Siempre han aceptado a Alonso, sin importar lo que haga. Es el *niño de oro*.

—Ni que lo digas —le respondo mientras miro hacia arriba tratando de no sonrojarme por la mención de su solo nombre.

El hermano mayor de Carla, Alonso, tiene treinta años, es hermoso, pero también es el idiota más grande que he conocido jamás. He admirado a Alonso desde que nos conocimos con Carla en la escuela primaria. Desde entonces, debo admitirlo con vergüenza he estado *enamorada* de él en secreto... pero él siempre se ha burlado de mí.

No, burlarse no es la palabra correcta. Burlarse implica algún tipo de amistad, algo de calidez. No. Lo que Alonso ha hecho -todo lo que ha hecho a lo largo de los años- ha sido fastidiarme, burlarse sería hasta gracioso, pero él es más bien del tipo molesto.

Y esta descripción queda demasiado corta.

—Alonso es una clase especial de idiota —le dije a Carla, apartándome los risos marrones del hombro.

—Dios, lo sé —se queja mientras sacude su cabeza. —¡Mis padres simplemente le perdonan todo! Nadie puede detenerlo, eso me desespera, ¡me vuelve loca!

Ahora que Alonso está en mis pensamientos, odio admitirlo, pero empiezo a sentir todo el calor y revoloteo de nuevo.

—Recuerdo cuando lo conocí —dije con un leve tono soñador escondiéndose en mi voz. —Era un idiota, incluso en ese entonces.

Carla frunce el ceño sin poder recordar a lo que yo me refería. —¿Qué hizo?

—Oh fue una tontería, no te preocupes por eso —respondí sonrojada.

Asiente. —Creo que debería volver a esto de todos modos —señala su libro de trabajo. —Es para mañana.

Mientras Carla fija su mirada en las páginas de su libro, cierro mis ojos y recuerdo la primera vez que vi a Alonso Ferro...

—¡Oye, Paula! ¡Por aquí!

*Miré alrededor con pánico buscando a mi amiga Carla. Acabábamos de empezar sexto grado y era la primera vez que quedábamos en salones separados. Había estado ansiosa por eso durante todo el verano. Mi madre me había dicho que dejara de lloriquear y que lo superara, que haría nuevos amigos, y que quizás era una buena idea que hubiese un poco de espacio entre Carla y yo. Pero eso no me hizo sentir mejor. Era tímida y nerviosa, al igual que Carla. Nos habíamos unido en cuarto grado, cuando una maestra nos puso juntas para hacer un proyecto. Desde ese entonces hemos sido amigas cercanas. No quería enfrentar al traicionero mundo escolar sin ella.*

—¡Ey! —Grité—. ¿Cómo estuvo tu primer día?.

Carla hizo una mueca mientras yo me abría paso entre la multitud.

—No muy bien —dijo cuando me acerqué.

Suspiré. —Igual yo. No puedo creer esto, es terrible. Desearía que mi madre llame a la escuela y les diga que me pongan en tu clase.

—Lo sé —dijo mirando a ambos costados. —Mi estúpido hermano no llega, se supone que me recogería y me llevaría a casa. ¿Quieres un aventón?.

—¿Tu hermano? —Mi corazón dio un brinco en mi pecho. Alonso, tenía diecisiete años y estaba en último año. Lo había visto un par de veces de salida en la casa de Carla, pero ni siquiera me había visto o saludado, no sabía de mi existencia, creo, y yo más que todo lo conocía por las fotos colgadas en el pasillo de la casa de Carla. Alonso era el chico más lindo que haya visto jamás. Se parecía a Leonardo DiCaprio en el Titanic. El solo ver sus fotos era suficiente para hacerme sentir... intranquila.

—Sí, Alonso —dijo Carla, sacudiendo su cabello castaño sobre su hombro y gruñendo un poco. —Lo odio, ¡en especial desde que empezó a conducir! Él piensa que se ve muy genial, ¡pero en realidad es un perdedor!

—¿Por qué? —Arrugué mi nariz.

—Porque mamá y papá dejan que se salga con la suya.

Recogió su cabello en un moño desordenado y colgó su mochila de 'Mi Pequeño Pony' sobre su hombro. Me adentré en el pasillo y juntas nos abrimos paso entre todos los niños. Era una locura -estar con Carla siempre me hacía sentir mejor y más segura conmigo misma.

No tenía idea cómo se suponía que sobreviviría todo el año sin ella.

Me encogí de hombros. —Desearía tener un hermano —dije, aunque en secreto estuviese feliz de ser hija única. —Me siento muy sola a veces.

Carla me miró por encima de sus gafas. —Definitivamente no quieres eso. Tener un hermano es una mierda. Es como la peor cosa del mundo.

Finales de enero en Puerto Rico significaba días calurosos y húmedos, apenas podía respirar mientras seguía a Carla afuera. Había una fila de autos frente a la escuela -madres y padres abrazando a sus hijos y metiéndolos en sus autos.

—No lo veo por ningún lado —dijo, protegiéndose con su mano los ojos del sol. —Quizás deberías tomar el autobús.

—No —dije rápidamente.

Carla me miró de manera divertida. —¿Paula? ¿Qué sucede?.

—Nada, solo que puedo esperar contigo —balbucee, mis mejillas ardían.  
—Estoy bien.

Se dejó caer y se sentó en el concreto bajo la sombra, cruzando las piernas sobre sí misma y encorvándose sobre su mochila.

—Sabía que llegaría tarde —dijo sacudiendo su cabeza y viéndose enfadada. —Le dije a mamá que llegaría tarde, ¡pero no le importó!

Sabía que no debía discutir con mi amiga. Por mucho que me encantara ser la mejor amiga de Carla, no entendía cómo podía odiar tanto a su hermano. ¿Cómo podía odiar a alguien tan lindo y con ese brillo en sus ojos? Él era guapo como una estrella pop, seguramente debía ser muy amigable y divertido.

Luego de veinte minutos de retraso, cuando ya no quedaban padres ni autos, el sonido de un motor inundó mis oídos. Levanté la mirada y vi el Mustang convertible color rojo manzana del padre de Carla. Por supuesto, el chico guapo de las fotos se encontraba detrás del volante. Cuando vio a Carla, tocó la bocina y sonrió.

Carla se tomó su tiempo para levantarse. Alonso me lanzó una mirada divertida y se dirigió a su hermana.

—¡Carla! —Dijo, Alonso sonriendo. —¡No tenía idea que eras una pequeña lesbiana! ¿Quién es tu encantadora amiga?

—Cállate, Alonso —dijo Carla apretando los dientes. —Es mi mejor amiga, Paula.

Alonso abrió bien sus ojos. —Oh, ¡la famosa Paula! —Levantó una ceja y soltó una carcajada. —¡He escuchado mucho sobre ti!

Me mordí el labio, sonrojada como nunca lo había estado en toda mi vida. Era casi tan malo como cuando me mojé los pantalones en el segundo grado, justo a mitad de la obra 'Alicia en el País de las Maravillas'.

—Hola —dije tímidamente.

—¿Eso es todo lo que puedes decir? —Se burló. —Por todo lo que dice Carla sobre ti, ¡había esperado mucho más! Por lo que veo, aun estás saliendo de tu gordura infantil —añadió.

—Cállate, Alonso —siseó Carla. —¡Te odio!

Alonso chasqueó la lengua y sacudió su cabeza. —Qué lástima, hermanita —dijo—. Paula, ¿te nos unes?

Aun sonrojada, me subí al asiento trasero. Miré hacia abajo, hacia mi vientre regordete que sobresalía de mi camisa, y me deslicé hacia abajo.

—Entonces Carla, ¿tuviste un día divertido en la escuela?.

*—Déjame en paz —soltó en respuesta mi amiga. —Te odio. Solo lleva a Paula a su casa.*

*—¡Cuánta rabia en una pequeña personita!*

*Cuando Alonso se detuvo frente a mi casa, Carla se bajó del asiento del pasajero para dejarme salir.*

*—Adiós Paula —dijo Alonso casualmente, guiñándome el ojo. —Eres sexy, me gustas.*

*—¡Alonso! —Gritó Carla, sonrojándose. —¡Te dije que la dejaras en paz!*

*Lo último que escuché antes de entrar a casa fue la fría risa de Alonso llenando el aire como si fuese humo.*

*—¡Tierra llamando a Paula! —Dice Carla chasqueando sus dedos en el aire.*

El recuerdo de las burlas de Alonso aún persiste en mi mente. Incluso después de tantos años.

—Lo siento —dije rápidamente. —¿Qué me decías?.

Ella suelta un suspiro exasperado. —De acuerdo, ¡Es evidente que tienes el ojo puesto en alguien! ¡Has estado distraída toda la tarde! Suelta la sopa —me ordena, ladeando su cabeza y mirándome por encima de sus gafas.

—No sé de qué estás hablando —miento. —¡No estoy enamorada de nadie!

Carla sacude su cabeza y se ríe. —Eso no te lo crees ni tú. Solo cuéntame, Pauli. ¡Sabes que no pasa nada!

Me muerdo el labio. Me pregunto si en algún momento podré confesarle como realmente me siento con respecto a Alonso. Pero inmediatamente sé que no hay forma de que ella lo acepte.

—No puedo —dije mordiendo mi labio. —No lo sé. ¡No creo que alguna vez se fije en mí!

—Bueno, no puedo aconsejarte si no me cuentas nada tontita —dice entusiasta. Cierra sus libros de texto y se recuesta en la silla soltando un suspiro.

—Tú nunca has tenido un novio —le digo, para evadir la situación.

—¡Oye!

—Bueno, es verdad ¿No?.

Carla parece avergonzada. —No, no he tenido. Pero he tenido sexo, ¿recuerdas?

—Yo no sé si es lo que quiere —dije suavemente.

—Si es un chico universitario, probablemente solo quiera eso.

El hermoso rostro de Alonso aparece de nuevo en mi mente.

—Es mayor que yo. Cinco o seis años mayor.

Carla suspira de nuevo. —Alonso tiene treinta y es el cerdo más grande que he conocido jamás. No sé qué tan maduros sean los chicos de esa edad, pero creo que esperaría algo mejor.

Suspiré. —¿Podemos dejar de hablar de tu hermano al menos por diez minutos?—sacudo mi cabeza. —No es que no me agrade...

—Sé que estás harta de mis quejas. Lo siento. Solo estoy algo enojada ¡realmente me gustaría que mi familia entrara en razón!

—Lo sé. —De repente, la imagen de un niño de la escuela aparece en mi cabeza. No se parecía en nada a Alonso -era alto y delgado, llevaba el cabello negro en una trenza y me sonrió en un par de ocasiones. Una vez incluso me dijo que le gustaban mis pantalones.

—¿Entonces? —Carla levantó una ceja. —¿Quién es el misterioso futuro amante?

—No digas amante. Es burdo y de los setenta.

Ella se ríe —De acuerdo. Aspirante, entonces. ¿Quién es?

Trago con fuerza y me siento derecha. Nunca he sido una buena mentirosa, en especial cuando se trata de Carla. Espero que se crea mi historia.

—Su nombre es Diego —comienzo. —Es el único chico de mi clase.

—Oh, en serio. Oye, ¡creo que lo conozco! Tiene cabello oscuro, y... ¿siempre usa gafas de sol?

Asiento. —Sip. Es él.

—Es lindo, parece un buen tipo. Espera ¿cómo sabes que es mayor que tú?

Me sonrojo. —Um, lo supuse —conté lo más segura que puedo — Parece muy maduro.

Para mi alivio, Carla asiente. —Sí, tienes razón. Entonces, ¿lo harás?

—¿Hacer qué?

—Invitarlo a salir —dice como si fuera tan obvio. —Dios santo, ¡Paula! A veces eres muy lenta.

—No lo sé. —Mi corazón late con fuerza de solo pensarlo... ¡y ni siquiera me gusta de esa forma!

—Oh, vamos, ¿qué puedes perder?

—Supongo que tienes razón. Lo pensaré.

Carla toma mi mano y la aprieta. —No lo pienses, solo hazlo —hace una pequeña pausa y suelta —Oh, ¡Pauli! ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Eso me hizo sonrojar. —Gracias, supongo.

—Confía en mí, ¡esto es bueno! —Levanta una ceja. —¡Quizás te consigas un novio!

Y esa última frase la termina con un tono coqueto y juguetón. Yo simplemente le sonrió en respuesta a su intención divertida. Supongo.

Me muerdo el labio. Pero cuando cierro mis ojos, el rostro de Alonso sigue en mi mente. Maldición, no se cuánto soporte esto sin gritarlo de repente.

## Capítulo 2

### Paula

Al día siguiente, tuve más cuidado con mi apariencia de lo normal. En lugar de mis pantalones y camisa holgada de siempre, me puse un lindo vestido de verano con sandalias. Carla me enseñó cómo hacer el cat-eye con delineador líquido, y luego de cinco o seis intentos, logré que ambos ojos quedaran iguales. Y con una capa rápida de máscara para pestañas y brillo labial, me sentí realmente bonita por primera vez.

Siempre he sido gordita. No sé por qué -mi madre nunca nos dio comida chatarra, y nunca tuve problemas con los dulces. Pero el mal metabolismo es algo de familia. Era más manejable cuando era más joven, pero a los veinticuatro años con ciento trece kilos, me siento como una ballena. Es la razón número uno por la que nunca he intentado tener una cita. He visto a otras chicas gorditas en relaciones aparentemente felices, pero nunca he podido mejorar mi confianza -sabía que si me rechazaban estaría completamente destrozada y lo que quedaba de mi autoestima se esfumaría.

A diferencia de mí, Carla es esbelta y delgada, aunque nunca ha intentado tener citas tampoco. Es muy tímida. En nuestro último año de universidad se emborrachó en una fiesta y tuvo relaciones sexuales con un chico de su clase de humanidades. Dijo que no era nada del otro mundo -que se sentía “bien”, pero no increíble y que él fue demasiado egoísta como para ayudarla a llegar al orgasmo luego de venirse. Se acostó con él un par de veces más, pero terminó con eso antes de que él pudiese invitarla a una cita real. Todo el asunto no me llenaba demasiado de curiosidad, incluso cuando me sentía un poco celosa de la incursión de Carla en el mundo de lo sexual.

Luego de vestirme, tomé un desayuno ligero con un poco de requesón y un huevo duro, preparé mi almuerzo y me dirigí al campus.

Siento mariposas en el estómago por lo de Diego, incluso cuando pienso que todo esto es estúpido. Ni siquiera me gusta.

¿Por qué tengo tanto miedo de ser rechazada? Es completamente tonto, pero así me siento, *es porque soy tonta*, me lamento mientras subo al autobús que me lleva desde el apartamento que comparto con Carla hacia la universidad donde estudiamos Literatura.

*Es porque soy una chica tonta y gorda que nunca sabré cómo se siente enamorarse de alguien, me digo mentalmente.*

El autobús llegó tarde y tuve que trotar hacia el edificio, sudándome por completo y arruinándome el cabello. La clase ya había empezado cuando llegué, y me deslicé en uno de los asientos del frente, decidida a no mirar a Diego.

Los minutos parecen arrastrarse. Para el momento que la clase debía terminar, estaba temblando y sudando por mi propio miedo. Finalmente, el profesor dio por terminada la clase y nos entregó una actividad para entregar. Nerviosa me levanté y esperé torpemente junto a la puerta.

—Hola Paula —dice Diego sonriéndome. —¿Estás bien?.

—Um, sí —dije cambiando mi peso de una pierna a la otra y mordiéndome el labio. —Me preguntaba si te gustaría ir a tomarnos un café uno de estos días.

Diego soltó una risita. Para mí sonaba un poco nervioso. —No tomo café.

—Oh.

—Pero me gusta el té.

—El té está bien entonces —dije rápidamente. Sonrió. —¡Gracias! —Giré sobre mis talones y empecé a alejarme.

—¡Oye, Paula!

Me di la vuelta para encontrarme con Diego con los brazos cruzados sobre su pecho. —¿No quieres mi número?

—Oh por Dios, que tonta soy —dije regresando a su lado mientras me daba una palmada en la frente. —Sí. Lo siento. Puedes guardar tu número en mi teléfono y te enviaré un mensaje, ¿Te parece?.

Le entregué mi teléfono un poco avergonzada cuando Diego se rio de mi carcasa que era rosado tipo Barbie con brillos. Tecleó su número con cuidado, me devolvió el teléfono y lo guardé en mi bolsillo.

—De acuerdo —dije—. Um, el viernes estaría bien para mí. ¿Qué te parece?

—El viernes tengo un compromiso, no podré. ¿Qué te parece mañana? ¿Tienes alguna clase?

Asentí. —Estoy libre a partir de las cuatro ¿y tú?

—Yo también. Encontrémonos en el sindicato de estudiantes. Podríamos ir a la Cafetería Mallorca.

—De acuerdo. Eso suena bien.

Diego asintió y por fortuna sonrió de nuevo. —Sí, hasta entonces.

Mientras esperaba por el autobús, intenté entender un poco mis emociones. Me preguntaba cómo debería sentirme -¿Feliz? ¿Aliviada? ¿Emocionada? Quizás una combinación de las tres.

Cuando llegué a casa, Carla se encontraba en la cocina. —¡Oye! —Grita—. ¿Qué tal estuvo?

—Dijo que sí —le respondí y no pude evitar soltar una gran sonrisa. —No puedo creerlo, ¡iremos a tomar un café mañana!

—Wow, ¿mañana? Eres rápida —levanta sus cejas —¡Eso es increíble!

—Estoy feliz de que no se riera en mi cara —pasando mis manos por mi cuerpo curvilíneo y haciendo una mueca de costado —Te juro que pensé que me rechazaría.

—No me sorprende que dijera que sí —dice Carla con firmeza. —Eres hermosa, Paula.

Fruncí el ceño. —No lo creo.

—Bueno, fracasa hasta que lo logres. Solo actúa con confianza ¡y eventualmente lo tendrás!

Me dejé caer en la silla, dejando mi bolso en el suelo. —No lo sé, desearía poder creer eso. Siento que seré una perdedora gorda por el resto de mi vida.

—Pau, ¡tienes que dejar de llamarte gorda! Y eliminar perdedora de tu vocabulario. ¡Solo eres una perdedora si actúas como una! Y definitivamente tú no eres eso.

—Supongo. Es algo al menos —dije mientras me encogía de hombros.

—Es mucho. Y esto, no lo sé, pero puede ser bueno. Bueno para ti. Incluso si las cosas no funcionan... todavía tendrás la experiencia de haber hablado con este tipo, ¿cierto?

—Supongo. Probablemente tengas razón.

—Sí. Estoy segura que todo saldrá bien Pau —me dice dando un pequeño brinco.

—¿Me das un poco de vino? —le pregunto algo superada por este día.

—Que traviesa —dice mientras ríe. —¡Es lunes!

—Lo sé, pero siento que lo necesito. El profesor Manuel nos dejó cincuenta páginas para leer antes del miércoles, ¿puedes creerlo? Esto es más difícil de lo que pensé —añadí. —Una parte de mí se pregunta si estoy hecha para esto.

—Lo estás. Tranquila. Aunque yo he pensado lo mismo.

De repente la puerta del baño se abrió y Alonso salió con su pecho inflado. Apenas lo vi, jadeé un poco. Mis mejillas se encendieron furiosamente.

—Vaya, vaya, vaya, ¡Paula está en casa! —Dijo en un tono burlón. Se

acercó con un puchero en su rostro. —Y no cree que esté hecha para las letras, ¡qué penita!.

—Cállate, idiota —dice Carla, lanzando las palabras como dagas a través de la habitación. Me miró como intentando disculparse y se encogió de hombros. —No tenía idea que vendría, dijo que tenía que decirme algo sobre mi madre.

Todo lo que pude hacer es asentir. Mi breve y recién descubierta felicidad salió volando por la ventana mientras veía a Alonso recorrer la cocina como un gato. Abrió la despensa y echó un vistazo, tarareando en voz baja mientras revisaba las cajas de cereales saludables, granolas y snack.

—Que saludable eres —dice asombrado. —¡Los chicos de la estación de bomberos se caerían de sus sillas si me aparezo con esta mierda!

—Me gusta cuidar mi alimentación —dije modestamente, mirando mis manos en mi regazo. Estaban más sudadas que nunca así que las sequé un poco con mi vestido.

Alonso me miró durante un rato. Sus ojos viajaron alrededor de mi rostro, cuello, pechos y el resto de mi cuerpo rechoncho.

—¿Qué? —Pregunté. Podía sentir como la sangre se me acumulaba en las mejillas.

—Oh, no es nada —suelta indiferente. —Es solo que pareces ser una chica a la que no le gusta hacer dieta en lo absoluto.

Me sentí demasiado aturdida para responder. Sus palabras siempre sonaban más duras de lo que parecía esforzarse. En mis oídos resonaban de una forma muy vil y despiadada. Aun que al mirarlo, para él, aparentemente no significaba nada.

—¡Cállate, Alonso! —Dijo mi amiga poniendo las manos sobre sus caderas. —Si vas a seguir comportándote como un idiota, ¡vete a casa!

—Ay hermanita ¡Ni siquiera te he dicho porque estoy aquí! —replicó Alonso con un puchero en su rostro

—No me importa lo que tengas que decir si no eres capaz de estar aquí sin ser un grosero y un inmaduro haciendo pucheros cada vez que no puede actuar como un hombre —Carla lo fulminaba con la mirada. Tengo que admitirlo, me alegra que mi mejor amiga me defienda. Aunque en realidad entiendo que se burlen de mí -soy una ballena. No hay manera de que un tipo como Alonso se interese en mí u omita los chistes sobre mi apariencia.

*Debería estar feliz porque Diego dijo que sí, pensé, intentando traer de vuelta la emoción por mi futura cita. No importa lo que piense Alonso -¡Es un*

idiota!

—Lo siento, Paula —dijo Alonso... —Eres una mujer grande y hermosa. Aun cuando sé que no lo decía en serio, me sonrojé de todos modos.

Alonso se acercó un poco y pude percibir un aroma a su perfume amaderado que tanto me gusta.

—Además —dijo con un tono sarcástico. —¡Algo debes estar haciendo bien! A menos que haya escuchado mal, creo que dijiste algo de una cita...

—Cállate —intervino Carla, con los ojos en el techo por su desesperación. —¡Alonso, déjala en paz!

—¿Tienes planes con alguien, Paula? —Me insistió Alonso moviendo sus pestañas. Tiene mejores pestañas que cualquier chica que haya visto, hay que decirlo. —Una cita, ¿con un chico de la escuela?

—No es un chico —respondió Carla enojada. —¡Es un hombre y quiere salir con Paula!

—Wow, hermanita, creo que necesitas volver a tus cosas de lesbiana —soltó riéndose a carcajadas. —Prácticamente puedo oler la salsa de pescado que sale de tus pantis desde aquí.

—¡Se acabó! —Gritó Carla. Tomó a Alonso por el brazo y lo arrastró fuera de la cocina. Alonso ni siquiera se resistió, a pesar de tener la fuerza suficiente para soltarse del agarre de su hermana.

—¡Adiós, encantadora Paula! —Dijo por encima de su hombro, gritando un poco para ser escuchado sobre los gritos enojados de Carla.

Una mezcla de enojo y algo más -algo extraño y cálido- empezó a crecer en mi pecho. ¿Qué es? ¿Cómo es que Alonso puede provocarme de esa manera sin siquiera esforzarse o notarlo?

Es porque no significo nada para él, me di cuenta tristemente. Las lágrimas se empezaron a acumular en mis ojos y para cuando Carla echó a Alonso de nuestro apartamento y cerró la puerta, yo estaba sollozando con las manos sobre mi cara.

—Oh no —dijo mi amiga. Se dejó caer en una silla y puso una mano sobre mi hombro. —Pau, lo siento tanto. Mira, de ahora en adelante este lugar será una zona libre de Alonso, ¿de acuerdo?

—No es eso —dije sollozando con mucha fuerza y succionando los mocos dentro de mi nariz. —Es solo que... él tiene razón, Carla. Soy gorda, ¡y cualquier chico que quiera salir conmigo es evidentemente un tipo raro!

—¡Paula, no! No puedes pensar así. Mira, saldrás con Diego y la pasarás de maravilla, ¿de acuerdo?.

—De acuerdo —dije tristemente. —Lo intentaré.

—Mataré a ese idiota si vuelve a hablarte de esa manera. Demonios, ya estoy tentada de matarlo de todas formas. ¿Te importaría si lo hago?. Quizas puedas ayudarme a ocultar el cuerpo...

Suspiré. —No seas tonta, no digas esas cosas. Quizás él tenga razón, quizás debería esforzarme más por perder peso. ¿Tal vez debería unirme a Herba-Life?

—Paula, no —dijo en un tono de advertencia. —No te hagas esto ¡tú eres mejor que él! ¡Lo sabes!

Suspiré frunciendo el ceño. —Supongo —dije susurrando. —¿Por qué esto se siente tan mal?

—Porque es un idiota —respondió Carla. —He soportado su mierda durante veinticuatro años y no estoy dispuesta a seguir aguantando. ¡Se arrepentirá de esto!

Asentí, pero en el fondo de mi corazón deseaba volver a verlo.

# Capítulo 3

Alonso

Lo entiendo.

Lo sé.

Soy difícil.

Sin embargo, siempre he sido así. Mi vida ha sido un juego de niños. Tan pronto me di cuenta que mis padres no me podían decir que no, y créeme, me di cuenta de eso bastante rápido, dejé de preocuparme por lo que decía. Dejé de preocuparme por lo que hacía o por cómo me comportaba. Saber que podía salirme con la mía hizo que mi vida fuese divertida... por un tiempo.

Pero en algún momento, todo cambió. No quiero ser cínico, pero creo que fue en algún momento al terminar la escuela secundaria. Para cuando tenía diecinueve, ya me había acostado cientos de veces con docenas de chicas distintas. Jugar fútbol me ayudó bastante. Y cuando empecé el voluntariado en la compañía local de bomberos... bueno, siempre tenía el miembro mojado. Nunca tuve que esforzarme por conseguir mujeres. Las chicas venían a mí como abejas a la miel, cada una más ansiosa que la anterior de probarse a sí misma. Tener sexo era más fácil que chasquear mis dedos.

Y luego, me aburrí.

Por supuesto, nunca se lo dije a nadie. Nunca le dije a nadie lo aburrida que se estaba volviendo mi vida y lo mucho que deseaba algo con verdadera emoción.

Y luego estaba esta chica, que sabía que nunca me tendría. Por lo mismo era lejana. La mejor amiga de mi hermana, Paula Rizzo. Era gordita, tímida y rara... aun así había algo innegablemente ardiente en ella. Desde la primera vez que la vi, supe que en algún punto de la vida tenía que ser mía, y ese día sería mi mayor triunfo.

Todo eso fue antes de bromear tanto con ella y molestarla por años, que nada funcionó. Permaneció distante y tímida. Se alejó tanto la posibilidad de hacer algo con ella que terminé por seguir con lo de siempre, no soy de los que ponen esfuerzos donde no hay frutos pronto.

Está bien, me dije a mi mismo mientras me enderezaba el nudo de la corbata. Odio usar corbata. Lo mejor de ser bombero es que nunca tienes que

preocuparte por la apariencia: se trata más sobre mantenerse con vida. Solo que algunas veces a las mujeres les gusta verme limpio y pulcro.

Me siento más cachondo que nunca mientras me pongo una chaqueta y aparto de mi frente mi cabello con un poco de gel. Tengo una cita con Sara Wilson. Es muy ardiente. Tiene unos brillantes ojos verdes, cabello rojo y un gran trasero que quiero azotar hasta que no pueda caminar. También es madre soltera -y se rumorea que puede llegar a ser un poco atrevida.

*Bien, pensé.*

Echando un poco de perfume en mis muñecas y cuello tomé mi billetera y la metí en mis pantalones. Mi pene ya está semi duro con solo pensar en sus tetas rebotando sobre mí. Necesito desesperadamente un poco de acción, y sé que la dulce Sara es un buen comienzo.

Cuando la recogí, salí del auto y no pude evitar sonreír. Ella estaba parada en frente de su casa luciendo un poco nerviosa. Se puso un vestido negro ajustado y sus tetas estaban en plena exhibición, luciendo más orgullosas y vivaces que nunca.

—Nena, te ves increíble —dije mirando por encima de mis gafas de sol y deteniéndome para recorrer con mi mirada su pequeño cuerpo apretado.

Para mi sorpresa, Sara hizo una mueca y con un tono duro dijo —Odio que me digan nena.

—Oh bueno, lo siento —y me encogí de hombros. —A la mayoría de las mujeres les gusta.

Sus ojos verdes brillaron con ira. —No soy como la mayoría —dijo sacudiendo su cabeza.

—Ruda —murmuré. *Ruda está bien*, pienso. Será una fiera en la cama esta noche.

Abrí la puerta del auto para ella, luego rocé suavemente sus tetas y la ayudé con el cinturón. Se puso rígida tan pronto como mi brazo tocó su pecho.

—Oye —dijo—. No te pases conmigo, Alonso. ¡Apenas nos conocemos!

Sonreí. —Sé bastante sobre ti —dije mientras cerraba la puerta y me dirigí hasta el puesto del conductor. *Y me chuparás el pene muy bien más tarde, lo sé solo con ver esos labios carnosos.*

Pensar en labios hace que mi pene se hinche de deseo. Intento pensar cómo se verán los otros labios de Sara. ¿Rosados? ¿Marrones? ¿Flácidos por tener al niño o firmes y deliciosos? Imaginé sus pliegues humedecidos, visibles a través de sus pantis blancas, ni siquiera sé si las trae puestas.

*Es una perra ardiente*, pienso mientras le echo un vistazo. Y esta noche,

será mía. Acomodo el espejo retrovisor y ajusto mi cinturón.

—Entonces —dijo Sara aclarando su garganta y acomodándose en el asiento. No pude evitar mirar la curva de sus pechos. —¿Has ido alguna vez a Marmalade Restaurant?

Sacudí mi cabeza. —No, pero un amigo me dijo que es bueno.

—Oh, ¿un compañero de trabajo?

Asentí. *El mismo que me dijo lo fácil que eras*, pensé mientras conducía con gracia mi Mustang entre dos calles sin disminuir la velocidad. *Y también me contó tu secreto* - lo único que hay que hacer es hacerte cosquillas en la parte trasera de la rodilla, y eso haré.

—¿Cuánto tiempo llevas combatiendo incendios?

—Años. Unos diez, creo. Empecé como voluntario cuando tenía diecisiete, y supe desde ese momento que era lo único que quería hacer.

—¿Por qué?

—¿Disculpa? —La miré sorprendido. A la mayoría de las mujeres les encanta escuchar que soy bombero. Es como si se mojaran instantáneamente con solo imaginarme corriendo hacia un edificio en llamas y luego regresando con tres niños llenos de ceniza bajo mis brazos.

—No imagino por qué alguien quisiera arriesgar su vida de esa manera —dijo frunciendo el ceño. Suspiró y se estiró, provocando que sus pechos resaltarán mucho más. —Es decir, da miedo—. Envolvió sus brazos a su alrededor y tiritó. —Cuando tenía once años la casa de mis padres se incendió. Estábamos bien -es decir, hasta los gatos sobrevivieron. Pero fue tan aterrador, aún recuerdo cómo se sentía estar atrapados en la casa hasta que llegara el camión de bomberos.

Solté una risita. —Bueno, sin gente como yo no hubieses estado bien.

—¿Entonces por eso lo haces? ¿Para ayudar a la gente?.

Me encogí de hombros. En realidad, esa no es la razón principal de todo. Lo hago porque es como estar en una fraternidad, incluso cuando estoy llegando a los treinta. Lo hago porque a las chicas les encanta, porque no he podido ir a ningún lugar de la ciudad sin recibir bebidas o pizzas gratis... o follar. Aún recuerdo esa vez, hace algunos años, cuando fui a un club de striptease por la despedida de soltero de un amigo. Las chicas no me quitaban las manos de encima solo porque aún tenía puesta la camisa del trabajo. Me regalaron bailes (y más) durante toda la noche. Si cierro los ojos, aun puedo ver los labios rosados de la stripper llamada Bunni, envueltos alrededor de mi pene, chupando como si su vida dependiese de ello.

—Sí, supongo —dije luego de una larga pausa. —¿Tú a que te dedicas?

Entré en el estacionamiento de Marmalade Restaurant, me detuve en un lugar vacío y salí, esperando impacientemente a que Sara y sus tetas se me unieran. Al cabo de unos segundos salió del auto tropezándose un poco con sus tacones altos.

—Soy profesora. Escuela primaria. Cuando tuve a Cristiano tuve que dejar la universidad, pero luego regrese en el horario nocturno y logré terminar—. Me miró muy orgullosa de sí misma.

—Eso es genial —respondí.

—Sí —su tono de repente se tornó soñador. —Es solo que amo a los niños, ¿sabes? Son muy dulces y ansiosos por aprender. ¿Cómo podrías rechazarlos?

—Realmente no me gustan mucho los niños —añadí.

—Oh—. Sonó herida. —A mí me encantan. Me gusta estar cerca de ellos.

—Entonces supongo que quieres más, ¿cierto?

Sara se sonrojó dándole un matiz rosado a su piel pálida. —No lo sé. Quizás cuando Cristiano esté un poco más grande...pero no sé si pueda volver a pasar por todo el asunto del bebé—. Hizo una mueca. —Me gustan los niños, pero cuando son lo suficientemente grandes como para cuidar de sí mismos.

Solté una risa falsa.

*Dios, es muy aburrida, pensé.*

Llegamos al acceso del restaurante y un mesero apareció y nos mostró nuestra mesa, justo en el medio del lugar.

—Mira —le dije a Sara. —Estamos a plena vista.

Ella miró a su alrededor, evidentemente avergonzada. No dijo nada y me di cuenta que estaba esperando que sacara la silla por ella.

Sonriendo me deslicé en mi asiento y levanté las cejas.

—¿Esperas algo? —Pregunté sarcásticamente.

Se sonrojó de nuevo antes de sentarse y acercarse más a la mesa. —No —dijo—. ¿Te gusta el vino?

—El vino es para nenas, pero puedo ordenar una botella si quieres. Solo tienes que prometerme que te comportarás bien—. Me incliné hacia adelante y levanté la ceja.

Sara me lanzó una mirada confundida. —¿Qué significa eso? No quiero una botella entera —añadió. —Dios, no soy una loca. ¡Tengo que volver a casa con mi hijo!

Sonriendo, tomé la lista de vinos. —Creo que te mereces algo bueno —dije—. Solo dime lo que te gusta y pediré la botella más cara de la lista.

Ella intentó mantener la compostura —Me gusta el pinot noir. El vino tinto me hace sentir sexy—. Me lanzó una mirada que hizo que mis bolas ardieran de lujuria.

*Estarás lista para mí tan pronto terminemos con el primer plato. Y luego te follaré como nunca te han follado en toda tu vida.*

El mesero regresó y ordene una botella de vino para Sara y una cerveza para mí. Cuando regresó con las bebidas, choque mi botella contra la delgada copa en su mano.

—Por los nuevos amigos —dije levantando una ceja. —Y nuevos comienzos prometedores.

Sara soltó una risita. Cerró sus ojos mientras tomaba un sorbo de vino con una expresión de éxtasis en su rostro.

Sonreí mientras imaginaba como se vería en el punto más alto del orgasmo, penetrándola hasta quedar empapado con sus fluidos vaginales.

Con esa deliciosa imagen en mi cabeza, extendí mi mano debajo de la mesa hasta que mis dedos tocaron su rodilla. Sus ojos se abrieron y dejó escapar un jadeo.

—¡Alonso! ¿Qué estás haciendo?

Reí y tomé un sorbo de cerveza llevando mis dedos cada vez más alto entre sus muslos.

—Te lo dije. Creo que te mereces algo bueno. ¿Qué? ¿Pensabas que hablaba del vino?

La boca de Sara formó una pequeña “o” de sorpresa y apartó mi mano enseguida, luciendo indignada.

—No sé qué clase de chica crees que soy —dijo acaloradamente. —¡Pero nunca me acostaría con alguien en la primera cita! Ni siquiera doy un beso en la primera cita —dijo poniéndose de pie con tanta fuerza que la silla cayó al suelo. —Eso simplemente no es decente.

Me encogí de hombros. —Nena, te follaste a Andrés Arias y tuviste un hijo suyo —respondí. —Eres una madre soltera, ¿qué demonios crees que piensan los hombres cuando ven eso?

No respondió. Se veía aturdida -casi como si la hubiese abofeteado ahí mismo.

—Piensan que eres una perra fácil —respondí. —Eso es lo que los hombres piensan cuando ven a una madre soltera.

Las lágrimas inundaron sus ojos verdes y su barbilla empezó a temblar.

—Eres un imbécil —soltó. —¡No te atrevas a volver a llamarme! —Giró

sobre sus talones y salió del restaurante. Me recosté sobre mi silla disfrutando las miradas de desprecio de los demás clientes. Tan pronto como los tacones de Sara tocaron el piso de mármol de la entrada, se resbaló y cayó al piso en una maraña de extremidades. Sus tetas se salieron inmediatamente del ajustado vestido negro, y mi pene se despertó al ver sus grandes bultos blancos y redondos.

*Dios, me encantaría poner mi pene entre esas bellezas,* pensaba mientras veía a Sara estallar en sollozos histéricos. El mesero se apresuró para tomarla del brazo mientras ella batallaba con el vestido. Todo el restaurante estaba en silencio mientras Sara salía a la brillante tarde.

—No hay nada que ver aquí —dije en voz alta riendo y viendo a la gente a mi alrededor. —Solo un poco de vino en exceso, ¡eso es todo!

El mesero se acercó hasta mí y me miró de forma cautelosa. —¿Señor? ¿Le traigo la cuenta?

Estallé en risas. —Claro que no —respondí. —Muerdo de hambre. Tráigame los caracoles y la ternera parmigiana.

El mesero entrecerró sus ojos por un momento y disfruté el odio que pude notar en su mirada.

—Muy bien, señor —respondió. —Regreso enseguida con sus caracoles.

*Así que no tendré sexo esta noche,* pienso mientras tomo un largo trago de cerveza. *¡Pero al menos tuve un espectáculo gratis!*

# Capítulo 4

## Paula

—Dios, estoy nerviosa —le dije a Carla tirando de mi camisa para que se ajuste bien en mi hombro. —¡Me veo muy hinchada hoy!

Carla sacudió su cabeza. —Te ves increíble. Nunca te había visto lucir tan linda, amiga.

Fruncí el ceño. —Algo no está bien —susurré. —¡Me siento muy extraña!

—Bueno, te ves hermosa.

Las burlas de Alonso aparecieron en mi mente y me estremecí. ¿Cómo alguien podía ser tan repulsivo y atractivo al mismo tiempo? No solo no tenía sentido, si no que parecía ser una broma cruel del universo.

—Sé lo que estás pensando —dijo Carla tranquilamente. —Y Paula no. No te tortures tú misma solo porque mi hermano es un idiota.

—De acuerdo, prometo que lo intentaré.

Cuando llegó el momento de irme a clases, Carla me entregó una bolsita con cosas esenciales.

—Hay hilo dental ahí, y mentas, y algunos pañuelos en caso de que tu rostro se ponga grasoso. Y también puse un poco de spray para el cabello. Hay viento afuera.

La abracé con firmeza. —Eres la mejor —y lo dije en serio.

Carla sonrió tímidamente. —Solo quiero ayudar, eso es todo ¡No te esperaré, en caso de que pases toda la noche afuera!.

Estallé en risas. —Realmente lo dudo, solo tomaremos café en el campus. Probablemente llegue a casa solo una hora o dos más tarde de lo usual.

Carla levantó una ceja. —Solo diviértete. Esa es la parte más importante después de todo.

Me encogí de hombros. —Solo espero no ponerme tan nerviosa que termine haciendo algo estúpido. Dios, ¡no puedo creer que esto finalmente esté sucediendo!

—Lo sé. Sera mejor que te vayas, ¡si no llegarás tarde!

Tomé mi mochila y salí a esperar el autobús. No tuve que esperar demasiado -en tan solo unos minutos me encontraba en la autopista camino a la universidad.

La clase parecía arrastrarse y arrastrarse. Miraba el reloj constantemente para ver si ya habían pasado veinte minutos cuando solo habían pasado cinco. Aun así, estar emocionada era algo bueno. *¿Es eso lo que estoy sintiendo? ¿Mariposas en mi estómago, mi corazón latiendo tan rápido como el de un colibrí?*, me pregunté mientras dibujaba mi nombre en el cuaderno. *¿O solo estoy nerviosa? ¿Realmente así se siente estar emocionada por una cita con un chico?*

De alguna manera, las crueles palabras de Alonso volvieron a mí. *No puedo hacer esto*, pensé. Justo en ese momento el reloj dio las cuatro.

—Muy bien, clase —dice el profesor. —¡Nos vemos la semana que viene!

Con un gruñido levanté mi pesado cuerpo de la silla y caminé hacia la puerta. Fui envuelta por un grupo de personas desesperadas por salir, sin poder detenerme.

Diego estaba esperando en el sindicato de estudiantes, justo como había dicho. Cuando me vio, sonrió.

—Hola, ¿Cómo estás? ¿Cómo estuvo la clase? —dijo Diego.

Suspiré aliviada. Hablar de la clase está bien -es algo de lo que puedo hablar sin ponerme nerviosa.

—Estuvo bien —respondí. —Quiero decir, ya sabes, no realmente. Sentí que nunca acabaría—. Oh mierda, no debí haber dicho eso, ¡ahora creerá que estoy obsesionada con él!

—Para mí también —dijo él de forma relajada. —Anoche me quedé despierto hasta tarde y apenas puedo mantener los párpados abiertos.

—Oh —dije rápidamente. —Um, ¿aún quieres ir a tomar café? Es decir, té —añadí. —Si no te sientes bien no tenemos que hacerlo hoy. Puede ser mañana, ¡o la semana que viene!

Diego rio y puso su mano en mi hombro. —Paula, relájate. Estoy bien. Quiero hacerlo, ¿de acuerdo?

Asentí. —Lo siento. Solo estoy un poco nerviosa.

—No hay motivos para estar nerviosa —me miró de forma muy amistosa y comprensiva. —Lo prometo, no muerdo.

—En realidad no pensé que pudieras morderme —dije sacudiendo mi cabeza.

Diego soltó una risita. —Está bien, lo entiendo - estás nerviosa. Pero en serio, Paula, cálmate. No hay motivos para alterarse ni nada.

Asentí. —De acuerdo. Gracias por eso.

Me guió por el camino hasta la Cafetería Mallorca, una pequeña tienda de

café frecuentada por estudiantes y residentes. De inmediato pensé lo mucho que Alonso odiaría este lugar.

*Deja de pensar en él, estás con alguien más*, pensaba mientras Diego caminaba conmigo hasta el mostrador.

—Entonces, ¿qué vas a ordenar?

Levanté la mirada y examiné el menú. —Um, no lo sé. ¿Qué me recomiendas?

La chica detrás del mostrador se rio amablemente. —Todo —respondió. — ¿Cuáles son tus gustos?

Arrugué la nariz. —Odio las cosas amargas —dije.

Diego asintió. —Para ella un helado java de caramelo crujiente masticable, y para mí un té chai late con leche de soya.

Cuando saqué mi billetera, Diego se rio y sacudió su cabeza.

—No, Paula, yo invito esta vez. No te preocupes.

Nos detuvimos torpemente frente al mostrador y escuché los zumbidos de las diferentes máquinas de café.

—¿Qué es lo que más te gusta del programa hasta ahora?

Me encogí de hombros. —Solo pertenecer a él, honestamente. Siempre soñé con estudiar Humanidades y especializarme en Literatura. Bueno, mi sueño y el de mi mejor amiga, Carla también. Ella también está en el programa, pero su horario es completamente diferente, tuvimos que inscribirnos en secciones distintas porque trabaja medio tiempo.

Diego soltó un silbido. —Trabajar y estudiar es duro. ¿Qué hay de ti?

—No estoy trabajando en este momento—. Me sonrojé. —De hecho, me gané una beca, lo cual es muy extraño para un programa de maestrías.

—Bien por ti —respondió con una sonrisa.

El barista le entregó nuestras bebidas a Diego y sonreí cuando vi el dulce de chocolate cubierto de crema batida.

—Esto se ve increíble —dije mientras envolvía mis manos alrededor del vaso de plástico. —¿Cómo supiste lo que quería?

Diego se encogió de hombros. —Pareces una chica a la que le gustan los postres.

Entrecerré mis ojos. —¿Qué significa eso?

—Oye, no quise decir nada malo con eso. En serio, está bien. A mí también me gustan los dulces y dijiste que odiabas lo amargo.

Simplemente no dije una palabra y miré al suelo evaluando sus palabras. Después de todo, parecía honesto y mi inseguridad mas de alguna vez me jugó

una mala pasada. Tal vez él decía la verdad y no quería burlarse de mi peso.

—Paula, si no quisiera estar aquí no lo estaría, ¿de acuerdo? —interrumpió mi pensar.

—De acuerdo —asentí.

Diego caminó hacia una mesa y yo caminé detrás de él. Ahora que mi ansiedad inicial había disminuido, empecé a preguntarme por qué lo invité a salir en primer lugar. ¿Porque Carla me lo había dicho? ¿O porque de verdad quería hacerlo?

Me siento como una idiota pensando en eso, pero en realidad nunca había pensado en salir con Diego y casi me vi obligada después que Carla me viera distraída por Alonso.

Y ahora, si las cosas iban bien, ¿quedaría atrapada en una extraña relación que duraría demasiado tiempo? ¿O qué? ¿Romperíamos y no podría siquiera ir a clase sin pensar en él y en lo tonta que había sido?

—¿Qué sucede? Estás frunciendo el ceño —dijo Diego, sacándome de mis pensamientos. —¿Todo bien?

—Sí. Um, lo siento. Es solo que esta es la primera vez que hago esto —respondí.

—¿Hacer qué? ¿Tomar té con un amigo?

*¿Un amigo? ¿Qué? ¿Enfatizó eso de amigo?*

Ladeé mi cabeza un poco. —Um, lo siento ¿Cómo?

Diego se rio, pero no fue por completo una risa de felicidad. Sonaba un poco avergonzado en realidad.

—Paula, eres una chica genial. Realmente lo eres, pero no estoy interesado.

—¿No? —No pude evitar que mi mandíbula cayera un poco. —¿Entonces por qué accediste a salir conmigo?

Diego se sonrojó y tomó un sorbo de su late. —Paula, soy gay.

—¿Qué?

Diego me miró. —No me hagas repetir eso, sé que lo oíste.

—Lo hice... solo que... ¿eres gay? ¿Por qué no me lo dijiste?

Diego se rio nerviosamente. —No lo mencioné porque pensé que lo sabías. Pensé que querías un amigo en el programa. Eres un poco tímida y extraña - pero eso no es nada de qué preocuparse. Muchas personas son tímidas y extrañas.

Sentí que me hundía en mi asiento. —Eres gay —susurré. —No puedo creerlo.

Diego me sonrió de manera extraña y se encogió de hombros. Odio

admitirlo, pero mientras más lo miro, más me doy cuenta que tiene razón. Su cabello está perfectamente atado con una liga de cuero indio y su piel es perfecta -mucho mejor que la de Carla, y eso que ella es adicta a Sephora.

—Oh por dios —dije sacudiendo la cabeza. —¡Estoy tan avergonzada!

Soltó una risita. —No te preocupes por eso. Lamento que pensarás que esto era una cita.

Mis mejillas ardían. —Quizás ahora entiendas porque estaba tan nerviosa —dije suavemente.

—Oye, no te preocupes. Debiste verme en la secundaria. Tenía más chicas a mi alrededor que cualquier jugador de fútbol—. dijo con una gran sonrisa.

—Lo puedo imaginar —respondí por cortesía, aunque en realidad no podía.

—Bueno, ahora podemos ser amigos —añadió.

Me mordí el labio. —¿Crees que pueda pedirte un favor?

—Claro.

—¿Cómo puedo conseguirme un novio?

—Oh Dios, si supiera la respuesta a eso lo escribiría en un papel, lo metería en una botella y lo vendería por un millón de dólares —dijo riéndose.

Cuando vio la expresión en mi rostro, fingió estar tosiendo. —Mira, Paula, no puedo decirte exactamente cómo conseguir un novio. Pero si tienes a alguien específico en la mente a parte de mí, ese será.

Me sonrojé.

—Lo tienes, pequeña perra —dijo bromeando. Se recostó en su asiento y tomó un poco de su late.

Me sigo preguntando cómo pude confundirlo con un hombre heterosexual.

—Lo tengo —dije aun sonrojada.

—¿Quién es?

—El hermano de mi mejor amiga.

Diego hizo una mueca. —Oh cariño ¡Debes escoger un mejor objetivo que ese!

—¿Por qué? —respondí y luego me mordí el labio.

—Conozco a los de su tipo. Mayor, hermoso y con experiencia. ¿Cierto?

Asentí.

—Alguien así no sería bueno para ti, y no quiero ofenderte con este comentario, Paula, pero deberías ser más realista.

Tomé un largo trago de mi bebida achocolatada y fruncí el ceño.

—Quizás tienes razón —respondí suavemente. —La verdad no tengo idea.

# Capítulo 5

Alonso

—Estoy tan jodidamente aburrido —se quejó Leo. —¿Por qué este pueblo es tan mierda?

Resoplé y miré hacia arriba. —No estamos tan lejos del centro de la ciudad, imbécil. ¿Por qué te quejas por no hacer algo aquí cuando simplemente no quieres ir allá?

—No estoy de humor para el tráfico —respondió apático. —Ni para esas cazafortunas que creen que los bomberos realmente ganan buen dinero.

—Habla por ti —dije maliciosamente. —A mí me va muy bien.

Leo sacudió su cabeza y rio. —No tienes novia. Verónica chupa todo mi dinero como una aspiradora.

Levanté una ceja. —Eso no es malo, siempre y cuando también succione como una...

Leo me dio un golpe en el brazo. —Cállate imbécil.

—Si hablas mierda de ella todo el tiempo —gruñí. —Estoy harto de eso.

—Hey, eres mi mejor amigo. Te lo cuento todo.

—¿Por qué no intentas dejar de sonar como un marica? —respondí. Tomé un paquete de cigarrillos y saqué uno poniéndolo entre mis labios. —¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Deberíamos ir a molestar a mi hermanita —dije con una sonrisa maliciosa. —Me odia a muerte. Tal vez coquettee un poco contigo, ya sabes para ayudarte a sanar tus heridas.

—¿Carla?

—Sí. Vive con esa rara amiga suya, Paula.

—Oh mi dios, un club de tejido —respondió. Hizo una cara odiosa, pero feliz. —Preferiría cortarme el pene que pasar el rato con esas vírgenes.

—Las vírgenes están sedientas por aprender —dije levantando una ceja. El nombre de Paula trajo varias imágenes a mi mente -una chica bajita, sus curvas derramadas en su vestido ligero mientras su cabello oscuro vuela en el viento. *Quiero follármela*, pensé mirando hacia mi regazo e imaginando su culo gordo golpeando contra mis muslos. *Quiero darle a esa chica la mejor noche de su*

*vida.*

—Sí bueno, Verónica me mataría si se entera —dijo Leo y soltó una risa. — Nunca superó que me follase a Laura otra vez.

—Laura es una cerda —dije.

—Igual que esa chica, ¿cuál es su nombre?

—Paula —respondí odiando lo rápido que su nombre viene a mi mente. — No es lo mismo. Hay algo muy desesperado en Laura. Como si dejara que te la follaras por el culo sin lubricante solo para llamar la atención.

—Como sea —respondió Leo sacudiendo la cabeza. —No quiero saber sobre tu mierda pervertida.

Resoplé y miré hacia arriba. —Vamos, levántate —dije haciendo gestos hacia la puerta. —De todas formas tengo que comprar cerveza. Me voy.

Leo soltó un gruñido y se quejó, pero levantó su trasero y me siguió afuera. Subimos a mi Mustang y lo moví hasta apuntarlo hacia el otro lado de la ciudad.



Cuando Carla abrió la puerta, su cara casi cae al piso. —Estoy esperando un paquete —dijo sonando miserable. —Además, ¿no tienes permitido entrar aquí otra vez! No después de la última vez —añadió, cruzando sus brazos sobre el pecho.

—Que graciosa, recuerda algo que dijo mamá... sobre que había pagado el depósito de este lugar, lo que me da derecho a entrar siendo tu hermano.

Carla entrecerró sus ojos. —Eso no es justo, no tienes permitido entrar. Paula está aquí.

Mi pene se retorció y sonreí. —Qué bueno —respondí. —Quería verla de todas maneras.

Carla sacudió su cabeza. —Eres un completo idiota, ¿lo sabes?

—No solo lo sé, sino también estoy orgulloso de eso —dije riendo como un tonto. —Ahora vamos, déjanos entrar.

Carla me miró por un minuto, levantando sus cejas y enderezándose por completo. No se compara conmigo, pero tiene los mismos ojos azules intimidantes que yo -lo sacamos de nuestro padre.

Pero a diferencia de mí, el resto de Carla no tenía nada de especial. Es lo suficientemente delgada, es verdad, pero su constante hábito de subirse las

gafas por encima de la nariz y su arrogante manera de hablar es más que suficiente para ahuyentar a cualquier hombre en la zona.

—Hola, Carla —dijo Leo sonriéndole a mi hermana menor. —Te ves bien. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí —contestó ella. —¿Qué quieren? ¿Por qué están aquí? —volviendo su mirada inmediatamente a mí.

—Muero de hambre —dije caminando hacia la cocina. —Vamos, dime que Paula tiene un pastel escondido por ahí o algo.

—¡Cristo! Detente —soltó. —Tienes que prometer que te comportarás bien o te echaré de aquí.

Me encogí de hombros. —Como sea —respondí. —Haz algo de pasta, ¿quieres?.

Carla enfureció, pero después de un momento entró en la cocina y puso a hervir una olla grande con agua. Leo se fue a la sala de estar mientras yo me puse a hurgar en el refrigerador y encontré un paquete de seis cervezas light. Tomé dos latas, le lancé una a Leo y me senté en el sofá.

—Oye —gritó Carla. —¡Esa es la cerveza de Paula! ¡No te la bebas toda!

—¿A Paula le gusta la cerveza? —Abrí la lata y tomé un poco de la espuma fría. —¡No puede ser!

—Sí —dijo mi hermanita mirándome con cautela. —Solo sé amable, ¿de acuerdo?

Le sonreí de manera inocente y moví mis pestañas como una niña. —Soy amable ¿Cierto, Leo?

—¿Huh? —Leo se giró hacia mí con sus parpados colgando sobre sus ojos como si estuviese drogado.

—No importa, retrasado, solo hablaba de lo amable que soy, eso es todo.

—Oh. Oh, sí, Alonso es realmente amable.

—Cállate, imbécil —dije. Me puse de pie, me estiré y eructé ruidosamente antes de verter el resto de la cerveza por mi garganta y pasearme por el pasillo.

—Paula, oh Paula, ¿dónde estás? —dije en voz alta echando un vistazo a cada habitación mientras avanzaba.

—¡Déjala en paz! —Dijo Carla desde la cocina. —¡No la culparía si se estuviese escondiendo en el closet por culpa tuya!.

Estallé en risas. —A diferencia de ti, querida hermana, estoy seguro que Paula nunca ha tenido que preocuparse por estar dentro del closet —dije en voz alta. —Todos sabemos que eres un tronco desviado, pero Paula es recta

como una flecha.

Justo cuando estaba a punto de abrir la puerta al final del pasillo, esta se abrió. Paula estaba de pie ahí, usando shorts de algodón que se ajustaban alrededor de sus mulos y una camisa desteñida. Sus tetas colgando pesadamente, los pezones resaltando a través del algodón. Una oleada de lujuria me inundó por completo al ver su cuerpo escasamente vestido. La había imaginado, pero nunca así y por un momento me quedé observándola y la disfruté en silencio. Solo un momento.

—¿Qué quieres? —Preguntó.

—Quería verte —respondí inclinándome sobre el marco de la puerta muy seguro de mi mismo. —Vamos, lo lamento por lo de la última vez. No debí haberte hecho llorar.

Ella no respondió.

—¿Cómo estuvo tu cita? —Pregunté casualmente. —¿Te divertiste?

Paula entrecerró sus ojos. —¿Desde cuándo te importa?

—Oye, soy un tipo amable —repliqué ladeando mi cabeza hacia un lado. — Y estoy interesado en la mejor amiga de mi hermanita.

Los ojos de Paula se abrieron de golpe y su boca formó una pequeña “o”.

—¿Qué? —Pregunté. —Yo también soy tu amigo, ¿cierto?

—¿Ella no es tu amiga! —Gritó Carla.

Me acerqué un poco, lo suficiente como para que mi mano rozara su muslo desnudo y regordete. De cerca, huele a fresas y vainilla, y solo eso hizo que mi pene empezara de nuevo a enloquecer en mis pantalones.

—¿Y bien? —Pregunté suavemente. —¿Lo soy?

—No lo sé —dijo Paula y mordió su labio.

—Cuéntame sobre tu cita—. De repente moría por saber. Quería saber si se la habían follado tan duro que no pudiese caminar. Quería saber si había gemido, sudado y gritado un nombre masculino.

—Él era gay.

Mis cejas se dispararon hacia arriba. —¿Qué?

—Lo que escuchaste —dijo Paula con cautela. Dio un paso hacia atrás y pude echar un vistazo a su habitación. Femenina - mucho rosado pastel y tul por todas partes - y pude oler un aroma dulce y almizclado proveniente de la cama. Me hacía querer recostarme y follarme al colchón hasta que mi pene estuviese desgastado. Todo lo de ella me provocaba algo demasiado sexual.

—Entonces, ¿era gay y aun así te invito a salir? ¿Qué sucedió ahí?

Paula se sonrojó. Se mordió el labio con sus dientes blancos y estuve

tentado de enredar mi mano en su cabello, acercarla y besarla hasta que comenzara a gemir.

—Yo lo invité a salir a él —dijo en una voz tan baja que apenas pude oírla.

—Mi hermana está haciendo pasta —solté en voz alta. —Sal de tu habitación, toma una cerveza conmigo y conoce a mi amigo Leo.

Paula mordió su labio de nuevo. La tentación de tomarla y acercarla era más fuerte que nunca, pero intenté ignorarla, deseando que mi pene se pusiera flácido para que Paula no lo notara.

—Vamos —insistí. —¿Un poco de pasta para calmar el dolor de tu cita homosexual?.

Paula estalló en risas y luego me lanzó una mirada culpable. —No debí reírme de eso —dijo sacudiendo su cabeza y permitiendo que sus rizos cayeran en sus hombros. —Pero estaba muy sorprendida.

Tenía la impresión de que Paula no acostumbra a ser sincera con nadie, excepto con Carla.

—Bueno, cuéntame un poco sobre eso —insistí. —Vamos, con un aperitivo.

Ella suspiró. Cerró sus ojos y una profunda arruga apareció en su frente. No estaba segura de confiar en mí. Y no la culpo. Pero ahí donde ella estaba contrariada yo me perdí en toda su belleza.

En contra de mi mejor juicio, di un paso hacia adelante, envolví mi brazo alrededor de su gruesa cintura y la aplasté contra mi cuerpo. Paula apenas tuvo tiempo de protestar antes de que presionara sus labios con los míos, probando esa fresa y vainilla, saboreando su ser.

Se derritió en mis brazos. Puso sus muñecas sobre mi cuello y se dejó llevar. Deslicé mi lengua en su boca y gimió.

Nunca la han besado, puedo darme cuenta. Esta es su primera vez.

El beso fue descuidado, pero embriagador -como vino de fresas, o duraznos con crema. Deslicé mis manos por su espalda y tomé sus nalgas en mis manos, apretándolas y masajeándolas a través de la tela de los delgados shorts hasta que se retorció y gimió en mi boca otra vez.

*Sí, pensé, ¿te gusta eso? Hay mucho más para ti.*

—Mmmm —murmuro Paula. Se separó con sus labios brillando por la saliva. Sus pálidas mejillas se tornaron rojo ardiente y respiraba con fuerza. Mi pene se movió rígidamente en mis pantalones y tuve que reprimir una exclamación. Quería arrojarla directamente a la cama, pero me contuve. Paula se alejó lentamente mirándome como un ciervo nervioso.

—¿Qué fue eso? —Preguntó en voz baja, como si nos fueran a oír. —¿Por

qué me besaste? —Su voz era apenas más que un susurro.

—Porque quería —dije encogiéndome de hombros. —¿Estuvo bien?

Paula se retorció y mordió su labio lamiendo mi sabor.

Acercándome, tomé la muñeca de Paula y la empujé hacia atrás. Soltó un pequeño grito de sorpresa mientras caía en su cama. En un segundo me trepé sobre ella y la inmovilicé.

—Eres virgen —gruñí en su oído mordiendo y chupando suavemente el lóbulo de su oreja, recorriendo con mi lengua el área. Nada de lo que le hacía era pensado, todo salía de un instinto animal que ella me provocaba. Yo la deseaba mas que a nada.

Paula no respondió con palabras, solo con un gemido. Arqueó su espalda y sus enormes tetas se empujaron contra mí, volviéndome loco.

—Voy a follarte —susurré, arrastrando mi dedo pulgar por su cuello desnudo. Respiraba con dificultad y un aroma cálido y almizclado inundó mi nariz -el olor de sus fluidos vaginales, esperando por que lo lama como un perro hambriento.

—Mmm —gimió.

—Y te va a encantar —añadí.

Por un segundo, nos quedamos recostados como amantes. Y luego con una cantidad considerable de autocontrol, me levanté de la cama, salí del cuarto y caminé por el pasillo.

—Oye, Carla —dije—. Olvida la pasta. Leo, vámonos.

Leo levantó la mirada. —¿Por qué? Me estoy divirtiendo—haciendo un gesto hacia el juego de baloncesto en la televisión.

—Bueno, a la mierda con eso —dije—. Nos vamos.

Mientras Leo y yo dejábamos el apartamento de Carla, no podía dejar de pensar en Paula y en el dulce aroma de su vagina.

# Capítulo 6

## Paula

Desde el momento en que Alonso salió por la puerta de mi pieza no puedo dejar de repetir en mi mente lo que pasó. Mi pulso está acelerado y todo mi cuerpo tiembla por la necesidad de su toque. Nunca hubiese esperado que me besara... ¡ni en un millón de años! Y no solo me había besado...

Me sostuvo en mi cama y me dijo que quería follarme.

—¡Paula! —Escucho—. ¡Se acaban de ir! Está bien, ¡ya puedes salir!

Transpiraba nerviosamente. Tenía miedo de abrir la boca, de dejar que se escapara el fantasma de los besos de Alonso.

—¡De acuerdo! —Respondí—. ¡Gracias! ¡Salgo en un minuto!

Cerré mis ojos, respiré profundo y me esforcé por levantarme. Mi cabeza seguía dando vueltas y se me puso la piel de gallina al abrazarme a mí misma con fuerza.

Alonso me dijo que quería dormir conmigo.

¿Pero por qué?

*¿Por qué querría a alguien como yo? Demonios, ¿por qué realmente me querría? ¿Tenía un fetiche secreto con las chicas gordas? ¿Será algún tipo de truco muy elaborado para gastarme una broma? ¿O simplemente se excitó al verme temblar?*

No entiendo nada de esto. Durante todo el tiempo que he conocido a Alonso -prácticamente la mitad de mi vida- siempre ha tenido chicas hermosas colgando de su brazo. No eran chicas normalmente hermosas, no, yo diría que eran supermodelos. Recuerdo una vez que podía jurar que estaba caminando con una doble de Britney Spears enganchada del brazo.

—Paula, ¡de verdad, está bien! —nuevamente Carla. —Puedes salir, lo juro, ¡el idiota ya se fue!

—¡Solo dame un minuto! ¡Estoy haciendo algo!

De repente, por lo que parecía ser la primera vez en mi vida, me sentí molesta con mi mejor amiga. Y tan pronto como me di cuenta, la culpa me golpeó como un millón de ladrillos.

No es su culpa, no tiene idea de cómo me siento por Alonso, pensaba mientras sacaba las piernas de la cama y me ponía de pie temblorosamente. Y

si lo supiera... Dios, ¡no puedo siquiera imaginarme lo enojada que estaría!

Tragando saliva nerviosamente, caminé hacia el espejo esperado a ver una Paula completamente diferente. Me sentía como una chica totalmente diferente -una chica sensual, una chica sexy que los hombres quieren tocar y apretar, besar y follar.

Pero me veo exactamente igual. Mi monótono cabello castaño caía sobre mi espalda en pequeños rizos, y mi cara parecía más regordeta que antes ya que estoy muy pálida.

Realmente debería intentar bajar de peso, o broncearme o algo, pensé mientras inclinaba la cabeza hacia un lado para mirarme con cuidado. Si Alonso en verdad me quería para “eso”, ¿no le gustaría que me viese mejor?

Luego un pensamiento extraño llegó a mi mente. *¿Qué pasa si él no quiere que baje de peso ni nada de eso? ¿Qué pasa si le gusto por ser... bueno, yo?*

Sacudí mi cabeza. No, eso no puede ser verdad. Alonso no es ese tipo de hombre. En todos los años que llevo conociéndolo, nunca lo he visto con alguien más grande de una talla dos.

*Entonces, ¿qué es?*

Casi puedo sentir la irritación de Carla fluir desde la cocina, así que a regañadientes salí al pasillo.

—Hola —le dije, tratando de parecer indiferente a cualquier cosa.

Carla entrecerró sus ojos. —¿Qué fue todo eso?

Me encogí de hombros. —Lo siento. No quise molestarte. Supongo que no me siento muy bien.

Carla asintió comprensiva. —Ni que lo digas. Cuando mi hermano apareció, ¡pensé que vomitaría! ¿Y viste a su extraño mejor amigo? ¿Leo?

—No, no salí de mi habitación, ¿recuerdas?

—Oh, es cierto. Oye, estaba pensando, deberíamos ir a algún lado. Arreglarnos un poco, tal vez tomarnos un par de tragos.

Eso me hizo sonreír. —¿Estás intentando juntarme con alguien?

—No, solo pensé que podría ser divertido. Nunca salimos a ningún lado.

—Hay una razón para eso. Odio los bares, están llenos de ruido y de tipos odiosos que se la pasan apoyando a algún estúpido equipo deportivo como unos tontos salvajes.

Carla rio. —¿Y si encontramos un lugar tranquilo? ¿Algo así como un bar de vinos? ¿No sería divertido?

Suspiré y miré hacia arriba. —Sí claro, porque hípsters pretenciosos con boinas y copas de vino de quince dólares es nuestro ambiente.

—Paula, vamos, no seas aguafiestas y dale una oportunidad a la diversión. Mira... —mordiéndolo su labio y apartando la mirada. —Sé que estás sola, ¿de acuerdo? Yo también lo estoy. Pero nunca conoceremos a alguien si no salimos. No estoy diciendo que salgamos a robar maridos ni nada de eso, pero estaría bien tener un par de nuevos amigos.

Me encogí de hombros. —No estoy sola —mentí. Solo estoy cachonda y desesperada y quiero tener sexo con tu hermano más que cualquier cosa en este mundo.

—Bueno, no hay daño si no conocemos a nadie —dijo Carla. —Vamos, anímate.

Suspiré y me puse de pie respirando pesadamente por el pequeño esfuerzo.

—De acuerdo —dije levantando mi dedo. —Un trago y eso es todo. ¿Entendido?

—¿Dos? —Carla sonrió mirándome por encima de sus gafas. —Vamos, Paula. No es demasiado. Yo invito, di que siiii...

—De acuerdo —dije resoplando. —Déjame ir a prepararme.

Es un alivio estar en la privacidad de mi cuarto otra vez, lejos del optimismo implacable de Carla. La quiero -realmente lo hago- pero empiezo a preguntarme si quizás me sentiría más feliz viviendo por mi cuenta.

Aunque eso es ridículo. ¡He vivido con Carla desde que tengo dieciocho! ¡No puedo mudarme solo porque no dejo de fantasear con su hermano!

Pero aun cuando sé que la idea es tonta, no puedo dejar de pensar en eso. Tal vez conseguir un pequeño estudio, un lugar pequeño que no sea muy difícil de limpiar. Incluso podría tener una mascota. Siempre he querido un gato -le tengo miedo a los perros desde pequeña.

Luego la realidad me golpea. No sería algo así como la sexy Paula en la ciudad, siempre huyendo de los pretendientes. Sería Paula, la solitaria, acurrucada con un gato en un apartamento apestoso a orina y a suciedad. Sería Paula, la repulsiva, sentada frente al televisor con una bolsa gigante de papas fritas, llorando con las repeticiones de I Love Lucy.

Temblando, me obligué a dejar de pensar en eso. Quitándome la camisa y el short, miro hacia mi vientre. Se sacude cuando camino -y mis estrías parecen los cráteres de la luna. La vergüenza inundó mi cuerpo. No hay forma de que Alonso me desee si me ve así. De ninguna manera.

Abrí las puertas de mi armario y eché un vistazo. Realmente no tengo ropa bonita. Luego de mi “cita” fallida con Diego, Carla había sugerido un cambio de imagen... pero no me tomé su sugerencia en serio. Fruncí el ceño mientras

elegí un vestido color púrpura que realza el busto. No es que esconda mi vientre por completo, pero me hace ver menos grande y un poco estilizada. Y con unos Spanx debajo, casi me veo como una chica normal.

Carla golpea impacientemente el piso con su pie cuando salí de la habitación.

—Te ves genial Paula ¿Es nuevo?

—Sabes muy bien que no lo es —respondí arrugando la nariz. —Lo he tenido por años. Tú también te ves bien.

—Gracias —me respondió mientras le echaba un vistazo a su atuendo - jeans blancos ajustados con una blusa holgada. —Me siento muy cohibida con estos pantalones. ¡No puedo usar blanco sin temer que de repente me baje el periodo!

Eso me causó una gran carcajada. —Sé exactamente de qué estás hablando. Vamos.

Tomamos el transporte al campus y luego un taxi al centro de la ciudad. San Juan no tiene muchas cosas, pero es algo, y el centro había sido renovado recientemente con una nueva línea de restaurantes y tiendas casuales con ropa que no me entraría ni en un millón de años.

Carla se dirigió a un pequeño bar de vinos -Al Fresco Rooftop Wine Bar- y yo la seguí nerviosamente, echando un vistazo alrededor para ver quién se detenía a mirar a la ballena y a su delgada amiga. Para mi agradable sorpresa, solo atrajimos un par de miradas cuando entramos al lugar.

—Yo quiero una copa de... —me detuve, mirando hacia abajo. —De hecho, ¿tienen cerveza?

El mesero sonrió y me dio una lista completamente diferente. Luego de escoger una Belgian White, me instalé en el asiento y miré a Carla.

—Esto es genial —admití. —Tal vez si era una buena idea que saliéramos, ya sabes, solo por un rato.

Carla asintió. —Sí. Parece que no vienen muchos chicos universitarios a este lugar.

—Qué bueno. Me preocupaba que sin importar a donde fuésemos, estuviésemos rodeadas de chicos de la fraternidad.

—Dios, que imagen tan horrible —dijo Carla haciendo una mueca cruzando los ojos y sacando la lengua. Estallé en risas, cubriendo mi boca con ambas manos.

—Sabes, creo que tenías razón. De verdad. Deberíamos hacer esto más seguido.

—Sí, día de Vino —respondió Carla riéndose. —Se siente bien salir de la casa.

—Entonces... —me mordí el labio mientras la imagen de Alonso apareció en mi mente. —¿Qué quería realmente?

—¿Quién?

—Tu hermano —dije con cuidado de no decir su nombre. —¿Por qué fue a la casa?

—Sabrá Dios, probablemente solo para torturarme—. Carla sacudió su cabeza y su expresión se tornó un poco amarga. —Siempre tiene esa carta bajo la manga, mamá y papá pagaron el depósito de garantía, ¡y por eso piensa que tiene derecho a nuestro apartamento!

Fruncí el ceño.

—Deberíamos encontrar una manera de devolverles el dinero —agregó Carla. —Así no tendrá ninguna razón para ir a casa.

—Oh, no lo sé, es decir, ¿de verdad? ¿Te molesta tanto así?

—¿No te molesta a ti? Esos hombres groseros con su estúpido sentido de derecho —dijo tomando un sorbo de su copa de vino. —Entran a la fuerza, se comen nuestra comida y ponen sus pies sucios en el sofá —continuó. —Es asqueroso.

—Quizás solo está buscando una manera de acercarse más a ti —dije cautelosa. —Sé que no han sido muy cercanos.

—Sí y es porque él siempre ha sido un cerdo. Si tuviera un dólar por todas las veces que ha bromeando sobre mi sexualidad, tendría suficiente dinero para pagarle a mis padres ahora mismo.

—Qué grosero. Pero, es como niños molestándose entre ellos. Como en la secundaria, cuando todos solían llamarse marica.

—Bueno, es grosero y no me gusta. Además, lo que dice no es verdad. No tengo tiempo para un novio.

—Lo sé. En realidad, yo tampoco. Es decir, no debería. Debería estar concentrándome en los trabajos que nos dan en clase. Qué incluso para eso no me alcanzan las horas del día.

Carla me miró de manera extraña. —No necesitas un novio para tener sexo, Paula. Quizás eso sea bueno para ti.

—¿A qué te refieres exactamente?

Carla se sonrojó. —No me hagas decirlo en voz alta.

—No, es decir, no entiendo de que estás hablando. ¿De qué se trata?

—Has escuchado hablar de... ¿amigos con beneficios?

Sentí que un signo de interrogación gigante se dibujó en mi cara. —No.

—Significa amigos que tienen sexo, eso es todo.

—Como un novio.

—¡No! —respondió Carla y se inclinó para acercarse. En ese momento noté que empezamos a llamar la atención de un tipo de barba sentado cerca de nosotras.

Justo cuando estaba a punto de preguntarle a que se refería, el tipo desaliñado se levantó y nos sonrió. Se acercó y se paró al lado de Carla.

—Hola, señoritas ¿Puedo acompañarlas?

Carla se sonrojó. —Justo estaba hablando con mi amiga —respondió.

El tipo se rio. —Bueno, siempre puedes hablar con ella en casa, sin mí—. Miró a Carla de una manera que hizo que mi estómago se retorciera de celos.

—Siempre lo hacemos —dijo ella.

—Soy Antonio. ¿Puedo invitarte un trago?

Carla lo miró por encima de sus gafas. —Bueno, puedes. Pero no sé si te lo permitiré.

Antonio se rio de nuevo. —¡Wow, descarada! —Se lamió los labios. —Déjame adivinar ¿Filosofía?

Carla se sonrojó y sacudió su cabello rubio. —No —dijo—. Maestría en ciencias de la Literatura.

—Ah —dijo Antonio.

Fruncí el ceño al darme cuenta que tanto Carla como Antonio se habían olvidado por completo de mí.

—Oh, Dios, lo siento —dijo Carla. —Esta es Paula.

—Hola, Paula—. Me sonrió de manera amistosa, no como estaba mirando a Carla. —Un placer conocerte.

—Igualmente —dije en voz baja. Dios, soy tan estúpida, pensé enojada. ¡Ni siquiera puedo hablarle a un tipo normal sin perder el control!

Carla me miró. —Antonio, es un placer conocerte, pero Paula y yo estábamos a mitad de algo importante. Quizás más tarde.

Antonio asintió, alzó su copa y se alejó. Pude darme cuenta que estaba sorprendido, era amable y algo atractivo, pero no es el tipo de hombre que iría tras Carla. Y eso me hizo pensar. *¿Qué pasa con los hombres? ¿Acaso solamente quieren sexo con cualquiera que se vea remotamente disponible?*

—Lo siento —me insistió Carla y soltó un resoplido.

—No, está bien —dije lentamente. —¿En qué estábamos? ¿La cosa de los beneficios?

Carla bebió el último sorbo de su vino y dejó la copa en la mesa con más fuerza de la necesaria. —Es algo así como... platónico, ¿sabes? Excepto que también tienes sexo.

—¿Como en mujer bonita? ¿No besas en la boca?

Carla se rio, luego cubrió su boca con ambas manos y me miró con culpa. —Paula, no, no es así en absoluto —dijo—. Puedes besar a la persona, es decir, puedes hacer lo que quieras. Solo que no estás dentro de una relación, así que no tienes ningún derecho sobre la persona con la que te estás acostando.

—No lo sé, Carla. Yo... yo quiero un novio. No quiero solo tener sexo.

Carla se encogió de hombros. —Quizás. Era solo una sugerencia tonta —dijo mientras hacía una mueca y frunció el ceño profundamente.

—No, no es eso. Es solo que... no lo sé. Creo que soy demasiado tradicional.

Carla se veía profundamente incomoda.

—¿Qué? —la interpelé.

—Nada. Olvídalo.

—No, ahora tienes que decirme —dijo—. Vamos, yo te cuento todo... Bueno, casi todo —añadí silenciosamente.

—Bueno, es solo que... —Carla se detuvo. Su voz sonaba llena de nervios.

—¿Qué?! —Mis manos no dejaban de sudar y las sequé un poco con mis muslos. —¡Vamos, Carla! ¡Suéltalo ya!

Por primera vez, vi a mi amiga terriblemente incomoda y dudosa de lo que me iba a decir

—Es solo que... mi hermano... bueno, él se acuesta con todo —dijo—. Y quizás, no lo sé, podría enseñarte un par de cosas.

Mi barbilla casi cayó al piso. —¿Qué? ¿Es en serio lo que me dices?

—Lo sé, lo sé, es un tipo desagradable y una persona terrible... pero no tiene problema con dormir con alguien y simplemente dejarlo así —Se tapo la cara con ambas manos. —Dios, me siento como una mala amiga con solo mencionarlo.

—Bueno... estoy sorprendida. Quiero decir, ¡lo odias!

—Si, lo odio, pero también sé que estás sola, y sé que no quieres seguir siendo virgen—. La miré un poco asustada y me sonrojé antes de dejarla continuar —Mira, lo siento. Lo siento, Paula. Pero... no lo sé, ¿no crees que quizás sea mejor para ti tener algo de experiencia? Así probablemente tengas más confianza y los chicos se sentirán mucho más atraídos hacia ti.

—Los chicos no se sienten atraídos hacia mí no porque no tenga confianza —dije algo molesta. —¡No se sienten atraídos hacia mí porque soy gorda!

—Eso es mentira y lo sabes. ¡Puedo pensar en al menos cinco personas más grandes que tú que están en relaciones felices! Mira, si Bianca Cardoso tiene novio, ¿porque tú no?

—No lo sé —dije dubitativa —Todo eso parece un poco atrevido, ¿no crees?

—No seas anticuada. ¡No tenía idea que eras tan mojigata!

—No lo soy —respondí ofendida. —Es solo que no sé si eso sea para mí. ¡No le puedes decir nada de esto a Alonso!

—Nunca lo haría —dijo Carla e hizo un gesto de cerrar sus labios con una cremallera. —Lo juro.

—Al menos eso es bueno —dije sombríamente. La cerveza me había levantado el ánimo temporalmente, pero ahora me siento peor que nunca - hinchada, confundida y rara.

—Por favor no te molestes conmigo, Paula. Lo juro, nunca le diría algo así... es solo que, no lo sé. Pensé que te sentías atraída hacia él.

Mis cejas se levantaron inmediatamente. ¿Cómo podía saberlo? ¡Siempre he sido muy cuidadosa!

—Lo sé, lo sé, es tonto y estaba proyectando demasiado —continuó Carla. —¿Amigas?

Asentí sintiéndome desarmada. Mi corazón latía como un tambor, pero respiré profundamente e intenté dejar a un lado la sensación de alarma.

—Por supuesto —dije—. Amigas por siempre.

# Capítulo 7

## Alonso

No puedo sacarme a Paula de la cabeza. Sus rizos castaños, su delicioso aroma a fresa-vainilla y, sobre todo, la forma en la que se había dejado llevar en mis brazos, claramente superada por el deseo.

Los siguientes tres días en el trabajo fueron infernales. Y no precisamente por el fuego. Los chicos y yo estuvimos corriendo por toda la ciudad apagando incendios intensos. Tuvimos dos casos de incendios intencionales en una semana y para cuando llegó mi día libre estaba exhausto.

—Oye —dijo Leo—. Salgamos. —Sonrió—. Quizás ir al Lust The Club y conocer algunas chicas.

—Tentador, pero nah, creo que tengo un compromiso familiar.

Leo se rio. —Tú y tu jodida familia. Ustedes son demasiado cercanos. Eso no es normal, ¿sabes?

Le di un golpe en el hombro. Leo se frotó y me miró, pero luego de unos segundos soltó una carcajada.

—Te veo luego.

Luego de tomar una ducha rápida en la estación de bomberos, peiné mi cabello hacia atrás y subí a mi Mustang. Mi pene ya se siente intranquilo y no pude evitar reír. *Es como una maldita veleta apuntando hacia Paula*, pienso, riéndome de mi propio sentido del humor. Le daré una noche que nunca olvidará, eso es una promesa.

Por un momento me pregunté si debería llevar una botella de vino o algo - mamá siempre dice que no es bueno llegar con las manos vacías. Luego recordé mi creciente erección y sonreí. Paula va recibir un regalo. Veintidós centímetros de Alonso.

Eso es mucho mejor que cualquier vino de mierda comprado en una gasolinera.

Cuando me detuve frente al apartamento de mi hermana, revisé mi aliento y salí del auto.

Toqué la puerta y esperé ansiosamente escuchar el ruido de los pesados pasos de Paula. Un par de segundos después la puerta se abrió. Cuando me vió sus mejillas se tornaron rosadas y dejó escapar un jadeo, cubriendo su rostro

con una mano regordeta.

—Oh por Dios —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Sus ojos se movieron nerviosamente buscando algo detrás de mí. —¿Paso algo malo con Carla?

—Oh, ¿no está en casa?

—No. ¿Qué sucede?

—Nada. —Le sonreí de la manera más encantadora posible. Como de costumbre no me decepcionó. El ceño fruncido se transformó en una hermosa sonrisa.

—Um, de acuerdo —dijo nerviosamente.

—¿Puedo pasar?

—Oh por Dios, sí. Lo siento mucho.

La miré tragar saliva y una ardiente ola de lujuria recorrió mi cuerpo al pensar en comenzar por besar su cuello.

Levanté una ceja mientras Paula se hacía a un lado para dejarme pasar. —¿No estás acostumbrada a las visitas?

Sacudió su cabeza. —En realidad no. Y casi siempre me quedo en mi habitación cuando alguien viene.

—Qué bueno —respondí y sonreí. —Eso es exactamente lo que estaba pensando.

Se quedó paralizada, evidentemente incomoda. Respiraba con fuerza y su piel estaba sudada y colorada. Quiero tomarla entre mis brazos y morder la pálida piel de su cuello hasta que grite de placer y dolor.

—Um.. ¿quieres una cerveza o algo? —dijo mientras juntaba sus manos nerviosamente y entrelazaba sus dedos. —¿O jugo? ¿Agua? ¿O un, un bocadillo? Estaba a punto de preparar algo.

Lamí mis labios y me acerqué sonriendo. —De hecho, me gustaría un bocadillo —dije suavemente.

—Oh, ¡de acuerdo! Um, tenemos pizza congelada... y rollos de pizza congelada... y alitas de pollo congeladas...

Antes de que Paula continuara con su balbuceo nervioso, tomé su muñeca y la acerqué a mí. Apretó sus labios y me miró con sus grandes ojos de sorpresa.

—Hablabas en serio la última vez que estuve aquí —dije en voz baja, mirando a la temblorosa mujer en frente de mí. —Quiero follarte, Paula.

Tragó saliva y tartamudeó, moviendo sus labios mientras una corriente de tonterías salía de su boca.

—Shhh —dije sosteniendo un dedo contra sus labios. —¿Quieres que te

folle?.

Paula parpadeó y asintió, tragando saliva otra vez. Pasó su rosada lengua por sus labios y la imagen me hizo sentir débil de deseo. Bajé mi rostro hacia el de ella y la besé profundamente. Paula gimió en mi boca. Se derritió contra mi cuerpo, justo como la última vez, y sus grandes tetas se presionaron contra mi pecho.

Envolví mis brazos a su alrededor y la acerqué más hacia mí, empujando mi pelvis contra la suya. Me separé levemente, giré su cabeza hacia un lado y mordisqueé el lóbulo caliente de su oreja.

—Ese es mi pene, Paula —susurré. —Y te desea.

Ella tembló y se estremeció. Pude sentir su ardiente boca en mi cuello y reprimí un gemido, agarrándola con mucha más fuerza. Dio un paso atrás, con su mano aun sobre la mía. Me miró de manera sensual y se dirigió al pasillo. La seguí, anticipando con ansias el momento en que mi pene se deslizara dentro de su húmeda y brillante vagina.

Paula me guio a su dormitorio. No me apartó la mirada en ningún momento mientras se sentaba en la cama, mirándome intensamente. Esperando que la tomara, que la hiciera mía.

—Siempre he querido follarte —gruñí. Crucé los brazos sobre mi cuerpo para quitarme la camisa y la arrojé hacia un lado. Sabía que estaba disfrutando de lo que veía cuando sus ojos se quedaron mirando mis abdominales. Su mirada me devoraba centímetro a centímetro.

—¿Te gusta lo que ves? Oh, Paula, Paula. Voy a enseñártelo todo, ¿lo sabes?

Ella solo soltó un chillido como respuesta.

Con un gruñido me lancé sobre la cama y me arrastré sobre su cuerpo tembloroso. Tomándola por sus muñecas, puse sus brazos detrás de su cabeza y acaricié su cuello antes de morderla suavemente y lamer su piel pálida.

Gimió y tembló debajo de mí. La besé y deslicé mi lengua en su boca, haciéndola gemir otra vez. Chupó y lamió mi labio inferior -evidentemente inexperta, pero de alguna manera, su inexperiencia solo me excitó mucho más. *Voy a convertir a esta chica en mi pequeño juguete*, pensé mientras mordía su labio. Voy a entrenarla para complacerme, enseñarle lo que una mujer debería hacer.

Mantuve sus muñecas tomadas con una mano mientras deslicé mi otra mano por entre medio de nuestros cuerpos para acariciar su vientre. Ella se retorció, abriendo sus piernas. Mi mano empezó a bajar más y más. Una fragancia almizclada inundó la habitación.

—Me encanta el olor de tu vagina —susurré mientras rompía el beso.

Estaba vestida con los mismos shorts y camisa delgada como lo había estado antes, mis dedos tiraron hacia un lado la tela de sus shorts, acariciando así su húmeda entrepierna por encima de su ropa interior.

Paula se volvió loca. Empezó a sacudirse y a retorcerse, frotándose contra mi cuerpo mientras acariciaba suavemente el lugar donde sé que estaba su clítoris.

—Ese es tu clítoris —susurré. —¿Sabes? Es lo que hará que enloquezcas para mí.

Mordió su labio y se sonrojó. Cerró los ojos cuando mis caricias se volvieron más intensas, frotando su entrepierna contra mi mano. Mi pene palpitaba de lujuria y me dolían las pelotas mientras la complacía. Preparándome, me puse de rodillas y busqué la hebilla de mi cinturón. Paula se apresuró a bajarme los pantalones. Sus manos regordetas se sentían cálidas y sudorosas.

—Quiero que me agarres el pene —dije. Tomé una de las manos de Paula y la guie a mi erección punzante, presionando suavemente. —Acaricia de arriba a abajo—. Con su mano cálida aun sobre mi dureza, hice el ademán de masturbarme. Se sintió tan bien que una oleada de placer recorrió mi cuerpo, arqueé mi espalda y gruñí.

—Así se complace a un hombre —solté, empujando la mano de Paula a un lado y quitándome la ropa interior. Mi pene quedó libremente erecto frente a ella y los ojos de Paula se abrieron de par en par. Sonreí. No es la primera vez que recibo este tipo reacciones de parte de una mujer, pero nunca deja de ser satisfactorio.

Tomé el dobladillo de su camiseta y la levanté, dejando al descubierto su vientre pálido. No llevaba puesto un brasier, y sus pálidas y grandes tetas estaban cubiertas por unos pezones rosados. Bajé mi cabeza hacia sus tetas y enrollé mis labios alrededor de uno de sus pezones, chupando, mordiendo y lamiendo.

Enredó sus manos en mi cabello y tiró de él, arqueando su espalda y gimiendo de placer. Abrió más sus piernas y sacudió sus caderas, retorciéndose como si no pudiese esperar por tener mi miembro dentro de ella. Con mi otra mano pellizqué y jugué con su otro pezón hasta que ambos estuvieron duros como piedras. Paula se retorció y jadeaba con fuerza. Estaba completamente cubierta de sudor mientras se movía debajo de mí. Esto es lo que adoro de ella. No puede fingir. Ella es natural. Y ahora su instinto mas

primario la guía. Sus caderas buscan mi pene, ella quiere mi roce y me desea. Y yo no puedo no disfrutarla. La he pensado tanto que no puedo evitar quererlo todo.

Me aparté un poco para mirarla. Hice contacto visual, mientras enganchaba mis pulgares en el borde de sus shorts y los deslicé por sus piernas. Estaba usando unos calzones blancos grandes, que la cubrían por completo y su entrepierna estaba empapada con sus fluidos vaginales. Sonreí y suavemente acaricié de nuevo su entrepierna, dibujando lentamente círculos alrededor de su clítoris.

—Ah, te gusta eso —le dije.

Paula gimió y asintió. Estaba luchando contra mi mano, evidentemente desesperada por más placer.

Busqué mis pantalones en el piso y saqué un condón de mi billetera, lo abrí con los dientes y lo deslicé sobre mi pene.

Paula se estiró y gruñó un poco mientras lentamente se bajaba los calzones. Su vagina rosada y brillante estaba escondida bajo un parche de pequeños rizos castaños. No había visto vello púbico en una chica en casi una eternidad, pero no es un impedimento. En cambio, me sentí atraído por su vagina oculta.

Me arrastré entre sus piernas extendidas y puse una mano en su cadera para estabilizarme. Empujé mis caderas hacia adelante y la punta de mi pene tocó su vagina.

—Puede que esto duela un poco —dije—. Suele ser así la primera vez.

Ella inspiró profundo como preparándose y asintió.

No quería dañarla. Mucho menos a ella. Yo quería que disfrutara tanto como yo. Necesitaba todo de mi para contenerme al deseo de enterrarme en sus pliegues, pero lo haría. Me balanceé lentamente hacia delante un par de veces, rompiendo su himen y enterrando mi pene en su vagina perfectamente estrecha. Gimió de dolor y enterró sus uñas en mi espalda, pero me quedé en el lugar y luego de unos segundos Paula comenzó a mecerse debajo de mí. Abrió mucho más sus piernas intentando frotarse, obviamente buscando más estimulación en el clítoris.

—Eres una pequeña perra —gruñí con aprobación. Deslicé una mano entre nuestros cuerpos y acaricié su clítoris hasta que gimió de placer.

Luego empecé a follarla en serio. Deslizándome dentro y fuera de su vagina, el éxtasis invadió mi cuerpo. De alguna manera fue incluso mejor de lo que imaginé. Siempre supe que Paula sería un buen polvo, pero se estaba dejando llevar de una manera que jamás había visto.

—Dios —dije moviendo mi cuerpo contra el suyo. Gimió mientras se estiraba más y más, frunciendo los labios a la espera de un beso. Lo cual me pareció tierno. Una bofetada, porque nunca follo y me dedico a sentir algo que no sea placer. Y verla entregada a mi, me causo algo en la boca del estomago, una emoción o algo cursi como eso.

Inclinándome, deslicé mi lengua en su boca y chupé su labio inferior mientras la seguía penetrando.

Paula gimió ruidosamente. Comencé a frotar su clítoris con más intensidad y pronto empezó a temblar y a sacudirse debajo de mí, gritando de placer. Sentí como su vagina se apretó con más fuerza alrededor de mi pene mientras el orgasmo inundaba su cuerpo. Se sacudió y revolvió en la cama, sosteniéndome con fuerza dentro de ella mientras acababa lenta y placenteramente.

Me alejé un poco de su cuerpo e hice contacto visual con ella, lamiendo sus dulces fluidos de mis dedos. Luego le ofrecí mi mano.

—Sería realmente sexy si lamieras tus fluidos vaginales de mis dedos — dije llevando mis dedos a su boca. Paula chupó obedientemente, lamiendo hasta dejarlos limpios. La sensación fue de otro mundo, y pronto la excitación se apoderó de mi cuerpo como una ola.

—Dios —gruñí de nuevo, cerrando mis ojos y empujándome con fuerza dentro de la vagina de Paula. Mi pene temblaba y palpitaba, embestí una y otra vez con fuerza, con deseo y pude sentir el semen caliente cayendo en el látex. Las sensaciones fueron más increíbles de lo usual y apenas pude respirar mientras la última descarga de semen salía de mi pene aun endurecido.

Alejándome de ella, envolví mis dedos alrededor de la base de mi pene para mantener el condón en su sitio. Tan pronto como mi miembro se encontró fuera, lo quité y lo lancé al piso.

Paula aún estaba jadeando y su vientre temblaba mientras yacía en la cama.

—Eso fue solo el comienzo —dije sonriendo mientras me ponía la ropa interior y los pantalones. —Solo espera que te haga mía por detrás.

Las mejillas de Paula se sonrojaron con el rojo más delicioso que haya visto jamás.

# Capítulo 8

## Paula

Me quedé allí recostada, temblando. No podía creer lo que acababa de pasar -¿de verdad me había acostado con el amor de mi vida, Alonso Ferro?.

*¿Y ahora qué va a pasar?*

Alonso se vistió y se fue sin decir palabra. Iba silbando mientras caminaba por el pasillo. Lo escuché abrir el refrigerador y luego el tintineo de las botellas de cerveza. Unos segundos después, la puerta de la entrada se cerró de golpe.

Pensé que el ritmo de mi corazón nunca volvería a la normalidad.

El sexo había sido increíble. Mejor que el de las películas, y que cualquier escena atrevida que hubiese imaginado jamás. Mejor que las novelas románticas. En realidad mas bien debía compararlo con algo mas porno.

Y Alonso... sacudí la cabeza con incredulidad. El tipo es como un dios griego, con su cuerpo perfecto y su brillante cabello.

Y se había acostado conmigo. Y no solo se había acostado conmigo, también me había hecho venir a un orgasmo increíble. El primero que he tenido. No es fácil asimilar que un hombre como ese entre solo para “follarme” y después de enseñarme cómo se siente el placer, tome sus cosas y se vaya.

Cubrí mi cuerpo desnudo con la sábana y temblé. Qué le diré a Carla cuando llegué a casa, me pregunté nerviosamente. *¿Debería ser honesta y contarle?*

Debo admitir que justo allí, mientras apretaba las sabanas a mi pecho, desee que él se hubiera quedado. Eso hubiera sido realmente *el* sueño de mi vida. Pero sin duda *eso* no hubiera sido fácil de explicarle a Carla. Si ella apareciera ahora podría darme un ataque o algo parecido. Es demasiado por asimilar.

Y antes de que tuviese tiempo para pensar en qué le diría a mi mejor amiga, la puerta principal se abrió y se cerró de golpe.

—¡Pauli! ¡Ya llegué! —Gritó Carla. Escuché el sonido de las bolsas de plástico mientras las dejaba en el suelo del vestíbulo. Mi estómago dio un brinco y me levanté de la cama, vistiéndome de nuevo. Para cuando llegué al

pasillo, aún seguía temblando.

—¿Paula? ¿Estás bien? —Carla entrecerró los ojos. —No sueles quedarte en la cama hasta tan tarde.

—Estoy bien —respondí. Tragué con fuerza. —Um, tengo que decirte algo.

Carla no me estaba prestando atención. Buscaba algo en las bolsas del supermercado con el ceño fruncido. —Juro que compré mostaza —murmuró. —¿Acaso se les olvido incluirlo en la compra?

—Oye, necesito hablar contigo —dije, aclarándome la garganta.

—Bueno, háblame en la cocina. Traje leche y ya se está calentando.

Tomé dos de las bolsas más cercanas y seguí a Carla a la cocina. Murmuraba y corría de un lado a otro, guardando las cosas y abriendo y cerrando las puertas de los gabinetes. Cuando las bolsas estuvieron vacías y se metieron en el reciclaje, tomó una botella de agua del refrigerador y se sentó, jadeando.

—Entonces, ¿de qué querías hablar?

Me sonrojé intensamente.

La mandíbula de Carla casi cayó al piso. —Algo pasó —dijo con astucia. —Con un chico. ¿Estoy en lo cierto?

—Más como un hombre, en realidad —dije suavemente. —Pero...sí.

—¿Y bien? ¿Quién?

—Tu hermano—. Las palabras salieron como un chillido y tuve que aclararme la garganta. —Alonso —dije tragando de nuevo. —Vino para acá...hace unos treinta minutos.

—Oh-por-Dios —dijo Carla y se tapó la boca con una mano. —¿Paula!

—Y nosotros, um...

—Bueno, cuéntame —se acomodó con entusiasmo. —Quiero saberlo todo.

Sentía mis mejillas arder mientras recordaba las intensas sensaciones orgásmicas que sacudieron mi cuerpo como una poderosa tormenta.

—Nos acostamos. Y eso fue...

—Oh mi Dios, espero que no haya sido malo —dijo mientras arrugaba la nariz. —¿Te divertiste?

Todo lo que pude hacer es asentir. —Sí... Estuvo... realmente bien.

—De acuerdo, no quiero saber todos los detalles, es mi hermano después de todo. ¿Pero al menos fue amable contigo? ¿No fue cruel?

—Fue bastante... instructivo —dije suavemente, aclarando mi garganta de nuevo.

—¿Lo harás de nuevo?

—La verdad no tengo idea —respondí. —En realidad no hablamos. Él solo se fue apenas terminamos.

—Oh. ¿Estás bien con eso?

—Sí—. Me sonrojé y me mordí el labio. —Realmente no sé de qué podríamos hablar si se hubiera quedado. No tenemos nada en común.

—Tuvieron buen sexo. Es decir, eso es algo bueno, ¿cierto?

—Carla, tú bien sabes que se acuesta con todo el mundo. Tú misma lo dijiste.

—Sí, pero... —Carla se detuvo de repente. —No lo sé, Pauli.

—Él estuvo bien —dije—. Y si sucede de nuevo, genial. Si no, no lo sé, quizás tenías razón. Tal vez empiece a sentir más confianza sabiendo que la puedo pasar tan bien.

—Eso es justamente lo que estaba pensando.

—Bueno, gracias —dije reclinándome en mi silla. Suspiré. —No puedo creerlo, pero si me siento diferente.

Carla asintió de nuevo. —Sí, yo me sentí así también. Como si tuviese un secreto o algo.

—Contigo fue diferente. Éramos más jóvenes, es decir, la mayoría de la gente era virgen en ese entonces.

Carla se rio. —Oh, Paula, no estoy tan segura sobre eso. La mayoría de las personas que conozco perdieron la virginidad antes de terminar la secundaria.

—Dios, eso parece que fue hace mucho tiempo. ¿Puedes creer que nos graduamos hace cuatro años?.

—No —respondió y arrugó la nariz. —Eso me hace sentir vieja.

—A mí también.

Caímos de nuevo en un silencio cómodo y Alonso apareció en mi mente. *¿Hablaban en serio cuando dijo “la próxima vez” ¿O es solo algo que les dice a todas las mujeres que se folla? Me sonrojé cuando recordé el comentario que hizo sobre mi trasero. Nunca había pensado en tener sexo anal anteriormente, ¿siempre me había parecido asqueroso y raro!*

Pero no puedo mentir -una parte de mí está intrigada con la idea de hacer algo más con Alonso... sin importar lo raro que sea.

# Capítulo 9

## Alonso

Luego de quitarle la virginidad a Paula, he tenido una sonrisa triunfadora durante toda la semana que no he podido quitarme del rostro. La gente se dio cuenta. Los chicos de la estación de bomberos empezaron a molestarme y a bromear conmigo, diciendo que evidentemente estaba enamorado. Pero no es eso en lo absoluto.

No puedo explicarlo, pero el sexo con ella se sintió completamente diferente. Me había follado a unas cuantas chicas gruesas, pero ella había estado espectacular. Cuando se quitó la ropa, no hubo timidez. Se abrió como una flor para mí, y amé cada segundo de ello, obediente y excitada.

La mayoría de las mujeres no son como Paula. Son coquetas y les gusta jugar distintos juegos. Me he follado a mujeres que han pretendido disfrutarlo, solo porque querían hacerme creer que eran alguna clase de estrella porno. Y para ser honesto, al principio pensaba que eso era muy sexy, pero luego me aburrí. Les decía a las chicas que me follaba que se calmaran, que se relajaran y que simplemente lo disfrutaran. Pero creo que nunca me escuchaban.

Leo me dijo que es porque soy intimidante. Dijo que solo lo hacían para intentar lograr que me gustasen más. Pero sabía que eso era estúpido. Si querían que me gustasen más, ¿por qué no simplemente relajarse y disfrutar el sexo como una persona normal?

Estaba convencido que nunca entendería a las mujeres.

Pero, por primera vez me muero por saber qué pasa por la cabeza de Paula. Luego de que me fui, ¿qué hizo? ¿Reír? ¿Llorar? ¿Contarle todo a mi hermana?

Oh, Dios. No había pensado en lo que diría Carla. Una sonrisa burlona apareció en mi rostro apenas lo imaginé. Probablemente me saludará con un puño en la nariz la próxima vez que me vea. *¿O estará celosa de que yo me folle a Paula y a ella nadie se la quiere follar?* Aunque nunca lo haya admitido en verdad, siempre he jurado que es lesbiana. Es simplemente esa clase de chica, la que puede convertirte las pelotas en hielo cuando pasa por el frente. Leo dice que es solo porque es mi hermana, pero yo no estoy del todo seguro. No creo que sea normal que dos chicas sean tan cercanas como

Carla y Paula.

*Quizás solo sean tímidas*, pensé caritativamente mientras dejaba la estación de bomberos y me dirigía a casa. Acababa de terminar un turno de catorce horas y me sentía exhausto. Solo quería llegar a casa y echarme en la cama, de cara a la almohada.

*Me gustaría caerme sobre la vagina de Paula*, pensé con una sonrisa en mi rostro. Aún tiene mucho que aprender. Si tengo la oportunidad de follármela de nuevo, voy a expandir sus horizontes con un poco de sexo oral, quizás incluso meterle un dedo en ese apretado culo.

*Maldición, solo pensar en ella me provoca una erección.*

Reduje la velocidad hasta parar frente a mi edificio de apartamentos, salí del auto y me detuve para revisar el correo. Hay una chica ahí, intentando meter su llave en una de las pequeñas cajas metálicas. Es ardiente, alta, bronceada, rubia, con piernas largas y pechos firmes.

Cuando se dio cuenta de mi presencia, se veía culpable y sonrojada.

—Probablemente creas que estoy tratando de abrir esto a la fuerza y leer el correo de alguien —dijo mordiéndose el labio. Antes de que pudiese responder, continuó hablando: —Pero juro que no es así. Me acabo de mudar, y creo que me dieron la llave equivocada. ¡No funciona!

Sonreí. —Yo pensé lo mismo, créeme —dije suavemente, dando un paso adelante. —Soy Alonso, por cierto. ¿Cómo te llamas?

—Isabel.

—Un placer conocerte. —Le mostré una sonrisa e hice un gesto hacia sus llaves. Sonreí al ver el llavero de la universidad metropolitana. —¿Puedo?

Isabel asintió. —Buena suerte. He estado intentando por más de diez minutos. ¡No puedo imaginar lo que puede haber ahí dentro!

Sonreí. —Lo descubriremos juntos—. Para mi deleite, la llave se deslizó suavemente en la cerradura y la giré con un solo movimiento de muñeca.

—Oh por Dios —soltó Isabel. Poniendo las manos en alto —¡No puedo creer que lo lograras! —Sus ojos azules brillaron de felicidad. —¡Muchísimas gracias!

Sonreí. Siempre es genial hacer feliz a una chica.

—No hay problema —dije devolviéndole las llaves. —Entonces, ¿eres una chica de fraternidad? ¿Qué haces aquí en lugar de estar en el campus?

Isabel se sonrojó, pero no se vía nada feliz. —Es estúpido —dijo con un suspiro. —Fui a una cita con un chico que me parecía de lo más lindo, y no tenía idea, pero había salido con mi Mayor el año anterior... y aparentemente

lo de ellos no terminó muy bien. Ella decidió echarme de la casa por esa razón.

Levanté una ceja al no comprender lo que dijo. —Disculpa, ¿tu mayor?

El rubor de Isabel se hizo más intenso y pude admirar la curva de sus pómulos.

—Mi hermana mayor —explicó. —Yo soy su Pequeña, así es cómo funcionan las fraternidades. Me tomó bajo su protección cuando me comprometí.

—Ah —dije acariciando mi barbilla. —Bueno, ir a una cita con alguien que botó a tu amiga no suena como algo muy sabio de tu parte.

—No lo sabía, ¡lo juro! —Exclamó. Dio un pequeño salto y sus tetas rebotaron. —Lo juro, no soy una mala persona—. Sacudió sus rizos rubios y suspiro infeliz. —Sé que sueno como una perra, pero lo gracioso del asunto es que después de la cita ni siquiera me gustaba el tipo. Estaba en una fraternidad amiga y nunca pensé que sería una mala idea.

Entrecerré mis ojos. —Bueno, quizás sea una mejor idea salir con personas que no pertenezcan a la universidad —dije levantando una ceja. —Los chicos universitarios son detestables. Yo debería saberlo. Estudié en la UPR.

—Oh por Dios. Es decir, no está mal. Deberías ver nuestro campus. Es horrible —continuó.

—¿Estás libre más tarde?

Isabel sonrió y mordió su labio. —¿Quieres decir esta noche?

—Bueno, sí —dije acercándome y sonriendo. —A menos que tengas planeado romper el corazón de otra de tus hermanas.

—¡No!

—Entonces ven a cenar conmigo. Te divertirás, lo prometo. Soy bombero, por cierto —añadí casualmente, sabiendo lo mucho que a las chicas les gusta oír eso. —Así que necesito comer mucha proteína.

—Yo estoy en el equipo de gimnasia —dijo orgullosamente. —Así que yo también como proteína.

Hice el ademán de mirar por encima de su tenso cuerpo. —Me doy cuenta. ¿A las siete y media está bien?

Ella asintió. —Está bien. Estoy en el 4-C.



Sonreí y agité mi mano alegremente antes de entrar silbando en mi apartamento. Isabel parece el antídoto perfecto contra mi creciente obsesión con Paula. Después de todo, no hay forma de que haga otra cosa con ella que no sea follarla. Leo y los demás chicos me molestarían por años si me vieran con una ballena como esa.

Pero Isabel encaja a la perfección.

Tomé una siesta y luego una larga ducha. Me masturbé mientras me terminaba de lavar, intentando imaginarme el rostro de Isabel. Pero Paula seguía apareciendo en mi cabeza, y terminé acabando con la idea de sus labios alrededor de mi miembro.

Esperé diez minutos desde la hora acordada antes de ir al apartamento de Isabel. Hago eso a menudo -hacer esperar a las chicas solo para que me deseen un poco más. Por supuesto, abrió la puerta usando un pequeño vestido negro que presionaba sus tetas y las hacía ver deliciosas. Movi6 sus pestañas coqueteando conmigo.

—¿Quieres pasar para tomarnos un trago? —Soltó una risita. —Siempre me da más hambre luego de un par de copas de vino.

Levanté una ceja. —¿De verdad? ¿Debería guardar una botella al lado de la cama?

Isabel se sonrojó, pero se rio. —Eres malo —dijo juguetonamente, apartándose de la puerta. Estaba usando tacones tan altos que la hacían ver tan alta como yo. Sus piernas eran delgadas y elegantes -se movía como un ciervo o una gacela.

—¿Qué quieres tomar? —Dijo desde la cocina. Su apartamento casi no tenía muebles, pero se vía juvenil y femenino. *Como la habitación de Paula*, pensé. *Mierda. ¡Deja de pensar en ella! ¡Estás con la próxima conejita Playboy del mes!*

—Una cerveza está bien, lo que quieras —respondí, dejándome caer en un sofá de cuero color crema.

Isabel regresó con una sonrisa seductora en su rostro y una jarra helada de cerveza. Para ella, traía una copa de vino blanco. Se sentó a mi lado, su muslo bronceando rozando mis pantalones.

—Gracias por invitarme a salir —dijo —Tengo la sensación que terminaré en la lista negra de la universidad.

Me reí. —¿Qué edad tienes?

—Veintidós.

—Estoy seguro que estarás bien —dije sonriendo.

—Eso espero—. Me miró por largo tiempo y se lamió los labios. Sé que quiere que la bese, y la misma emoción despertó dentro de mí. Pero no es así como fue con Paula. Isabel todavía esta resguardada, no me está mostrando su verdadero ser. Es juguetona, tímida, vestida con elegancia y cubierta de maquillaje.

No me siento atraído hacia ella en lo absoluto.

*¿Qué sucede conmigo?*, me pregunté mientras bebía la cerveza fría. En una situación normal estaría encima de ella, prácticamente se me está ofreciendo.

—Entonces —dice Isabel. Y lamió sus labios de nuevo. —Eres un bombero, ¿cierto? Que valiente —añadió. —Mi hermano mayor es voluntario, pero quiere ser paramédico cuando salga de la escuela.

Asentí intentando verme humilde e inteligente al mismo tiempo. —Tan pronto apagué mi primer incendio, supe que esto era lo mío. Es como si lo llevara en la sangre.

Se inclinó y pude percibir el aroma dulce y femenino de su perfume. Empezó a acariciar el costado de mi brazo, moviendo sus pestañas llenas de mascara.

—Creo que es muy sexy que arriesgues tu vida de esa manera. La mayoría de los hombres son tan cobardes, ¡ni siquiera les gusta ir al doctor!

Me reí. —Yo odio al dentista —dije—. El maldito nunca usa suficientes analgésicos.

—Oh —dijo con una voz burlona. —Pobre pequeño Alonso —añadió acercándose más. Se acercó tanto que podría lamer la punta de su nariz. —Apuesto a que yo podría hacerte sentir bien —agregó con voz sensual.

Guardé silencio. Isabel cerró los ojos y me besó, apretando sus labios contra los míos. Lamió mis labios con la punta de la lengua y soltó un gemido cuando envolví mi brazo a su alrededor para acercarla. Se sentía placentero, pero nada dentro de mí se despertaba.

Ella me quitó la cerveza de la mano sin romper beso y la dejó en el piso. Se sentó en mi regazo, extendiendo sus piernas a mí alrededor empujando su entrepierna contra mi abdomen bajo. Mi pene se retorció, pero nada más.

Luego de un segundo, Isabel se separó e hizo una mueca. —¿Qué sucede?

La miré. Su pecho estaba agitado y su cara sonrojada por la excitación y la confusión. Me levanté del sofá y ella cayó a su lado del sillón de forma desprolija, mostrando un ápice de su vagina perfectamente depilada. Por primera vez no sentí nada.

—Nada —respondí. —Acabo de recordar que tengo algo que hacer esta

noche. Lo siento.

—Jódete, eres un verdadero idiota, ¿lo sabes?

Me encogí de hombros. —No voy a negarlo —dije—. Gracias por la cerveza.

Lo último que vi antes de salir de su apartamento fue su cara furiosa. Sonreí mientras caminaba a mi propio apartamento y cerré la puerta, agradecido de que no le di mi dirección exacta. Sé que debería sentirme culpable y estúpido —desperdiicé la oportunidad de follar con una mujer hermosa.

Pero había sido fácil. Se había arrojado sobre mí y asumió arrogantemente que me la iba a follar de inmediato, incluso antes de cenar. Aunque no lo entiendo. Cuando era más joven, solía volverme loco con chicas como Isabel y les rogaba que me dejaran probar su dulce entrepierna.

Pero ahora no puedo negar que algo ha cambiado. *¿Qué sucede conmigo? ¿Acaso estoy roto? ¿Me había arruinado una virgen tímida y gorda?*

De cualquier forma, esto no me gusta.

Ni un poco.

# Capítulo 10

## Paula

Luego de mi charla con Carla, me sentí más confundida que nunca. Pasó una semana sin visitas sorpresas de Alonso o sin siquiera mencionar su nombre. Por supuesto, no he dejado de pensar en él. He soñado con él todas las noches. Sus dedos, su lengua -todo lo que había hecho para hacerme sentir increíblemente bien. Quiero hacerlo todo con él. Cada vez que lo pensaba, sonreía imaginando como se sentirían su boca y su lengua sobre mi vagina, moviéndose alrededor de mi clítoris hasta que estuviese jadeando de placer. Alonso tenía una pequeña barba, y luego de que se fue noté que mi barbilla estaba roja e hinchada. Pensar en mis labios vaginales sintiéndose de la misma manera me hizo sentir excitada.

Carla tenía razón. Sí, me siento diferente. El simple hecho de estar fuera en el mundo me hizo ver las cosas de manera totalmente nueva. Antes solía pensar que solo la gente casada y comprometida tenía sexo. Pero ahora, cada vez que veo a una pareja me los imagino durmiendo juntos. Me pregunto, *tienen buen sexo, o mal sexo, o sexo extraño con esposas y nalgadas. ¿Acaso lamen crema batida del cuerpo del otro? ¿Se vendan los ojos el uno al otro?*

Quería saberlo.

Alonso había abierto una puerta salvaje para mí, y no estaba segura de poder esperar a explorar todo ello.

Otra semana estaba por terminar. Y comencé a creer que eso había sido todo. Si él había sido increíble, yo obviamente no lo era y ¿quién querría volver por mas? No lo culpo.

Pero justo cuando me había convencido de ya no sabría de él, Carla llegó a casa con un mensaje.

—Estaba en casa de mis padres —dijo resoplando. —Alonso me llevó aparte y me pidió que lo llamaras, aquí está su número.

La confusión y la emoción crecían en mi pecho. —Pero él es el hombre. Se supone que debería llamarme él, Carla. Las chicas no llaman a los chicos.

Carla resopló de nuevo. —¿Recuerdas lo que dije? Necesitas ser más moderna. Estamos en una época en que las mujeres tomamos la iniciativa.

—Paula moderna —dije riéndome. —Esa es buena.

—Él se veía... emocionado. No sé qué está sucediendo, pero nunca lo había visto así, Pauli—. Me pasó un pequeño pedazo de papel, y esperé ver un garabato, un corazón o incluso mi nombre, pero lo único que había era un número de teléfono, garabateado rápidamente con tinta negra.

—Gracias por esto —dije guardando el papel en mi bolsillo. —Voy a llamarlo.

Carla se rio. —Estás muy cachonda —dijo y arrugó la nariz. —¡Es muy extraño pensar que estás cachonda por mi hermano!

Me sonrojé intensamente. —Suficiente —respondí. —Gracias nuevamente por pasar el mensaje.

En la seguridad de mi habitación, marqué el número de teléfono con mis dedos temblorosos. Sonó tres veces antes de que alguien contestara y por un momento antes de escuchar alguna voz, tuve un pensamiento horrible *¿Qué pasa si este no es el número de Alonso? ¿Si es de un restaurante de pizzas? ¿O peor, de la línea directa de apoyo contra rechazos?* No me extrañaría de él y sus bromas.

—Hola, ¿Paula?

Me mordí el labio mientras el alivio se apoderaba de mí. —Sí —respondí. —Carla acaba de llegar a casa. Ella me dio tu número.

—Lo sé. Yo le dije que lo hiciera.

—Um de acuerdo —*¿Por qué no puedo dejar de ser tan torpe cuando se trata de él?* me pregunté molesta. *¡Lo odio! ¡Probablemente piense que soy una idiota!*

Para mi alivio, Alonso se rio. —Paula, ¿sabes dónde vivo, cierto?

Sacudí la cabeza, olvidando por completo que no podía verme

—¿Paula?

—Oh, no, no lo sé.

—Estoy en el complejo en las afueras de San Juan. Cerca de la estación de bomberos.

—Oh, eso tiene sentido.

—Sí —respondió. Me di cuenta por el sonido de su voz que se estaba riendo. —¿Quieres venir?

—¿Qué?

—Te estoy pidiendo que vengas—. El tono de su voz era sombrío, casi como un gruñido.

—¿Por qué?

—No seas tonta, Paula—. Se rio. —Te voy a enseñar algo nuevo, ¿no te

gustaría eso?

—Sí —susurré.

—Entonces ven. Ahora.

Alonso colgó antes de que pudiera responder. Tan pronto como pude me metí a la ducha y me lavé la vagina a fondo. No me puse maquillaje ni perfumes, solo usé mi crema corporal para sentirme suave y elegí un vestido casual de algodón. Luego de un momento, decidí irme sin ponerme pantis. Sé que a Alonso le gustará eso, era algo atrevido viniendo de mi, pero quería sorprenderlo. Había esperado este momento.

Nunca me había sentido tan nerviosa como cuando ya estaba en el autobús camino a su apartamento. Parecía tardar toda la vida. El conductor iba tan despacio que mis oídos se llenaron con el sonido discordante de las bocinas de los automóviles que sonaban y sonaban ruidosamente. También sudaba y tuve el presentimiento de que para cuando llegara a la casa Alonso, me vería como un desastre grasoso.

Alonso vive en el último piso de un edificio de cuatro pisos. Para cuando llegué arriba, mi pecho estaba agitado. Me detuve nerviosa frente a su puerta, preguntándome si debería tocar el timbre o solo entrar. Afortunadamente, antes de que pudiese tomar una decisión la puerta se abrió.

Alonso estaba parado ahí, usando solo una toalla. Sonrió apenas me vio.

—Tardaste demasiado.

Me cogió de la mano y me llevó a la comodidad de su apartamento con aire acondicionado. La puerta ni siquiera estaba cerrada cuando su boca se encontraba sobre la mía, besándome intensamente mientras sentía que me derretía en sus brazos.

—Paula —susurró en mi oído. —Ven conmigo.

Asentí nerviosa mientras seguía a Alonso por el pasillo hasta llegar a su habitación. Me sorprendió ver que todo estaba inmaculadamente limpio. Todo era bastante masculino -tonos grises, negros y crema- y la cama estaba perfectamente arreglada.

Alonso se quitó la toalla, sonriendo cuando miré hacia su pene. Ya estaba erecto y eso me hizo temblar. La primera vez que lo vi desnudo me preocupaba que su pene no entrara en mi vagina. *Pero entró muy bien*, pensé nerviosa. *Casi como si perteneciera ahí.*

—Quítate el vestido —ordenó levantando una ceja. —Quiero verte. Quiero mirarte por completo.

Estoy tan sonrojada que apenas puedo mantener los ojos abiertos mientras

me quito la tela. Mis pezones están rígidos y mi clítoris duro -mis muslos están húmedos y resbaladizos por mis propios fluidos. Alonso se acercó y se lamó los labios.

—Oh, Paula —dijo sacudiendo la cabeza. —Eres perfecta.

Me sonrojé intensamente. No sé qué pensar -*¿se está burlando de mí? ¿O de verdad le parezco atractiva?*

Si fuera solo por la forma en que me mira, se lo creería.

—Recuéstate en la cama y abre las piernas para mí. Solo relájate y muéstrate.

De una manera un poco torpe me senté en el colchón. Me alegré de haber tomado una ducha antes de venir.

Abrí mis piernas solo un poco y luego me recosté hasta que mi cabeza estuvo en la cama.

Di un pequeño brinco cuando sentí el agarre firme de Alonso en mis rodillas. Las abrió y escuché un pequeño golpe mientras se puso de rodillas.

—Tienes una vagina hermosa. Tan rosada y jugosa.

Un cosquilleo agradable me recorrió completamente. Entonces sentí el suave tacto de Alonso acariciando mis muslos. Cerré los ojos mientras me acariciaba cada vez más cerca de mi vagina, rozando suavemente mis labios con la punta de sus dedos. Finalmente, un dedo se deslizó dentro de mí y gemí. No dolió como antes. Se sintió increíble, como estar siendo completada.

Luego, cuando me sentía cómoda, deslizó otro dedo dentro de mí y continuó acariciándome. Frotó mi clítoris con su pulgar lentamente en círculos, y pronto me estaba retorciendo, gimiendo y pidiendo más. Las sensaciones fueron increíbles, casi celestiales, tanto que ni siquiera me di cuenta que Alonso estaba abriendo mucho más mis piernas. Me dolían los muslos, pero no quería que se detuviera, así que me quedé congelada en esa posición algo incómoda pero tan placentera.

De repente sentí algo cerca de mi trasero. Me tensé, pero luego de unos segundos, se empezó a sentir casi normal. Bien, incluso.

—Te estoy acariciando tu delicioso culo —susurró. —¿Te gusta?

Lo único que pude hacer fue gemir mientras su dedo acariciaba la sensible piel fruncida. Por un momento el dedo se iba, luego lo sentía de nuevo, con más fuerza que antes, empujando contra la entrada.

—Solo relájate.

Su voz era suave. Acarició mi clítoris, esta vez con más fuerza, y jadeé mientras el placer recorría por mis venas.

Ya no me siento como Paula -me siento como una mujer sexy y confiada. Y no lo puedo creer, pero el dedo de Alonso en mi culo solo intensificó las demás sensaciones, haciéndolas más poderosas. Pronto me estaba sacudiendo y empujándome hacia las atenciones que me daba. *¡Quiero más, más, más!*

Una sensación cálida empezó a crecer en mi vientre, como si algo candente y poderoso se estuviese apoderando de la mitad inferior de mi cuerpo. Jadeando, gemí ruidosamente mientras el orgasmo se apoderaba de mi cuerpo. Las olas de placer seguían llenándome mientras Alonso continuaba frotando su dedo contra mi clítoris. No pude controlarme. Mi cuerpo entero se sacudía y temblaba mientras el orgasmo me destrozaba.

—¡Dios! —Gemí. —¡Alonso! ¡Si!

Cuando terminó, estaba sudando y temblando. Aparté suavemente su mano y me senté, buscando algo de aire. Me miró y sonrió. Su risa era profunda, una que provenía del triunfo.

—Ese fue solo el comienzo —dijo. Me guiñó el ojo y me sonrojé como una colegiala. —¿Te gustó?

—Sí —dije, asintiendo suavemente.

—Bueno, prepárate.

Su pene todavía estaba duro como una roca y me estremecí. —Porque hay otra lección para hoy.

Estiré mi mano para tocarlo, queriendo echarlo encima de mí. Incluso cuando todavía mi cuerpo se recuperaba por mi intenso orgasmo. Sé que puede hacer que acabe de nuevo, incluso con más fuerza con su pene dentro de mí.

—Todavía no. Ponte de rodillas.

# Capítulo 11

Alonso

Paula se arrodilló frente a mí, haciendo una mueca cuando sus rodillas hicieron contacto con la alfombra. La miré por unos segundos antes de ir al baño a buscar una toalla.

Cuando regresé le entregué a Paula la toalla doblada.

—Toma, pon esto bajo tus rodillas.

Ella asintió obediente. Se hizo a un lado torpemente, ajustado el material debajo de su cuerpo.

Verla sentirse mas cómoda con todo esto, me produjo una satisfacción grata. Así la quería, justo como ahora.

—¿Mejor?

Asintió de nuevo. Me acerqué un poco más y apoyé mi mano en su sudoroso cabello castaño.

—Lo que voy a enseñarte es muy importante para complacer a un hombre — dije acercándome más. Mi pene se balanceó frente a mí, ansioso de estar dentro de la cálida boca rosada de Paula, una boca que me había masturbado en muchas ocasiones en mi imaginación . —Y tú quieres complacerme, ¿cierto?

—Sí —respondió.

Una emoción dominante recorrió mi cuerpo. Nunca antes había sido tan mandón con una mujer, y algo sobre esto realmente me gusta. Me encanta lo naturalmente sumisa que es Paula. Cualquier cosa que le diga, lo hace de inmediato sin quejarse. ¡Y me encanta como se sonroja cada vez que digo su nombre! Es como un impulso instantáneo para mi ego, algo que realmente me hace sentir como un hombre. Y realmente puedo disfrutar de todo esto que ella genera. Por primera vez esto del sexo es mutuo. Ambos nos satisfacemos.

—Vas a aprender cómo darme una buena mamada —dije levantando una ceja y mirándola fijamente a sus ojos. Me miró expectante. Un toque de excitación y lujuria recorrió mi cuerpo.

Me duelen las pelotas, suplican ser acariciadas y chupadas.

—Ahora abre la boca. Lámete los labios y envuélvelos alrededor de tus dientes.

Paula se lamió los labios. Vi como su lengua rosa los humedeció y los volvió aún más rosados. Se sonrojó de nuevo cuando se dio cuenta que la estaba mirando y solo pude sonreír. Ella es natural, pensé mirando sus tetas. Se inclinó hacia adelante y me sorprendió una repentina sensación de querer tirarme al suelo y follarla hasta perder la razón. Pero sé que aún le queda mucho por aprender... y hace mucho tiempo que no me dan una mamada.

—Voy a poner mi pene en tu boca —dije. Dando un paso hacia delante, empujé suavemente mi pene dentro, como le prometí. —Mueve la lengua alrededor de la cabeza y chupa suave. Sigue lamiendo y chupando... y si me gusta algo será mejor que no dejes de hacerlo.

Gruñí, mi cuerpo se inundó en éxtasis cuando Paula empezó a lamer y chupar mi miembro erecto. Enredé mis dedos en su cabello suave y tiré de su cuero cabelludo mientras chupaba, y pronto empujé mis caderas hacia adelante, follando su cálida y húmeda boca. Cerré los ojos mientras el éxtasis se apoderaba de mi cuerpo.

—Eres buena para ser principiante. Respira por la nariz para que no te ahogues, porque a los hombres realmente les gusta cuando puedes llegar muy profundo.

Paula murmuró algo incomprensible. Se siente delicioso en mi pene y empujé más adentro de ella.

—Pon tu mano alrededor de la base y acaricia. Usa tu otra mano para masajearme las pelotas, muy suavemente.

Paula hizo lo que le pedí. Llevó mi placer a un nivel completamente nuevo y cerré los ojos, follando su boca. Se siente casi tan bien como su suave vagina, y me encanta estar quieto mientras me complace. Y cuando sentí los dedos de Paula tocando mis pelotas, arqueé mi espalda y gemí ruidosamente.

—Saca mi pene de tu boca, pero no dejes de lamerlo y besarlo —dije, luchando por decir algo que no fueran tonterías. —Y lámeme las pelotas. Chúpalas, luego mételas en tu boca y masajéalas con tu lengua.

Ella no dudó. Durante un pequeño momento estremecedor, sacó la cabeza de mi pene de su boca y movió su lengua alrededor de la base, chupando de una manera que me hizo sentir en el cielo. Me miró y me lamió las pelotas tentativamente.

—Chúpalas —dije—. Eso es muy placentero, Paula. Los hombres disfrutan mucho esto.

Tomó una de mis bolas en su boca y comenzó a chupar suavemente. Pasó su lengua por la zona más sensible y gruñí, tomé su cabello con tanta fuerza que

gritó de dolor, aunque no dejó de chupar. Masajeó con su lengua, llenando mi cuerpo de placer.

—Regresa a mi pene —le ordené. —Me estoy acercando. Lo estás haciendo muy bien.

Asintió. Abrió la boca otra vez y sopló suavemente aire caliente sobre mi pene antes de empezar a chupar otra vez. Se sintió tan bien que mis rodillas se debilitaron, gruñí ruidosamente mientras Paula movía su cabeza de arriba a abajo. *Dios, es increíble pensé. ¡Nunca me lo habían mamado así!*

Su mirada no se apartaba de mí. Ella podía entender cuanto me gustaba lo que hacía. Se fijaba en cada uno de mis gestos. Aun que yo mismo no sabía de mí.

—Lo estás haciendo muy bien —dije mientras inclinaba mi cabeza hacia atrás respirando pesadamente. Paula chupó y chupó, aumentando su ritmo mientras follaba su boca más fuerte que nunca. Pronto me di cuenta que estaba a punto de acabar.

—Voy a acabar y quiero que te lo tragues todo, y luego lamas hasta dejarme limpio —dije aun luchando con todo lo que estaba sintiendo. El orgasmo me golpeó como un camión de carga y gemí ruidosamente mientras mi pene liberaba chorros de semen en la boca de Paula. Obedientemente tragó, aunque unas gotas espesas cayeron de su boca, verla saborearse con mi semen fue un gusto, luego sacó la lengua y lamió justo como le había pedido. La maravillosa sensación de placer todavía continuaba por las venas como lava fundida.

—Eso estuvo, muy bien —dije débilmente, sentándome en la cama.

Paula se puso de pie, frotándose las rodillas y haciendo una mueca.

—Me alegra —dijo suavemente. —Nunca lo había hecho.

Resoplé. —Ni que lo digas.

Paula parecía algo ofendida. —No lo parece —dije sonriendo. —Lo hiciste muy bien.

Paula se iluminó intensamente. Su respiración seguía acelerada y su aroma almizclado seguía en el aire. Inhalé profundamente, deseando tener la resistencia para excitarme de nuevo y follarla hasta quedar sin sentido.

—Vístete —dije.

Ella se puso de nuevo su vestido de verano y desapareció hacia el baño. Estuve tentado de pararme fuera y escuchar, pero en su lugar me limpié el miembro con un pañuelo y me puse ropa interior limpia, un jeans y una camiseta.

Cuando salió del baño noté que se veía inquieta.

—¿Qué sucede?

—Nada —respondió. —Es solo que... —se detuvo en medio de la oración, mordiendo su labio ansiosamente de una manera que me hizo querer besarla.

—Suéltalo. Hemos follado, puedes hablar conmigo.

—Nada, en serio, es estúpido. Es solo que... no lo sé. ¿Podemos tener una cita?

—¿Qué dices?

—Una cita —respondió. Sonaba miserable y avergonzada. —Es decir, en público.

Sonreí. —¿Por qué? ¿Quieres que me arresten por exhibicionismo?

Su expresión cambió. —Olvidalo, es estúpido, te lo dije —dijo obviamente nerviosa. —Me voy.

La tomé de la mano. Por un momento se resistió, pero luego de un segundo se volteó hacia mí.

—No, no te vayas —dije—. Solo te estaba bromeando. ¿Qué quieres hacer?

Paula se encogió de hombros. —No lo sé. Solo he tenido una cita en toda mi vida... y era gay —añadió. —Tomamos café. Pero realmente no me gusta el café.

—De acuerdo. Creo que sé a dónde podemos ir.

Paula me miró escéptica. —¿A dónde me vas a llevar?

Le guiñé el ojo. —Es una sorpresa. Vámonos, toma tu bolso.

Me siguió obedientemente hasta el pasillo de mi edificio. Justo cuando estaba cerrando la puerta de mi apartamento, Isabel apareció por la esquina de las escaleras. Estaba usando un bikini rosado y unos shorts cortos, y cuando me vio se detuvo en seco. Luego estallo en risas.

—Oh por Dios —dijo Isabel. —No puedo creerlo.

—Vámonos Paula —dije evidentemente molesto.

Los ojos de Isabel estaban bien abiertos. —No puede ser en serio. ¿Ella? ¿De verdad?

Paula me miró confundida. —Alonso, ¿qué sucede?

—Paula, vamos. Vámonos —dije con firmeza.

—¡Todo tiene sentido! —Gritó Isabel aun riéndose. —No puedo creerlo, ¡solo te gustan las chicas gordas!

—Alonso —insistió Paula bruscamente. Estaba avergonzada y confundida y parecía a punto de llorar. —¿Quién es ella?

—Una perra tonta —dije. Tomándola de la mano, la llevé hasta el estacionamiento. Tan pronto llegamos a mi auto, Paula me miró con ojos

tristes.

—Alonso, ¿quién era ella? En serio.

—Como dije, una perra tonta. La conocí el otro día cuando estaba buscando el correo. Trató de insinuarse—. Obviamente no le iba a decir a Paula que la había invitado a salir.

—Es hermosa —dijo y frunció el cejo. —¿Por qué no quisiste salir con ella?

Me encogí de hombros. —No lo sé —respondí ya irritado. —Solo no lo hice. ¿Cuál es tu problema? ¿Por qué enloqueces por esto?

—No lo sé —dijo suavemente y desviando la mirada hacia la ventana.

—Mira, no te molestes, ella fue maleducada. Debí haber alardeado de lo bien que me lo mamaste.

Paula jadeó mortificada. —Oh por Dios, ¡Alonso! ¡No puedes hacer eso!

Sonreí. —Bueno, es verdad. Es la mejor mamada que me han dado.

El rubor de Paula se tornó rosado, y las comisuras de sus labios se curvaron en una débil sonrisa. —Gracias.

A penas pude oírla por el ruido del motor.

—Yo debería agradecerte —dije sonriendo. En mi ropa interior, mi pene comenzó a retorcerse. *¿De nuevo?* Pensé irritado. *¡Acabé solo hace unos minutos!*

Diez minutos más tarde, llegamos a nuestro destino.

—Vamos —dije—. Demos un paseo.

Ella se veía intrigada —¿Me trajiste al centro comercial? ¿Vamos de compras?

—Nop.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

Suspiré. —Te lo dije, es una sorpresa.

Paula me siguió de cerca mientras la guiaba por el centro comercial. Cuando llegamos a la feria de comida, señale el Georgetti.

—¿Helado? —Paula entrecerró sus ojos. —¿De verdad?

Sonreí. —Qué, ¿no te gusta?

—No, me encanta el helado —respondió lentamente. —¿Pero por qué?

Me encogí de hombros. —No sé. Tengo antojos de malteada—. Sonreí y miré la entrepierna de Paula a través de su vestido. —Es decir, tu malteada siempre es buena, pero necesito un poco de tiempo para recargarme antes de que pueda follarte otra vez —dije levantando una ceja.

Paula se sonrojó. —De acuerdo —respondió nerviosa.

Mientras caminábamos hacia el mostrador, me di cuenta que esto no lo había hecho nunca. Estaba teniendo una cita en un lugar público, no caro, no pretencioso para que otros me vieran y sin apresurarme por querer acostarme con ella. Yo estaba saliendo, con *esta* chica, a un lugar simple, del agrado de ambos, para disfrutar de su compañía, no del sexo, eso sería de nuevo, mas tarde. No logro entender lo que estoy haciendo. *¿Me gusta Paula? ¿Realmente siento algo por ella?*

Es raro, nunca he desarrollado sentimientos por una mujer antes. Me han gustado muchas, claro, pero no me importaba cuando dejábamos de vernos. Nunca las extrañaba. Nunca he pensado en una mujer en específico cuando estoy solo.

Y, aun así, Paula no abandona mis pensamientos. *¿Qué está sucediendo?*

Compramos el helado -una malteada de menta y chispas para mí, y un banana split para ella- y nos sentamos en unas de las mesas, escuchando el estrépito de los niños en el centro comercial.

—Gracias —dijo Paula. —Esto está bien—. Asintió y sonrió antes de morder generosamente su postre. —Lo siento si te hice sentir incómodo. Es solo que... no sé por qué estás conmigo cuando puedes estar con alguien como la chica de tu edificio.

Me encogí de hombros. —No te preocupes por eso —respondí.

No pude decirle que no he dejado de pensar en ella. Esto es solo sexo y estoy seguro que lo sabe tan bien como yo, por lo que nunca podríamos tener una relación de verdad.

Pero entonces, ¿por qué no me la puedo sacar de la mente?

# Capítulo 12

## Paula

Cuando Alonso me dejó en mi casa, me sentí un poco mareada. *No puedo creer que tuvimos una cita de verdad.*

No he podido dejar de pensar en él -¿qué estoy haciendo? ¿Por qué no puedo mantenerme alejada de él?

Con toda probabilidad, sé que me estoy acelerando rápidamente hacia un corazón roto.

Estamos hablando de un idiota, engreído, conocido por sus múltiples conquistas, y sobre todo de alguien conocido por no tener sentimientos. ¿Qué podría salir mal? Solo mi corazón en mil pedazos si continuo alimentado algo imposible.

Entré a casa. Cerré los ojos y moví mi cabeza en pequeños círculos. Mis muslos están todavía resbaladizos por mi propia excitación, me siento sensual y diferente, de alguna manera más poderosa.

Carla tenía razón. ¿Quién habría pensado que solo necesitaba un poco de sexo para sentirme confiada por primera vez?

—¿Pauli? ¿Eres tú?

—Sí —respondí. —Acabo de llegar.

Carla se acercó a la sala de estar con sus manos en las caderas. —Te fuiste por mucho tiempo.

Su tono era peculiarmente enfadado.

—Sí—. Me sonrojé sintiéndome culpable. —Estaba con Alonso.

—Lo sé. Yo te di su número, ¿recuerdas?.

—Lo siento —dije. Tragué saliva con fuerza. La tensión entre nosotras es tan gruesa como mis muslos. —No quiero que esto sea incómodo para ti.

—Ah... ¿Incómodo porque te estás acostando con mi hermano? —Carla se encogió de hombros. —Está bien.

Eso dolió un poco. —Fue tu idea en primer lugar —dije, determinada a no dejar que Carla supiera cuanto tiempo he deseado a Alonso.

—Bueno, sí, pero no pensé que se juntarían más de una vez —ahora su voz tenía algo de amargura.

Guardé silencio y mordiendo mi labio desvié la mirada.

—Voy a ducharme y luego iré al campus un rato. Tengo mucho trabajo que adelantar.

No sabía como actuar en esta situación. Esto era muy raro y ya estaba algo sobrepasada por las emociones con Alonso para sumarle esto.

Carla asintió. —De acuerdo. ¿Vendrás a cenar?

—Sí, ¿qué vas a preparar?

—¿Tacos te parece bien?

—Sí —respondí. Mi estómago dio un brinco. Todavía estoy llena por el helado, pero comer cantidades masivas de azúcar siempre me deja más hambrienta de lo usual.

Carla se veía relajada por primera vez desde que llegué. —De acuerdo —dijo—. Oh, ¿podrías revisar mi correspondencia? Estoy esperando algo para una clase, un libro para un proyecto de grupo.

—Sí, no hay problema —dije—. ¿Algo más?

Carla sacudió su cabeza. Tan pronto regresó a la cocina, una sonrisa apareció en mi rostro.

*Di mi primera mamada*, pensé cerrando mis ojos y recordando cómo se sintió tener el pene y las pelotas de Alonso en mi boca. No todo había sido diversión -la mandíbula me dolía luego de los primeros minutos- pero tener esa sensación de poder sobre Alonso, tenerlo en la palma de mi mano... hizo que todo valiera la pena. Nunca había entendido por qué algunas mujeres disfrutaban tanto dar una mamada, pero ahora empiezo a comprenderlo todo.

¡Y la forma como me tocó el trasero! No puedo siquiera pensar en eso sin sentir un poco de vergüenza, pero no se sintió asqueroso ni raro ni nada de eso. Fue increíble y sexy, y más que un poco atrevido.

Me encerré en el baño y le sonreí a mi reflejo. No me veo genial -estoy un poco rosada por el sol y mi cabello es un desastre por el sudor, pero me siento diferente. *Ahora eres una mujer de verdad*, pensé mirando mi reflejo. *Y las mujeres de verdad saben cómo divertirse en la cama*. Me contoneé sensualmente, sintiéndome demasiado bien.

Permanecí bajo el agua durante tanto tiempo que se volvió fría. Al salir me sequé el cabello con la toalla, me puse un par de jeans y una camiseta ligera que me gustaba usar cuando hacía demasiado calor afuera. Arreglé mi cabello en un moño, metí mis cosas en el bolso y salí a esperar al autobús.

Mientras esperaba, recordé a la chica del edificio de Alonso. *¿Quién era realmente?, ¿por qué se había reído de esa manera?* Quiero creer que Alonso está conmigo porque así lo quiere... Pero, *¿Y si Alonso no solo quiere estar*

*conmigo, sino también con alguien más? ¿Y si Alonso solo se estaba acostando conmigo para burlarse a mis espaldas?*

Me estremecí. No quiero pensar que ese es el caso, en especial ahora cuando estoy empezando a desarrollar sentimientos por él. *¿Y qué se supone que tengo que hacer con eso? ¿Qué se supone que deba hacer cuando ya no pueda callarlo más?*

Para cuando llegué al campus estaba hecha un desastre. Revisé la correspondencia de Carla por ella -había unos cuantos libros atados con una banda elástica. Mientras me movía para meterlos en mi bolso, me tropecé y los deje caer al suelo.

Fruncí el ceño mientras me inclinaba para recogerlos. Dos de los libros eran libros de ciencias literarias, pero el libro del medio parecía algo de psicología para adultos jóvenes.

“¿Qué pasa si no soy como los demás?” Decía el título. Debajo de eso había una pequeña bandera arcoíris. Estaba a punto de abrirlo por pura curiosidad cuando alguien me tocó el hombro. Grité y lancé los libros al suelo nuevamente.

—Oh por dios, Paula, ¡cálmate!

Me di la vuelta con la mano en el corazón y suspiré. —¡Diego! No puedes sorprenderme así —dije sacudiendo la cabeza. —¡Soy muy nerviosa!

—Evidentemente —dijo Diego y me sonrió de manera amistosa. —¿Qué sucede? ¿Qué son esos?

—No lo sé —dije mientras recogía los libros y los metía en mi bolso antes de que Diego pudiese ver el libro “diferente” con el arcoíris en la portada. — Son de mi compañera de piso, me pidió que revisara su correspondencia. Algunas cosas que necesita para un proyecto.

—Ah. Entonces, ¿Cómo estás? ¿Cómo van las cosas con su hermano?

Me sentí pillada. —No lo sé.

Diego sonrió. —Vamos. Estoy estudiando para los exámenes parciales, pero me vendría bien un descanso. ¿Quieres caminar un poco?

Arrugué la nariz. —Hace calor afuera. ¿Tenemos que hacerlo?

Soltó una risita. —De acuerdo, o podríamos ir por bebidas frías en el sindicato de estudiantes. ¿Eso te parece mejor?

Asentí. —Eso suena bien, tengo muchísima sed.

Caminé con Diego a través del campus hasta el sindicato de estudiantes. Por ser fin de semana, estaba bastante vacío. Había algunos estudiantes holgazaneando, mirando cosas en sus laptops y comiendo papas fritas

directamente de la bolsa. Mi estómago dio un brinco. No puedo comer ahora, tengo que llegar a casa para cenar o Carla se molestará. Pero una parte de mí se sintió irritada con Carla -quizás hemos sido dependientes para consolarnos y apoyarnos demasiado-. Y sé que no es completamente normal que los mejores amigos sean tan cercanos como lo somos nosotras... Cuando entramos juntas como estudiantes universitarias, todos bromeaban diciendo que éramos “pareja”.

—Entonces —dijo Diego después de sentarnos en una mesa. —¿Qué sucede?

—Uy desearía saberlo —dije malhumorada, tomando un sorbo de mi coca cola. —Nosotros... bueno empezamos a salir.

Diego levantó una ceja. —¿Oh? Cuéntame sobre eso —dijo, inclinándose sobre la mesa y moviendo sus pestañas. Estallé en risas por su actitud afeminada. Ahora que he pasado un poco más de tiempo con él me siento avergonzada de haber pensado que era heterosexual.

Me encogí de hombros. —Es... casual.

—Entonces están teniendo sexo —dijo sin rodeos y sonrió mientras tomaba un largo sorbo de su té helado. —Eso está bien. Yo lo hago todo el tiempo, aunque últimamente no lo he hecho tanto como debería. Este programa está acabando conmigo.

—Yo realmente debería dedicarle más tiempo al estudio. Sé que solo nos queda un año para terminar el programa, pero siento que ha pasado una eternidad.

Diego soltó una risita. —Lo sé —Les echó un vistazo a los estudiantes de licenciatura. —Pequeños holgazanes de mierda. Actúan como si todo fuese muy fácil para ellos. Mataría por estar de nuevo en pregrado.

—Yo no —dije soltando una risa algo amargada. Si ahora soy infeliz conmigo misma, en pregrado era peor. Carla y yo éramos amigas de un pequeño grupo de personas que eran igual que nosotras -estudiosos, aburridos e ingenuos. Una noche divertida para nosotros era quedarnos viendo una película de Jane Austen y comer toneladas de palomitas. Ni siquiera había bebido hasta que cumplí veintiuno, y a diferencia de Carla, nunca había ido a una fiesta. Siempre había tenido mucho miedo de que la gente se burlara de mi peso, y a pesar de múltiples intentos de hacer dieta, nada había funcionado.

—Bueno, yo tenía mucho más sexo en ese entonces —dijo Diego sonriendo de nuevo. —Aunque desafortunadamente, mucho fue con mujeres.

Estallé en risas. —Apuesto que era muy difícil para ti —dijo levantando

una ceja.

Diego soltó una risita. —¡Paula! ¿Acabas de hacer un chiste? Estoy escandalizado.

Nos reímos juntos. Es bueno tener un amigo además de Carla -había pasado tanto tiempo que casi se me olvidaba de cómo se siente.

—Supongo —respondí, todavía riendo. —Tal vez me estoy relajando un poco.

—O al menos una parte de ti lo está haciendo —dijo mirando hacia mi regazo.

Me sonrojé intensamente. —Oh por dios, ¡Diego!

—Es la segunda vez que te saco eso. Eres muy divertida, Paula.

Sonreí. —Me alegro que te entretengas.

—Entonces... ¿qué sucede con este chico? Dame alguna buena noticia. Estoy tan aburrido de estudiar que me está matando.

—¿Noticias?

—Chismes —dijo—. Ya sabes, haz un poco de té, historias que contar...

Me reí. —Dios, me siento fuera de lugar. Y el chico... no lo sé. Estoy muy confundida. Sin embargo, me llevó a una cita de verdad la última vez. Es decir, se lo pedí. Pero aun así lo hizo.

—Ooh, ¿cena elegante? ¿Un crucero por la bahía en el crepúsculo?

—Helado.

—Eso también funciona. ¿Entonces piensas que le gustas más que como una amiga con beneficios?

Me encogí de hombros. —Me da miedo pensar en eso —dije mordiéndome el labio. —Él nunca... bueno, nunca ha estado con alguien como yo antes, al menos no hasta donde sé. Todas las chicas con las que se junta parecen supermodelos.

Le conté a Diego un poco de Alonso e hice una pequeña línea de tiempo de estos años, y terminé contando lo que pasó al salir del apartamento.

—Oh eso no suena tan mal —dijo—. Ella probablemente lo invito a salir, él dijo que no y ella se ofendió irracionalmente. No te preocupes, probablemente hubiera hecho lo mismo incluso si te vieras exactamente como ella. Las chicas así están acostumbradas a siempre obtener lo que quieren.

—Odio a las chicas así —susurré. Me molestan tanto. Creen que tienen mucho derecho.

Diego se encogió de hombros. —Son superficiales, sí, pero probablemente sean tan inseguras como tú.

Resoplé. —No me lo creo ni por un segundo. No hay forma de que alguien pueda ser tan inseguro como yo.

Él sacó su teléfono y me enseñó una foto de una chica desgarradoramente bonita. Era pálida con el cabello oscuro que le caía sobre los hombros, un cuerpo perfectamente delgado y un atuendo increíble.

—Esa chica lloraba todos los días hasta quedarse dormida y pasó hambre durante años porque mamá la llamo gorda —me miró seriamente. —Esa es mi hermana, Eleonor.

—Es hermosa —respondí, casi sin comprender.

—Sip. Lo es. Pero ella no piensa lo mismo.

Quizás Diego tenga razón -tal vez tengo una idea distorsionada de lo que significa ser normal. Aun así, la imagen de la chica rubia afuera del apartamento de Alonso y como se dobló de la risa, me hizo querer esconderme bajo de una roca y no salir durante años.

Diego y yo charlamos durante una hora más antes de darme cuenta que era hora de cenar.

Nos despedimos con un abrazo y me fui a esperar el autobús, sudando bajo el calor de la tarde. Cuando llegué a casa, Carla ya tenía la mesa lista.

—Tengo tus libros —dije sacándolos de mi mochila y poniéndolos sobre la mesa. —Perdón por llegar tarde.

Carla se sonrojó. —¿No estaban dentro de un sobre?

Me encogí de hombros. —Nop. Solo tenían una liga alrededor.

—Ugh —dijo Carla. —Le dije a mi profesor que las personas que trabajan en la sala de correos son unos ladrones, pero supongo que no le importa que roben los libros—. Se levantó rápido y tomó los libros, sonrojándose mientras salía de la habitación.

Cuando regresó se veía un poco más calmada. —Lo siento. Solo tengo hambre.

—Bueno aquí estoy. Podemos comer.

Carla sacó las tortillas, la cerveza, el queso rallado, la crema agría y la lechuga. Llené mi plato, tomé una cerveza y me senté.

—Esto se ve increíble —dije con admiración. —Gracias por prepararlo todo.

—De nada. Han pasado días desde la última vez que comimos juntas.

—Sí —respondí, y antes de dar el primer mordisco levanté la mirada. —Oye, Carla.

—¿Sí?

—Tu hermano alguna vez... ¿alguna vez ha tenido una novia?

—No que yo recuerde. Lo conoces. Solo le gusta acostarse con chicas, aunque las únicas personas con las que creo realmente le gusta pasar el tiempo es con los otros bomberos.

—Oh—. No esperaba escuchar algo diferente, pero no puedo mentir - as inquietantes palabras de Carla me hicieron un nudo en el estómago. Tomé un taco y le di un mordisco, sin embargo, la comida sabía a ceniza en mi boca.

—¿Por qué? ¿Quieres ser su novia? —Carla rio antes de que pudiera responder. —No seas demasiado optimista, Paula. Alonso no es ese tipo de chico —dijo sacudiendo su cabeza.

—Honestamente no sé qué es lo que quiero —dije haciendo una mueca con la boca. No me gusta hacia dónde va la conversación, pero me siento incapaz de detenerla.

—Bueno, si piensas que de verdad va a tener algo serio contigo, tienes que sacarte esa idea de la cabeza.

Carla se sirvió un montón de frijoles fritos en su plato con tanta fuerza que la mesa tembló.

—Lo siento, ¿Te enojaste conmigo? ¿Dije algo malo?

Carla suspiró y apoyó el codo sobre la mesa con aspecto malhumorado.

—No lo sé, Paula —dijo evidentemente molesta. —Tal vez solo estoy teniendo síndrome premenstrual o algo así.

—Bueno, si te hice enojar me gustaría saberlo —dije lentamente. —Sabes que no soy buena para entender a la gente.

Carla se encogió de hombros. —Realmente no quiero seguir hablando de esto. ¿Cómo estuvo el resto de tu día?

La miré. —Carla, siempre hablamos sobre todo. Somos mejores amigas. Y eso es lo que hacen las mejores amigas.

Carla asintió. —Lo sé. Lo siento. Es solo que... realmente no quiero herir tus sentimientos, Paula. Sé que te estás divirtiendo y no quiero arruinarte la fiesta.

—Bueno, solo dilo —manifesté ya algo cansada de tener que insistir para que hablara con la verdad. —Porque ahora me estás haciendo sentir paranoica. ¿Alonso dijo algo sobre mí? ¿A ti? ¿O escuchaste algo?

—Paula, realmente necesitas bajarle un poco a esta...obsesión, o enamoramiento, o lo que sea que estás desarrollando por mi hermano emocionalmente inalcanzable, es decir, sí, me alegra que salgas y tengas más confianza, pero...

—Si sabías que esto sería un problema, ¿Entonces por qué demonios lo sugeriste en primer lugar? —La interrumpí molesta. —¡No es mi culpa si le gusta pasar tiempo conmigo!

—Vas a terminar con el corazón roto —respondió Carla suspirando y echando un mechón de cabello sobre su hombro. —Y honestamente, no sé si me siento capaz de mantenerte en una pieza cuando eso suceda.

—No sabes lo que está sucediendo —dije—. ¡Odias a tu hermano! Tú misma me lo has dicho un millón de veces.

—Lo hago. Y por buenas razones. Paula, no intento decirte qué hacer. Simplemente no me gusta esto. No quiero que andes llorando por él ni que pases demasiado tiempo con él.

—Nos hemos enrollado dos veces —solté casi conmocionada. —Y fuimos por helado una vez. ¡Eso apenas cuenta como “tiempo”!.

Suspiró fuertemente —Te lo dije, realmente no quiero hablar de esto. ¿Cómo te fue en el campus?

Resoplé, tomé mi plato y me levanté. —Sabes qué, creo que hoy voy a cenar en mi habitación. A menos que también te vayas a molestar por eso.

Me miró herida y molesta. —No puedo creerlo. ¡Te he apoyado desde siempre! ¿Y ahora de repente te vuelves loca solo porque intento ser honesta contigo?

—Mira quien habla de locura —grité, girando sobre mis talones y caminando por el pasillo hacia mi habitación.

Sé que estoy actuando como una niña, ¡pero no puedo creer lo que dice Carla! Está actuando como si lo supiera todo -*¿cuándo comenzó eso? ¿Y cuál es su problema? ¿Por qué le importa tanto con quién me acueste o no?*

—¡No me dejes hablando sola! —Gritó. —¡No hemos terminado!

—¡Dijiste que no querías hablar más sobre eso! —Grité con fuerza antes de cerrar la puerta de la habitación con un portazo.

A lo lejos escuché la respuesta de Carla. Pero no me importó.

# Capítulo 13

## Alonso

Los días pasaron. Y no he podido dejar de pensar en Paula -la forma en la que se sacudió violentamente durante el orgasmo, la forma en la que se arrodilló obedientemente y me dio una mamada mejor que una estrella porno.

Y salir con ella por helado -lo cual no había estado mal.

Puede que incluso me haya divertido.

No me he sentido como yo mismo en lo absoluto, y sé que esa no es una buena señal. Así que cuando llegó mi turno del lunes, entré a la estación de bomberos decidido a pasar un buen rato con los muchachos...o al menos fingir hasta lograrlo.

—¡Hey! —dijo Leo, dándome una palmada en la espalda. —¡No te vi en todo el fin de semana!

—Um, sí, estaba ocupado remojándolo —solté una risa sobresaliente. —A diferencia de ti, yo tengo prioridades en mi vida.

Los demás muchachos rieron ruidosamente y Leo me lanzó una mirada molesta.

—Apuesto que sí —dijo algo engréido. —¿Con quién?

Mierda. No puedo decir que se trata de Paula. ¡No pueden saber que me estoy follando a una chica extra grande!

—Su nombre es Isabel —mentí. —Una chica rubia. Se acaba de mudar a mi edificio—. Cerré los ojos en un intento por recordar nuestra breve conversación en los buzones. —Es universitaria, ya sabes lo perras que son esas chicas. Me dio una mamada como una profesional.

Los muchachos vitorearon y aplaudieron. —¡Bien, hermano! Alonso, eres un campeón —gritó uno de ellos.

Leo sonrió. —Haciendo el trabajo de Dios —dijo sacudiendo su cabeza y riendo. —Eres muy suertudo, hermano. Yo mataría por tus sobras.

Sonreí. —Le llaman platos de segunda mesa —dije—. Y es tuya si la quieres. Sabes que no me gusta follarme a la misma chica más de tres o cuatro veces.

—Idiota —dijo Leo riéndose. —Amigo muéstrame tus habilidades. Han pasado siglos desde la última vez que salimos. Cuando termine nuestro turno

salgamos y busquemos algunas chicas ardientes. Quiero una que me dé una mamada como esa.

Me encogí de hombros. —Tal vez—. Sonreí. —Quien sabe, Isabel podría haberme reventado el teléfono para ese entonces. Estaba terriblemente sedienta —dije recordando cómo Paula me había chupado el pene y las pelotas tan deliciosamente como si fueran la comida más apetitosa del mundo.

—Hazla esperar —dijo Leo. Metió la mano en una pequeña nevera y me arrojó una lata de cerveza. —A las chicas así les gusta esperar que las llamemos.

—Brutal —respondí. Abrí la cerveza y bebí la mitad. —Leo, no me extraña que no consigas nada con esa actitud.

—Como si nunca hubieses hecho esperar a una chica.

Me reí. —Bueno, después de todo aprendiste del mejor.

Sonrió. —Oye, ¿cómo está tu hermana? —preguntó mientras se inclinaba hacia adelante. —Es virgen, ¿cierto? ¿Alguna vez te has follado a una virgen, Alonso?

Sonreí. —Intento no hacerlo. No suelen ser muy buenas—. Excepto Paula, no pude evitar pensar en ella nuevamente. Cinco minutos en una conversación casual y ella no sale de mis pensamientos —¿Por qué? ¿Crees que ella te deje remojarlo?.

Leo se rio. —Deberíamos tener una cita doble. Tú, yo, tu hermana, y esa rubia sexy. Quizás nos den una mamada a los dos bajo la mesa.

—Eres un perro —dije en un tono de admiración. Cada vez que pensaba que era el pervertido más grande de mundo, Leo siempre me superaba.

—Como si no fuese divertido —dijo sonriendo. —Además, tú y tu hermana tienen una relación muy dulce —añadió.

—Sí, ni que lo digas. No tengo idea como logramos salir de la adolescencia sin quemar la casa de nuestros padres.

Leo echó la cabeza hacia atrás y rio. —Estoy seguro que hay mucha gente que pagaría por ver eso —dijo.

—No me digas—. Bebí el último trago de mi cerveza y busqué otra lata. Técnicamente, se supone que no debo beber cuando estoy en servicio, pero nadie les hacía caso a las reglas. Y generalmente manteníamos latas de cerveza sin alcohol.

—Yo nunca tuve una hermana —dijo Leo pensativo. —Aunque siempre quise una. Una hermana mayor, unos tres o cuatro años mayor que yo. Así podría espiarla y verle las tetas cuando llegara a la pubertad.

Me reí. —Eres un enfermo, ¿lo sabes? Además, las cosas no son así. Carla me odió desde el momento que salió del vientre. Siempre ha estado celosa de mí.

—¿Por qué?

—Porque era una mierda con mis padres y recibía más atención —dije sonriendo con arrogancia. —Me comportaba como quería todo el tiempo. Y Carla me odiaba por completo, estaba celosa.

—¿Entonces por qué no se comportaba mal para recibir más atención que tú?

Me encogí de hombros. —Lo intentó, pero no pudo competir conmigo. Una vez destrozó todas las flores del jardín de mamá. Eso probablemente le habría ganado unas nalgadas, pero llegué a casa suspendido por molestar a un nerd. Así que mamá se olvidó de eso y Carla se molestó tanto que se quedó en su habitación por una semana entera.

—Realmente eras una mierda —dijo—. Mira, creo que realmente deberíamos salir más tarde—. Me dio un codazo en el costado. —Podemos comer algo y luego recoger algunas chicas. ¿Qué te parece?

Sacudí mi cabeza. Solo puedo pensar en Paula y hablar sobre Carla la ha acercado más que nunca a mi mente.

—Nah —dije—. Creo que me voy a quedar. Siento que me estoy enfermando.

Leo entrecerró los ojos. —¿Estás teniendo un caso terminal de volverte un maricón?

Lo miré. —Amigo déjate de tonterías. ¿Por qué estás tan herido porque no quiero salir a buscar un par de perras para follar?

—Porque te encantaba salir a buscar un par de chicas para follar. —No sé qué está pasando contigo.

Suspiré. —Te lo dije, me estoy enfermando. Además, estoy bastante ocupado por el momento. Esta chica, es otra cosa. Es la chica más ardiente que me he follado jamás. Realmente se suelta.

Leo silbó. —Suena bien si logras conseguirlo —dijo y me sonrió. —¿Entonces te estás obsesionando?

Fruncí el ceño. Obsesión. Es una palabra que he usado en privado, en mi propia mente cuando pienso en Paula. ¿Pero que lo diga alguien más?

—No —dije sacudiendo mi cabeza y lanzando mi lata vacía de cerveza a la basura. —Solo estoy cansado. Eso es todo.

—Mentiroso —lanza Leo. Pero ya no está enojado. Hay algo extraño en su

VOZ.

Envidia.

# Capítulo 14

## Paula

Luego de la pelea con Carla, no nos hablamos por unos días.

Eso me mantuvo bastante deprimida -no habíamos peleado así desde la secundaria, al menos no que yo recuerde. E incluso antes había sido malo...pero esta vez es peor, mucho peor.

No entendía porqué ella se había comportado de esa manera, ni porqué se había ofuscado con todo esto. Sí, era cierto, siempre había tenido su apoyo, y ella había sido la de la idea y por mismo no podía entender que llevara la situación a tal extremo. Eso por un lado, por el otro, yo tampoco controlé mi rabia del momento. Estaba en la cúspide de la ola de emociones.

En el fondo sabía que debía disculparme para romper el hielo, pero cada vez que pienso en hacerlo me molesto de nuevo. ¿Por qué debería disculparme cuando yo no hice nada malo? Ella fue la que armó una tormenta en un vaso de agua solo porque me gusta su hermano. Además, si de verdad fuese una amiga observadora, se habría dado cuenta que algo pasaba hace años. No es como si mi loca obsesión por Alonso Ferro sea algo nuevo. Mejor dejarlo así.

Pasaron los días y no me disculpé. No nos veíamos mucho -es la primera vez que me siento aliviada de no compartir clases en el programa. Pasaba el rato con Diego en el campus hasta tarde, pero sin perder el autobús. Una noche ordenamos pizza al campus, nos sentamos en el desván del sindicato de estudiantes y vimos películas viejas de los cincuenta en la pantalla de proyección. Diego se estaba convirtiendo en un buen amigo.

—Entonces, ¿cómo van las cosas con el señor Encanto? —Preguntó guiñándome el ojo.

Resoplé y miré hacia arriba. Alonso me había estado mandado mensajes de vez en cuando -algunos de ellos para decir que desearía tener la cara enterrada en mi entrepierna. Pero no había respondido. Sabía que estaba mal -él me estaba buscando, pero ¿por qué lo he estado ignorando? No había respondido porque una pequeña área secreta de mí estaba paranoica de que Carla estuviese causando estragos en mi vida sin razón alguna. ¿Y si de alguna manera había hackeado el teléfono de Alonso y estaba usando eso para molestarme? Es completamente loco y paranoico, pero aun así no he podido

dejar de pensar en eso.

—Me ha mandado mensajes un par de veces —dije intentando mantener un tono casual. —La verdad no sé qué significa eso.

Diego soltó una risita. —Significa que te mandó un mensaje. Confía en mí, cariño, yo me daría cuenta si quisiera decepcionarte. Pero creo que solo significa... que le gusta hablar contigo, o que quiere que pienses en él.

Tragué con fuerza y tomé mi cuarta rebanada de pizza. Desde que me estoy acostando con Alonso me he sentido más hambrienta que nunca, supongo es por la ansiedad. —Bueno, eso es gracioso porque no puedo dejar de pensar en él incluso cuando quiero —dije masticando. —Sueño con él todas las noches, todos los días. Incluso me cuesta estudiar, porque me distraigo pensando en él.

—Oh, querida, estás acabada. No puedes seguir con eso. Deberías buscar una distracción.

Fruncí el ceño. —¿Cómo qué? —Mordí delicadamente la corteza de mi trozo de pizza.

—¿Cómo tejer?.

—Ya hago eso —dije—. Y odio hacer crochet.

Diego me miró. —¿Eres real? —Se rio. —¡Una virgen de veinticuatro años que teje! Esa es nueva.

Lo fulminé con la mirada. —Oye, ya no soy virgen. Y lo sabes.

—Estoy bromeando. Pero no, Paula, no me refería a tejer—. Se inclinó hacia adelante. —Me refiero a follar.

—Ya estoy haciendo eso —dije y me sonrojé intensamente. —Y no quiero parar, si eso es lo que estás pensando.

—No quise decir con Alonso —dijo Diego secamente. —Hablo de hacerlo con alguien nuevo. Necesitas diversificar, querida. Expandirte y encontrar a un tipo de repuesto. Encuentra a alguien que le gustes más que él a ti, y así estarás lista. Hoy en día una mujer necesita tener opciones.

—No creo que pueda hacer eso. Acaso no sería como... ¿engañar a Alonso?

—No seas ingenua, Paula. Él puede estar acostándose con otras mujeres. A menos de que hayan hablado de tener una relación, o ser exclusivos, siempre deberías asumir que la otra persona está con alguien más.

Mi mandíbula casi cayó al piso. —Estás bromeando ¿Verdad? ¡La gente no hace eso! Es algo que no hay que decir, simplemente uno es exclusivo.

—¿Qué te dije sobre ser ingenua?

—Me haces sentir como una niña tonta —dije sacudiendo mi cabeza. —Nunca había pensado en eso antes.

—Bueno, hay un proceso de aprendizaje.

Cogió otra rebanada de pizza y le quitó el pepperoni antes de morderla. Cuando los dejó en la caja tomé uno y lo mastiqué sin saborearlo.

—Estoy empezando a darme cuenta de eso sola —dije y luego suspiré. — Esto es más difícil de lo que pensé. ¡Y no creo que pueda acostarme con alguien más! Alonso me gusta demasiado. La idea de estar con otro chico me parece rara y terrible.

—Paula, solo prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que nunca le contarás a Alonso nada de lo que me acabas de decir. Debes mantener un poco de...secreto. Eso te hace más sexy, confía en mí.

Fruncí el ceño. —Supongo —respondí. —Pero no sabría cómo sacar el tema de todos modos. Ya me cuesta un poco hablar con él.

Diego se encogió de hombros. —Mejorarás. Solo sigue practicando. Y recuerda lo que dije -siempre puedes conocer a algún tipo que le gustes, incluso si nunca te acuestas con él. Practica cuando ocurra -alguien a quién le gustes sin importar qué.

Estaba a punto de responder cuando sentí mi teléfono vibrar en mi bolsillo. —¡Oh!. ¡Espero que sea Alonso!

Diego soltó un resoplido. —No tienes esperanza, Paula.

Mi estómago dio un brinco cuando vi el nombre de Carla en el identificador de llamadas.

—Es mi compañera de piso. ¡Después de la gran discusión de la semana pasada, aun no nos hablamos!

—Deberías responder. Quizás quiera disculparse por ser una perra.

El teléfono siguió zumbando y zumbando. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad de pura agonía, contesté la llamada y sostuve el teléfono contra mi oído.

—¿Hola?

—Sé que sabes que soy yo —dijo Carla. Sonaba miserable. —Paula, de verdad lo siento. Esto es muy difícil para mí. Ninguna de nosotras ha tenido citas antes y hemos pasado demasiado tiempo juntas.

—Lo sé.

—¿Puedes salir a verme? Te compraré la cena.

Desvié la mirada hacia la caja de pizza casi vacía. —Lo siento, ya comí. Estoy en el campus. Diego ordenó pizza.

—Oh, de acuerdo. ¿Unas bebidas entonces? Podemos ir a un bar y te puedo

comprar unas cervezas.

Tragué con fuerza. Una parte de mí quería decir no y gritarle por ser una perra malvada. Pero otra parte de mí extrañaba desesperadamente a mi mejor amiga. Esta ha sido el tiempo más solitario de mi vida y la verdad quiero que se solucione y superarlo.

—De acuerdo —dije—. ¿Dónde quieres que nos veamos?

Carla me dio la dirección de un bar cercano al campus, colgué y deslicé el teléfono en mi bolsillo.

—Vamos a tomarnos algo —dije poniéndome de pie y recogiendo mis cosas. —Lo siento, sentí que debía decir que sí.

Diego sacudió su mano en el aire. —No te preocupes —dijo soltando un resoplido. —¿Crees que tienes una vida dramática? Intenta ser un hombre gay.

Me reí. —Gracias por no darle demasiada importancia.

Diego me pellizó la mejilla y me dirigí hacia el bar.

Cuando llegué, el sitio estaba tan lleno que apenas logré hacerme paso entre la gente. Carla estaba sentada en una pequeña mesa al fondo con una copa de vino blanco.

—Hola —dijo. Me sonrió esperanzada. —Gracias por venir. Sé que pude haberte esperado en casa... pero no lo sé, esto probablemente sea mejor.

—Sí —asentí. —Um, gracias por disculparte. Significa mucho.

—Fui una completa idiota. Estoy un poco celosa... de ti, Paula, y me da cuenta que eso no es saludable. Es solo que hemos sido muy cercanas, ¿sabes?

—Lo sé. Créeme, lo entiendo.

Suspiró pesadamente —Siento haber actuado así. Es algo difícil... imaginarte con mi hermano y no quiero que te lastimen.

—Bueno, probablemente nada suceda con Alonso —dije suspirando malhumorada. —Así que no tienes demasiado de qué preocuparte.

—¿Lo has visto esta semana?

—¿A quién? —dijo alguien que se acercaba.

El sonido de la voz de Alonso hizo que Carla y yo diéramos un pequeño salto. Sonrió y luego se sentó en una silla a mi lado. Su rostro estaba rojo y sudoroso, y su aliento olía a cerveza.

—¡Alonso! —Respondí. —¿Qué estás haciendo aquí?

Él sonrió. —Tomando un trago. Dios, Paula, eres la única persona en todo el bar sin una cerveza frente a ti.

Carla suspiró de nuevo. —Obviamente acaba de llegar. Si tanto te importa ve a comprarle algo.

Alonso inclinó la cabeza hacia un lado y me miró. —Solo si promete darme las gracias —dijo mirándome fijamente.

Me sonrojé intensamente, agradecida por la oscuridad del bar. —Por supuesto —dije. Mi voz era apenas un susurro.

Alonso sonrió y abandono su silla.

—¡No puedo creer que se acaba de aparecer! —dijo Carla sacudiendo su cabeza. —Debería irme.

—No —respondí. —No lo hagas.

—¿De verdad? ¿No quieres estar sola con él?

Si quiero estar sola con él -más que nada en este mundo. Pero estar en un bar no es precisamente estar solo, y siento que la naturaleza de mi amistad con Carla esta mas precaria de lo que debería.

—No —respondí. —Es decir, quédate, de verdad deberías quedarte.

Carla asintió y tomó un sorbo de su vino. —Si se pone cruel, me voy —dijo—. Pero no sientas que tienes que irte conmigo—. Ella Bostezó —Estoy exhausta.

—Yo también.

Alonso puso un jarro de cerveza espumosa frente a mí y sonrió. —Es todo tuyo.

—Gracias —dije tímidamente. —¿Cuánto te debo?

Alonso agitó su mano en el aire despreocupadamente. —No te preocupes por eso. Estoy seguro que puedes pensar en una manera de pagarme más tarde.

Alonso se sentó, arrastrando su silla cerca de la mía. Cuando sentí su mano cálida en mi pierna debajo de la mesa, di un brinco.

—¿Paula? ¿Estás bien? —Preguntó Carla con un tono de preocupación. —¿Qué sucede?

—Creo que Paula se siente un poco nerviosa esta noche —el tono de Alonso era juguetón. Movi6 sus dedos más arriba en mi muslo, empujando la falda de mi vestido. Me mordí el labio por dentro intentando resistir el impulso de retorcerme.

—Sí —respondí. —No te preocupes. Estoy bien.

—Oye hermanita, Leo estaba hablando de ti hoy.

Sus dedos seguían subiendo y subiendo hasta que estaban casi en mi entrepierna. Me moví extendiendo un poco mis piernas para darle acceso. Me pellizcó y chillé, cubriendo mi boca con la mano.

—Wow, Paula, estás muy sensible hoy —dijo Alonso suavemente. —¿Estás bien?

Asentí justo cuando sus dedos se desviaron hacia mi ropa interior. Estaba empapada. El solo hecho de estar cerca de Alonso me hacía sentir sexy y excitada. Quiero que me bese. Quiero que me lleve al baño mugriento del bar y me folle contra la pared. Quiero lamer mis propios fluidos de su pene, justo como había hecho con sus dedos.

—Tranquilos no pasa nada —respondí.

—¿Leo? —Preguntó Carla. —¿Tu amigo raro?

Los dedos de Alonso rozaron la tela húmeda sobre mi clítoris y una deliciosa ola de placer recorrió mi cuerpo. Abrí más mis piernas y empujé mis caderas hacia adelante, desesperada por más placer. Alonso me acarició con más fuerza, moviendo su dedo alrededor de mi clítoris hasta que pensé que iba gemir.

—Sí, Leo —continuó Alonso. —Dijo algo de una cita doble. ¿Te anotas?

Carla se mordió el labio. —Quieres decir... —Se detuvo, haciendo un gesto sobre nosotros tres.

Alonso asintió. —Sí. Estaba pensando en una cena o algo así. ¿Te gusta la carne, Paula?

Mientras lo decía sus dedos hicieron a un lado mi ropa interior. El aire frío golpeó mi vagina húmeda de la manera más deliciosa posible y reprimí otro fuerte gemido.

—Sí —fue todo lo que pude decir.

El dedo de Alonso se deslizó en mi húmeda cueva y me estremecí. Mantuvo su pulgar contra mi clítoris mientras otro de sus dedos se deslizaba dentro y fuera de mi empapado agujero. El fuego crecía en la parte inferior de mi vientre y mantuve mis manos apretadas en puños debajo de la mesa para evitar moverme.

—Buena chica —susurró Alonso, demasiado bajo como para que Carla lo escuchara. —No te muevas o me detengo.

—A mí me gusta la carne —dijo Carla frunciendo el ceño. —Pero no sé si me gusta Leo. Es un poco cerdo, ¿no?

Alonso se encogió de hombros. Con su mano desocupada se llevó la cerveza a la boca y bebió. —Es solo una cita, hermanita. No es como si le estuvieses entregando tu vida o algo por el estilo.

—No lo sé.

La mirada de Carla vagó por el lugar. Miró distintos puntos del bar como meditando si realmente merecía la pena aquella cita.

Los dedos de Alonso, por su parte, se movían cada vez más rápido, su

pulgar acariciaba mi clítoris como un vibrador. Sentía que apenas lograba respirar y podía sentir como un poderoso orgasmo crecía en mi vientre. Mis pezones se convirtieron en pequeñas piedras de piel y rozaban contra el algodón de mi vestido, aumentando la intensidad del delicioso tormento que me estaba provocando.

Abrí mis piernas mucho más, hasta que la tela de mi ropa interior estaba cortando los lados de mi cuerpo. Pero no me importó. El placer crecía entre mis piernas y se estaba volviendo muy difícil de ignorar. Cuando el orgasmo me golpeó, jadeé y contuve la respiración. Las ya conocidas sensaciones trajeron consigo un torrente de placer a mi cuerpo y me agarré con fuerza a la mesa mientras temblaba.

Alonso apartó sus manos justo cuando todo empezaba a desvanecerse. Se lamió los labios y me sonrió.

—Entonces, cita doble con Leo la próxima semana —dijo Alonso levantándose. Se llevó el dedo a la nariz y olfateó, sin dejar de mirarme ni un segundo. —¿Cuándo estás libre, Paula?

—¡Oye! —le dijo Carla. —¡Sabes que tenemos rutinas completamente diferentes!

—Sí, pero Paula es más importante. Tú eres una idea de último minuto.

—Te odio —susurró Carla.

—Estoy libre el miércoles y el jueves —dije—. ¿Funciona uno de esos días?

Alonso miró a Carla y levantó una ceja. —¿Cualquiera de esos días está bien para ti, señorita malcriada?

Ella lo miró de manera sombría. —Cualquiera —respondió. —Y dile a Leo que se comporte.

Alonso rio. —Entendido. Aunque tengo que advertirte, puede que no haga caso—. Bebió el resto de su cerveza y dejó el vaso sobre la mesa. —Bueno, señoritas, estuvo agradable. Pero comí pescado y papas en el almuerzo y tengo que ir a lavarme las manos y luego a casa—. Me sonrió mientras decía “pescado”.

Me sonrojé intensamente. Las deliciosas sensaciones aún resonaban en mi cuerpo.

—Me alegro de verte —dije sonriendo. —Qué tengas una buena noche, Alonso.

—Sí, lo mismo que dijo ella, pero no tan amable —agregó Carla. —¿Quieres ir a casa, Paula? ¿O vamos por helado de yogurt?

—Tomemos esta cerveza y vemos que hacemos ¿Te parece?

# Capítulo 15

## Alonso

No lavé de mis dedos el aroma dulce y almizclado de la vagina de Paula. En cambio, manejé a casa con mi mano bajo la nariz, oliendo su esencia y soñando con que llegara el día de penetrarla hasta perder la consciencia.

*Necesitas terminar con esto, pensé. Se está moviendo demasiado rápido dentro.*

Por mucho que arruinara mi vida, nunca había estado realmente interesado en salir con alguien. Tuve una novia cuando estaba en la secundaria, duró solo unas semanas. La engañé tres veces en un solo fin de semana, ella se enteró y pasó los siguientes seis meses estallando en lágrimas cada vez que me veía en el pasillo. Esa experiencia había sido hace mucho tiempo -hace más de diez años- pero me había asustado lo suficiente como para mantenerme emocionalmente alejado de las mujeres. Eran demasiado dramáticas. Además, solo me gustaba tener sexo con ellas. Nunca disfruté salir a cenar, o salir a tomar algo. La emoción de la conquista solo había sido divertida los primeros años, luego me aburrió.

Pero por alguna razón me gustaba la idea de ir a cenar con Paula. Incluso si mi estúpida y molesta hermana también estaba ahí.

Solo espero que Leo se comporte y no actué como un completo idiota.

Esa noche apenas dormí. Seguía soñando con Paula. Su vagina, sus tetas y su increíble sonrisa.

*¿Que hay en ella que me hace sentir tan excitado todo el tiempo? ¿Y por qué pienso en ella incluso cuando no estoy de humor para follar?*

*¿Acaso estoy en peligro de involucrarme demasiado?*

No quiero ningún drama absurdo. Y Paula parece ser del tipo dramático. Es inmadura aun, sin experiencia y sé que nunca ha estado en una relación. Ir a comer helado con ella fue su primera cita real. Tengo que mantener la distancia entre nosotros, porque sé que puedo terminar lastimándola. Y no quiero eso. Aun con todo, ella es mas de lo que he esperado de alguien cuando estamos juntos.

Pero el problema es que no tengo idea de lo que sí quiero.

Para cuando llegó el miércoles, me sentía más caliente que nunca por Paula.

Pero ahora mi lujuria estaba mezclada con confusión. Estaba claro que no me gustaba solo follárla. Me gusta. ¿Pero qué significa eso?

Al final del día tomé una larga ducha, me eché mi mejor perfume, me puse una camisa limpia y un par de jeans oscuros. Normalmente no suelo invertir demasiado tiempo en mi apariencia, es incluso embarazoso, como si fuera una chica o un maricón estúpido. El plan es que Leo se encuentre con nosotros en el restaurante y yo lleve a Carla y Paula. Así Leo puede llevar a Carla a casa... y yo puedo llevar a Paula a la mía y follarla hasta perder el sentido. En este punto, me saltaría la cena y simplemente estaría con ella en la cama dándome un festín con su cuerpo, por todos lados.

No suelo follarme a chicas por el culo muy seguido. La mayoría no me dejan hacer eso en una noche de sexo casual, y rara vez consigo follar con alguien lo suficiente como para pedirlo. Pero tengo el presentimiento que a Paula le encantará, y quiero follarme su culo virgen. Sonreí con satisfacción mientras subía a mi Mustang y me alejé de mi apartamento.

Esta noche será increíble, pensé. Un poco de carne, echar un polvo, *¿y luego qué? ¿Pasará Paula la noche conmigo?* Nunca antes he dejado que una chica se quede a dormir -no me gusta las ideas que eso pone en sus cabezas.

Pero siento que con Paula estoy jugando a algo completamente diferente.

Cuando llegué al apartamento de mi hermana, toqué la puerta hasta que abrió. La mitad de su rostro no tenía maquillaje y se veía estresada.

—No he terminado de arreglarme —dijo—. Paula no ha llegado a casa, viene directo desde el campus.

—Nos encontraremos con Leo allá. Así que no podemos llegar tarde.

Carla puso sus manos en sus caderas. —Sí, porque estoy segura que Leo es el ejemplo perfecto de puntualidad —dijo firmemente. —Tengo que terminar de arreglarme.

Se fue directo al baño y yo me dirigí al refrigerador, tomé una de las cervezas de Paula y la abrí. Pensé en echarme en el sofá y revisar los canales en su gran televisor, pero en su lugar terminé vagando por el pasillo. La puerta de Paula estaba cerrada, pero la abrí y eché un vistazo. Sonreí. Es un desastre. *Es realmente una cerda*, pensé mientras entraba en la habitación. Hay ropa sucia en el piso y libros por todos lados, y las sábanas de la cama no están arregladas. El lugar está impregnado con su suave aroma e inhalé profundamente mientras sentía como mi pene se tensaba en mis pantalones. Una parte de mí se siente tentado de cerrar la puerta y follarme a su colchón, oliendo el aroma de su sudor y así pretender que es ella.

—¿Alonso? —Carla estaba parada la puerta. —¿Qué estás haciendo aquí? Te lo dije, no ha llegado a casa.

—Sí, lo sé—. Sonreí. —Solo pensé en echar un vistazo y ver donde sucede la magia.

Carla suspiró de nuevo. —Bueno, vamos, es raro que estés aquí cuando ella no está en casa. ¿Estás listo para irte?

—Tenemos que esperar por Paula. Al menos esa era la idea, ¿cierto?

Carla suspiró. —Alonso... ¿qué estás haciendo? ¿Vas a seguir jugando con ella para luego no volverle a hablar? ¿Qué se supone que deba decir cuando termine con el corazón roto?

—No había pensado en eso —dije sacudiendo la cabeza. —Además, ¿cómo sabes que eso sucederá? ¿Qué eres? ¿Una especie de bruja psíquica?

Carla se cruzó de brazos. —Muy gracioso, pero te conozco, Alonso, eres mi hermano. He pasado toda mi vida contigo y sé cómo haces las cosas—. Miró el techo y suspiró. —Mira, pensé que sería una buena idea que tú y Paula tuviesen sexo y así ella perdiera la virginidad, ¡pero no esperaba que de verdad pasara! Y si llegaba a pasar, ¡no pensé que se repetiría más de una vez!

—¿Cuál es tu punto? —Me acerqué un poco mirando a mi hermanita. —¿Pensaste que no me la follaría?

Carla exhaló con exageración. —No sé qué fue lo que pensé, pero...esto es demasiado. La atención, las citas. Está comenzando a pensar que realmente te gusta.

Antes de que pudiera pensar y responder, la puerta principal se abrió y se cerró de golpe.

—¡Llegue! —Gritó Paula. —¿Carla? ¿Alonso?

Intercambié una mirada con mi hermana.

—¡Sí! —Gritó ella, sacándome al pasillo antes de que Paula descubriese que estábamos en su habitación. —¡Estamos aquí! —Me lanzó una mirada asesina. —Lo que sea que hagas —susurró. —No digas nada. ¿Entendido?

La miré y me encogí de hombros. —Como sea.

# Capítulo 16

## Paula

El hecho de estar cerca de Alonso y su amigo Leo, me hace sentir increíblemente nerviosa, aunque no quiera admitirlo. No sabía qué clase de Alonso sería -el dulce y cariñoso al que estaba acostumbrada, o el Alonso malvado que se burla de mi peso mientras se bebe mi cerveza.

—Estoy nerviosa —dije moviéndome en el asiento del copiloto en el auto de Alonso. Y mirar mi atuendo me hace sentir peor. Hoy había sido extra cuidadosa con mi apariencia -incluso había ido a mi tienda favorita de tallas grandes para comprarme un vestido nuevo, además de haber ido a Sephora por un cambio de imagen. Me sentía feliz y segura antes de llegar a casa, pero ahora me pregunto si exageré. Carla está vestida de manera sencilla con una blusa estilo campesina y una falda de mezclilla que usaba cada vez que había una “función” en la escuela. Ni siquiera está usando tacones.

Alonso se sacudió de la risa. —No tienes motivos para estar nerviosa.

Miró por encima de su hombro a su hermana sentada en el asiento trasero. —Ella es la que debe estar nerviosa —añadió. —Leo odia a los vagos.

Carla sacó la lengua. —Sabía que esto era una mala idea —susurró. —¿A dónde demonios vamos?

—1919 Restaurant —soltó Alonso.

—Oh, siempre había querido ir allí —dije intentando romper la tensión entre Alonso y mi mejor amiga y al mismo tiempo llena de emoción. —Me encanta la comida italiana.

Alonso puso su mano sobre mi rodilla y apretó mientras me sonreía. —Lo supuse —susurró.

Ahí está -otro de sus comentarios ambiguos. *¿Estaba intentando complacerme o se estaba burlando de mi gordura? Con él nunca se sabe.*

Carla bostezó en el asiento trasero. —Bueno, sea lo que sea, no debe durar demasiado —dijo—. Estoy tan cansada que siento que puedo quedarme dormida sobre mi fettucine.

—Ni siquiera intentes salirte de esta —dijo Alonso. —Sabes lo mucho que le gustas a Leo.

—Chicos —dije—. Sé que pelean todo el tiempo, ¡es como un deporte

olímpico para ustedes! ¿Pero pueden simplemente dejar de hacerlo esta noche? Realmente quiero pasarla bien y no creo que sea posible si se la pasan toda la noche gritándose.

Alonso apretó mi rodilla con más fuerza. Una deliciosa sensación de excitación me recorrió la espalda y me estremecí. *¿Cómo terminaría esta noche? ¿Me dejaría en casa con Carla? ¿O me llevaría a su apartamento? Y una vez que estemos ahí... ¿Cuál será la lección de esta vez?*

—Relájate —dijo Alonso. —Carla y yo podemos comportarnos cuando queremos -¡piensa en todas las veces que estuvimos solos sin nuestros padres!.

Solté una risa falsa. Si soy honesta, la idea no es graciosa para mí. Estoy empezando a pensar que todo esto ha sido un error. *¿Cuánto tiempo más podría hacer malabares con las dos personas más importantes en mi vida? -¿cómo demonios sobreviviré a esto sin arruinar mi relación con Carla?*

—Sí, Paula, no te preocupes por eso —dijo Carla. —Estaremos bien.

Alonso se detuvo en el estacionamiento de un lujoso restaurante y me sonrió antes de salir del auto y caminar hacia el interior del restaurante. Carla y yo lo seguimos. Tiré de la falda de mi vestido en un intento de que me quedara como se veía en el maniquí. Pero el maniquí de la tienda no se veía gorda -era hermosa con curvas como Christina Hendricks. Y cuando logré verme en el espejo del vestíbulo me di cuenta que me veo horrible.

—Esta fue una mala idea —le dije a Carla mientras esperábamos al mesero. —Lo lamento si te puse en una mala posición.

—No te preocupes —dijo fríamente. —Todo estará bien.

Alonso no estaba por ningún lado. Tampoco veía a Leo, deambulando por el lujoso interior dorado. El mesero nos llevó a Carla y a mí a una mesa, mirándonos de reojo. *Otro par de vírgenes desaliñadas*, pensé, intentando leer su mente. Probablemente se sienta decepcionado de que no somos chicas sexys.

—Este lugar es agradable —reflexionó Carla en voz baja mientras tomaba el menú en sus manos. —¿A dónde demonios se fue mi hermano?

—No tengo idea —dije ansiosamente, mirando alrededor y buscando la hermosa figura alta. —No lo veo por ningún lado.

Carla y yo estuvimos ahí sentadas nerviosamente por diez minutos antes de que Alonso y Leo aparecieran. Ambos traían bebidas del bar en las manos, y Leo tenía la cara enrojecida.

—Se ve ebrio —siseó Carla. —¿Qué demonios Alonso?

Leo se encogió de hombros. —No estoy ebrio, nena ¿Puedo decirte nena?

Reprimí el impulso de gruñir cuando Carla soltó —Como sea. No me importa.

Alonso sonrió. —¿Ves, hermanita? ¡Eres bastante agradable después de todo!

Un silencio glacial se adueñó de la mesa. Alonso estaba sentado frente a mí, con Leo y Carla a cada lado. Estoy decepcionada -tampoco es que esperara que me tocara como aquella noche en el bar, pero una parte de mí esperaba eso. Me estremecí ante el recuerdo del placer intenso que se apoderó de mi cuerpo, volviéndome indefensa mientras el orgasmo se esparcía brutalmente a través de mi vagina mojada.

—¿Qué tal un poco de vino? —Preguntó Leo, mirando a Carla. —¿Qué les gusta beber?

Ella se encogió de hombros. —Lo que sea —respondió banalmente. —Siempre y cuando llegue rápido.

Leo se rio. —Creo que podemos manejar eso. ¿Alonso?

El mesero apareció y Alonso ordenó una costosa botella de syrah. Usualmente no me gustan los vinos tintos -hacen que me sonroje, me dé picazón y sueño desde el primer sorbo- pero nunca antes me he emborrachado con Alonso y eso me hacía preguntarme si haría el sexo más divertido.

—Paula, ¿puedes venir conmigo un momento? —Preguntó Alonso.

—No vayas —dijo Carla mirándome fijamente. —Por favor —susurró. —¡No me dejes sola con este idiota!

—Estarás bien —dije. No puedo resistirme a los encantos de Alonso y a su canto de sirena, atrayéndome como al barco de Odiseo. —Ya regreso, estoy segura que solo quiere hablar de algo.

Deslicé mi silla sobre la alfombra de felpa y me levanté tambaleándome por los tacones. No acostumbro a usar zapatos como estos, pero la mujer de la tienda me dijo que hacen que mis pantorrillas y trasero se vean increíbles. No estoy segura si el efecto deseado se nota, pero al menos me veo un poco más alta.

Seguí a Alonso a través del restaurante hasta el pequeño pasillo donde estaban ubicados los baños. Puso un dedo sobre sus labios, indicándome que me quedara callada mientras me llevaba dentro y cerró la puerta. El baño era agradable -limpio, e incluso había un pequeño sofá.

—¿Qué estás haciendo? —Susurré.

Me envolvió en sus brazos y me acercó a él, besándome intensamente. Sabía a whiskey y especias, y me derretí en sus brazos, succionándole suavemente la

lengua y el labio inferior justo como sé que le gusta. Gemí suavemente mientras deslizaba sus manos por mi cuerpo y me apretó el trasero, enviando sensaciones de placer por todo mi cuerpo.

—Dios, Paula, eres demasiado sexy —susurró. Siguió moviendo sus manos por mi cuerpo hasta llegar a mis muslos. Levantó mi vestido hasta la cintura, me arrancó las pantis nuevas y lanzó al suelo el pedazo de tela hecho pedazos. Jadeé cuando deslizó su mano entre mis piernas y la sacó de golpe para olerse los dedos. Me sonrió y metió sus dedos en mi boca. Cerrando mis ojos chupé los fluidos de sus dedos, saboreando el sabor almizclado de mi vagina.

—Buena chica —dijo, cerrando sus ojos y echando su cabeza hacia atrás. Me incliné hacia adelante y besé y mordí su cuello, succionando suavemente y bajando hasta el cuello de su camisa. Lo rodeé con mis brazos y lo acerqué mientras besé y mordisqueé, disfrutando el sabor salado de su piel.

Alonso acarició mis pechos por encima de mi vestido. Mis pezones ya estaban endurecidos y solo llevaba un delgado brasier de encaje y tela transparente. Lo escogí con la esperanza de impresionarlo, eché mi cabeza hacia atrás y gemí suavemente mientras me apartó el vestido de los hombros y bajó la cabeza, chupando mis pezones a través del delgado material. Fuego recorría mis entrañas y temblé de lujuria y placer cuando Alonso apartó su cabeza. La sangre bombeó rápidamente por mis venas y me estremecí cuando deslizó su mano entre mis piernas una vez más y acarició mi vagina suavemente. Abrí mis piernas, los tacones apoyados firmemente en el piso. Empecé a sentirme débil por estar parada así que me incliné contra la pared, dejando que me sostuviera mientras me acariciaba.

—¿Quieres que te folle? —preguntó, inclinándose hacia mí y mordiendo el lóbulo de mi oreja mientras sus dedos se movían con fuerza sobre mi clítoris. —Dime que quieres que te folle, Paula.

Suspiré y gemí suavemente. —Quiero que me folles —dije—. Hazlo ya, no puedo aguantarlo más. Te deseo Alonso.

—Date la vuelta.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Haz lo que te digo —insistió. —Te voy a follar por detrás.

Un escalofrío recorrió mi espalda mientras me daba la vuelta y me preparaba. Alonso me dio una nalgada y grité de dolor cuando se mezcló con la intensa sensación que fluía a través de mi cuerpo como la miel. Me dio otra nalgada, pero esta vez me incliné un poco, maximizando el impacto de su mano.

—Has sido una chica muy, muy mala —dijo. Me presionó contra la pared, susurrando en mi oído. Pude sentir su duro miembro en mi trasero a través de la tela de su pantalón. —Y ahora voy a follarte, solo para mostrarte lo mala que has sido.

Un escalofrío de anticipación recorrió mi cuerpo y me estremecí cuando escuché el tintineo del cinturón y sentí sus pantalones caer. Me agarró por las caderas y se encontró con mi culo.

—Arquea la espalda —dijo—. Dame acceso completo a esa vagina mojada.

Hice lo que dijo. Era incómodo, especialmente en tacones, pero logré mantenerme erguida mientras me apoyaba contra la pared y empujé mi trasero contra él.

Jadeé cuando sentí la cabeza de su pene en mi trasero. Temblando, me retorcí e intenté zafarme, pero Alonso me sostuvo con fuerza. Cuando entró en mí gemí suavemente. Se sintió intenso -incluso más intenso que la vez que me folló estando él arriba. Pero estaba bien, como si estuviese llegando más profundo que antes y gemí de nuevo cuando ya estuvo enterrado en lo más profundo.

—Buena chica —dijo. Enredó su mano en la mía y tiró con fuerza. Grité -nuevamente el dolor inundó mi cuerpo y se mezcló con el intenso placer que me apoderaba. —Eres una chica muy, muy buena, Paula.

—Pensé que era mala —susurré.

Alonso me dio otra nalgada. Con su pene dentro de mí, se sintió mucho más delicioso que antes. Luego empezó a entrar y salir, agarrándome por las caderas mientras aumentaba la intensidad. Mi aliento se resumía en pequeñas bocanadas, gemí y arqueé mi espalda mucho más. Mis muslos temblaban por el esfuerzo de mantenerme de pie y no pude evitar temblar aún más mientras Alonso me embestía con fuerza.

—Oh por Dios —solté gimiendo. Alonso quitó una de sus manos de mi cintura y sentí sus dedos acariciando mis nalgas. Separo más mis piernas y sumergió sus dedos, acariciando mi apretado trasero.

—Quiero que te acaricies el clítoris —susurró en mi oído. —¿Puedes hacer eso por mí?

Asentí temblorosa y aparté una mano de la pared, deslizándola por mi cuerpo hasta encontrar mi clítoris. Nunca me había tocado antes -al menos no con la intención de llegar al orgasmo. Siempre me sentí avergonzada y paraba antes de que sucediera. Pero esto era diferente -esto es sexo y quiero complacer a Alonso. Cualquier cosa que me dijera, lo haría. Encontré mi

pequeño bulto y empecé a frotarlo con el dedo, haciendo crecer el placer en mi.

El dedo de Alonso en mi trasero se volvió más insistente y gemí cuando sentí la punta deslizarse hacia dentro. Podía sentir qué el placer estaba por golpearme

—Me encanta —chillé, mientras el orgasmo se esparcía dentro de mí. Fue tan intenso que los ojos se me llenaron de lágrimas. Entre el dedo de Alonso en mi trasero, su pene en mi vagina y mis propias caricias, fue realmente el orgasmo más intenso que haya tenido. Mis pulmones dolían y de repente me di cuenta que estaba aguantando la respiración. Jadeando en busca de aire, aparté la mano de mi clítoris y me apoyé contra la pared.

—Paula, cariño, voy a acabar —gruñó Alonso. Se empujó dentro de mí más profundamente que nunca antes y se detuvo por un segundo. Luego sentí como su pene temblaba y latía mientras descargaba su semen en la cavidad de mi cuerpo.

Por un momento nos quedamos así. Entonces, se deslizó fuera y exhalé temblorosamente, limpiándome la mano con el muslo y bajándome el vestido. Cuando me di la vuelta para ver a Alonso, vi que estaba sudado y tenía la cara roja, pero sonreía.

—Wow —dije suavemente.

Él silbó mientras se subía los pantalones y la ropa interior. Luego caminó hacia el lavado para lavarse las manos —No es que no me guste el olor de tu trasero —dijo sonriendo.

Me sonrojé intensamente, luego tomé su lugar en el lavabo para hacer lo mismo.

—Eso estuvo mal.

Recogí mis pantis destrozadas del piso y las tiré en la basura. —Qué se supone que debo hacer ahora —dije—. ¡No traje un par de repuesto!

—Bien —dijo—. Me gusta pensar en ti sentada frente a mí con tu vagina expuesta. Abre las piernas bajo la mesa y yo tiraré mi tenedor al piso.

—¡Ugh! —Jadeé. —¡No lo harías!

Alonso sonreía mientras se arreglaba la ropa. —Deberías lavarte la cara. Te ves muy roja. Te veo en la mesa, Paula.

Luego abrió la puerta del baño y salió caminando, silbando.

Me incliné sobre el lavabo y me eché un poco de agua fría en el rostro, disfrutando la sensación relajante. *Eso estuvo muy mal*, pensé. Es la primera vez que hago algo así -la vez que Alonso me toqueteo en el bar parecía un

juego de niños en comparación. Luego de secar mi cara con una toalla de papel, limpiarme y ordenarme un poco regresé a la mesa con una gran sonrisa en mi rostro.

—¿Dónde está Carla? —Pregunté cuando me senté. —¿Se levantó para ir al baño?

Leo sonrió. —Por lo que escuché uno de los baños estaba bastante ocupado.

Me sonrojé y desvié la mirada. —No parece cosa de ella —dije sacando el teléfono de mi bolso y revisándolo. No había nada excepto por un mensaje de Diego, rogándome que le contara como había sido la cita doble. Metí mi teléfono de nuevo en mi bolso.

—Bueno, incluso si se fue, no hay razón por la cual no pueda disfrutar de una buena comida con ustedes dos —dijo Alonso tomando el menú y bostezando. —Muero de hambre y realmente se me abrió el apetito.

Tomé el menú, buscando algo que me pudiera gustar. Casi me quedo sin aliento cuando veo los precios -no tenía idea que este lugar fuera tan caro. Me sentía culpable por Carla -sé que debería levantarme y buscarla. Pero mientras más veo el menú, más me doy de cuenta que necesito comer algo.

El mesero se acercó y nos miró de modo inquisitivo. —¿Listos para ordenar?

Alonso sonrió. —Claro —dijo—. Adelante, Paula.

# Capítulo 17

## Paula

—Esto estuvo increíble —dije limpiando mi plato con un trozo de pan. — No recuerdo la última vez que probé comida italiana tan buena.

Alonso asintió. —Lo hacen muy bien —dijo e inclinó la cabeza hacia un lado. —¿A dónde rayos se fue mi hermana?

Me encogí de hombros. —Estaba esperando que regresara en cualquier momento, pero quizás solo se fue a casa —dije.

La culpa me aplastó el pecho -en el fondo estoy segura que se fue. Y eso me hace sentir terrible. Me dijo que no la dejara sola con Leo, pero no nos habíamos ido por tanto tiempo. *¿Qué demonios había pasado entre ellos?*

—Leo, ¿Carla dijo algo antes de irse? —pregunté. —¿Dijo que estaba cansada o algo por el estilo?

Leo se encogió de hombros. —No lo sé, no estaba prestando atención —respondió. Me miró de cerca por primera vez. —Ella es una chica interesante.

—Sí —respondí. —Lo sé, hemos sido mejores amigas por mucho tiempo.

El mesero regresó para preguntar si alguien quería postre. Para ser honesta, nada suena mejor que un plato lleno de cannolis rellenos, pero no podía quedarme por más tiempo.

Cuando dije que no, pedimos la cuenta y pronto estábamos de vuelta en el estacionamiento. Incliné mi cabeza hacia atrás para mirar las estrellas.

—Entonces, ¿quieres venir a mi casa? —Preguntó Alonso sonriendo. — Noté que no pediste postre, pero creo que tengo un poco de helado y galletas en casa.

Mi estómago rugió y ambos reímos.

—Quiero —dije. Mi vagina aún estaba húmeda y temblorosa por lo que Alonso me había hecho en el baño, pero me sentía culpable. —Pero debería irme a casa. Estoy un poco preocupada por Carla.

—Es una chica grande, puede cuidarse sola. Vamos, aún es temprano. Podemos... no lo sé, ver una película o algo.

—¿De verdad quieres que me vaya contigo?

—No, solo estoy bromeando —dijo sarcásticamente. —¡Sí! Quiero que vengas a casa conmigo. Vamos, Paula.

—Y... ¿quieres que me quede a dormir? —Pregunté escéptica. —Pensé que no hacías eso, Alonso. Pensé que no le pedías a las chicas que se quedaran toda la noche.

Alonso se quedó en silencio por un momento y luego se encogió de hombros. —Normalmente no lo hago —dijo, —Pero puede que no sea tan malo.

Fruncí el ceño. De alguna manera no era la respuesta que quería escuchar, incluso si era la opción más viable.

—¿Qué? ¿Porque estás tan callada?

Me encogí de hombros. —No lo sé —susurré. —Lo siento.

—Bueno, solo ven conmigo, ¿de acuerdo?

—Alonso, de verdad no puedo —dije lloriqueando un poco. —Carla probablemente está enojada conmigo. Ni siquiera quería que me parara de la mesa para ir al baño contigo.

—Bueno, que se joda, no me importa. No entiendo a las mujeres. ¿Por qué son tan malditamente necesitadas?

—¿Qué? Mira, sabes cómo es ella. Es un poco de... alto mantenimiento.

Alonso suspiró. —Sabes qué, de acuerdo, te llevaré a casa. Solo pensé que aprovecharías la oportunidad de pasar más tiempo conmigo, Paula.

—Normalmente, lo haría. Por favor, tienes que creerme. Pero esto es diferente, estoy realmente preocupada por ella. ¿Qué le dijo Leo como para que se fuera?

—Probablemente no dijo nada —respondió, claramente irritado. —De todos modos, ¿qué sientes por mí?

Lo miré con la boca abierta sin poder decir una palabra. Me tomó por sorpresa.

Condujo el Mustang por mi calle y se estacionó frente a mi apartamento. Mantuvo el motor encendido, pero me miró y sus fríos ojos azules me hicieron sentir nerviosa, ansiosa y confundida.

*¿Qué siento por ti? Oh, no lo sé, pensé sarcásticamente. ¡No tengo idea! Solo que te he querido desde que estoy en la secundaria, ¡y ni en un millón de años pensé que me prestarías atención! Y ahora, aquí estamos - ¡prácticamente novios!*

Tragué saliva con fuerza. No hay manera de que pueda decirle a Alonso como realmente me siento. Ni siquiera puedo acercarme -nunca quiso escuchar mis divagaciones adolescentes de lo sexy que siempre me había parecido. Y no quiero arruinar algo bueno. No estaba segura de cómo terminaría esto, pero

una parte de mí sabía que algún día lo haría. Y solo quiero disfrutarlo, disfrutar a Alonso, mientras pueda y antes de hacer algo estúpido que pueda arruinarlo todo. Porque siempre hago eso, siempre he sido lo suficientemente tonta como para dañar cualquier cosa buena que estuviese sucediendo en mi vida.

—No quiero hablar de esto —dije nerviosa. Mis ojos se llenaron de lágrimas. —Alonso, por favor, no me hagas decírtelo.

Alonso frunció el ceño. —Bien —dijo—. Adiós, Paula. Puso sus manos en el volante y miró hacia el frente.

Mi corazón se hundió. Ni siquiera va intentar convencerme de que me quede con él, pensé con tristeza. ¡No le importo una mierda!

Abrí la puerta y salí del automóvil. Se alejó de la acera casi de inmediato, y para el momento que decidí entrar a la casa, no paraba de llorar.

Carla entrecerró sus ojos cuando me vio. —Paula, ¡qué demonios! ¿Por qué no desapareciste para siempre?

La miré boquiabierta. —¿Desaparecer, yo? ¿Estás bromeando? ¡Tú fuiste la que se fue del restaurante!

—Porque te dije que no me dejaras sola con él —soltó, apretando sus manos. —Estás llorando. ¿Qué pasó?

Sollocé. —No lo sé. Alonso...Alonso quería saber que siento por él, ¡pero no había forma de que le dijera! ¡No ahora! No quiero arruinar esto.

Carla me miró durante un buen rato. —Bueno, honestamente no sé qué decir, Paula. Tienes que ser honesta con él si quieres que esto funcione.

—¡No, es demasiado aterrador! —dije limpiándome la nariz con los dedos. —¡No hay forma de que pueda decirle que me estoy enamorando de él! Sabes que eso simplemente acabaría con todo

Carla suspiró e hizo una mueca que no pude leer. —Bueno, es tu decisión —dijo—. Me voy a la cama. Estoy exhausta.

Tan pronto como llegué a mi habitación, rompí en llanto.

Me sentía tan contrariada con mis sentimientos y lo que se suponía que debía hacer que me era imposible hacer las cosas bien. Me había venido a casa por mi amiga, a quien le importó un carajo todo y se fue a dormir. Y él me dejó con una pregunta que no tengo el valor para responder. ¿Porqué quiere saber lo que siento por él si en el fondo no le importa? ¿O si?

# Capítulo 18

Alonso

Observé la regordeta figura de Paula entrar en el edificio, y luego le di un golpe al volante.

—¡Maldita sea! —Grité—. ¡Que mierda!

Obviamente, no hay respuesta. Y ni siquiera estoy seguro de lo que quiero escuchar -¿acaso quería que Paula volviese a salir, se subiese al auto y me dijera lo que siente por mí? ¿O solo quiero que se calle y me siga follando hasta que me canse de ella? No tengo ni puta idea de cómo funcionan las relaciones. Nunca antes había querido una -demonios, aún no estoy seguro de si quiero una ahora, pero no quiero dejar de ver a Paula. Es como una droga, mortalmente adictiva, químicamente perfecta, increíble.

Esa noche apenas dormí. Daba vueltas en la cama, fantaseaba con Paula y me odiaba a mí mismo por no poder expresarle ninguno de mis pensamientos. Me estoy empezando a dar cuenta de que tengo una actitud bastante tóxica hacia las mujeres. Toda mi vida he estado acostumbrado a obtener siempre lo que quiero justo cuando lo quiero. He dormido con casi todas las mujeres que he conocido, exceptuando a Carla y a mi madre. Y siempre lo consideré como algo positivo, pero ¿y si en realidad no ha sido algo bueno? Es decir, claro que el sexo en general ha sido bueno... o al menos adecuado, pero no es como hablar con las mujeres o entenderlas, porque nunca las he visto como personas. Siempre las he visto como tetas, vaginas y bocas.

Es mi culpa, pensé justo cuando el cielo empezó a aclararse con el primer rayo del amanecer. Necesito aprender cómo hablarles a las mujeres, luego podré hablar con Paula.

Ni siquiera sé cómo terminarán las cosas con ella, pero sé que no quiero que terminen ahora.

Tan pronto como pude, la llame y envié mensajes de texto. No respondió, y mis mensajes se quedaron en “entregado” durante horas.

*No puedo creer que esté jugando así conmigo, pensé molesto mientras caminaba por mi apartamento. ¡No puedo creer que esta chica gorda que nunca ha tenido un novio me esté manipulando! ¡Le sale natural! Podría admirar su buen juego. No es como ninguna de las chicas que he conocido*

antes.

Estar con ella es increíblemente refrescante.

Para el mediodía ya la había llamado seis veces, dejado cuatro mensajes de voz y enviado diez mensajes de texto. No había respondido a nada. Intenté llamar a Carla, para preguntar si podía poner a Paula al teléfono, pero ella tampoco respondía.

Finalmente me subí a mi Mustang y conduje hasta la casa de mis padres. No suelo visitar sin llamar antes, pero sé que me estoy volviendo loco. Tengo que hablar con las únicas dos personas en el mundo que me conocen, o de lo contrario voy a perder la cabeza.

Mamá estaba trabajando en el jardín cuando estacioné. Cuando me vio, saludó y sonrió.

—¡Hola, cariño! ¿Me he olvidado de algo?

Solté una risa falsa. —No mamá, todo está bien. Solo quería pasar por aquí y verlos un rato.

Ella asintió. Se secó la cara con la parte posterior de su muñeca dejando una mancha de tierra en su frente. —Siempre es bueno verte ¿Te puedes quedar para almorzar?

Suspiré. —No tengo mucha hambre, pero me sentaré con ustedes ¿Cómo está todo?

Mamá se encogió de hombros. Pasó su brazo alrededor de mí y apretó. Es bajita -apenas me llega al pecho- pero de alguna manera es tranquilizador sentir su abrazo.

—Todo bien, cariño, ya sabes. ¡Muy preocupada por ti! —Mamá chasqueó la lengua. —Vi el caso de Arson la semana pasada, debió haber sido aterrador.

—Nah, estuvo bien —dije mintiendo. —Somos chicos rudos, lo sabes.

—Lo sé —responde mirándome a los ojos. Su rostro estaba arrugado por la preocupación. —Solo quiero que sepas que estoy orgullosa de ti.

—Dios, no —dije—. Sabes que no puedo aceptar cumplidos así.

Mamá me llevó adentro y se lavó las manos mientras yo me sentaba en la mesa de la cocina con una cerveza.

—Es bueno verte —dijo otra vez. —¿Qué hay de nuevo en tu vida? —Levantó una ceja y pude ver el parecido entre ella y Carla ahora más que nunca. —¿Alguna chica?

—Una —dije—. He salido con ella por un par de semanas.

—Oh, sería tan agradable verte asentar cabeza con una buena chica —dijo

Mamá. —¡Y nietos! Que maravilloso.

—Oh por Dios, asco, para —dije sacudiendo mi mano. —No vas a tener de esos por un largo tiempo.

Mamá suspiró. —Bueno, está bien. Sabes que solo quiero lo mejor para ti, hijo. Así que mejor que esa chica sea agradable —añadió. —Porque nunca soportaría verte con alguna perra barata.

Debí haber esperado esta conversación -mamá me había estado molestando por salir con “putas” desde que estaba en la secundaria. Sus estándares eran demasiado altos, al menos cuando se trataba de mí. No parecía importarle demasiado el tipo de hombres con los que Carla saliera.

—No te preocupes —dije—. Paula es buena chica—. *Y es lo suficientemente perra*, añadí en mis pensamientos. No pude evitar que una sonrisa maliciosa apareciera en mi rostro.

Mamá entrecerró sus ojos e inclinó su cabeza hacia un lado. —No Paula Rizzo —dijo lentamente. —¿La chica gorda que vive con Carla? Alonso, en serio. ¡Puedes hacerlo mucho mejor!

Suspiré. —No debí decir nada —respondí levantándome y estirándome. —Gracias por la cerveza, mamá. Debería irme.

—Oh Alonso, no seas así. Solo quiero lo mejor para ti, eso es todo.

—Me gusta y no tienes que preocuparte por ella, mamá. Es una buena chica. Nunca había tenido una cita hasta que la invité a salir.

Sacudió su cabeza. —Eso no es lo que me preocupa —dijo—. Terminará hecha pedazos cuando decidas que quieres algo mejor.

—¿Qué? ¿Por qué haría eso?

—Cariño, sabes que no intento sermonearte ¡Lo sabes!

—¿Entonces de qué estás hablando? —Pregunté molesto. —¿Por qué no crees que es buena para mí?

—Porque tú cuidas de ti mismo. Haces ejercicio, te mantienes en forma. ¡Eres bombero por el amor de Dios! Pero Paula... ella siempre ha sido poca cosa. No sé por qué a Carla le cae tan bien para ser honesta. Y nunca pareció tener mucha personalidad. No recuerdo haberla escuchado decir algo más que un chillido. ¡Es como un ratón!

—Como sea, mamá. Suficiente. —Le di un abrazo sin ganas, di media vuelta y salí de la casa de mis padres. La reacción de mamá me dejó un sinsabor, incluso cuando sé que su respuesta fue bastante típica. Por supuesto, ella no me quiere con alguien como Paula. Me quiere con alguien que se vea fresca y virginal -y delgada- pero sé cuál es el problema con esas chicas: no importa

que tan inocentes se vean, todas son unas perras por dentro. Paula es diferente. Es pura.

*Y ahora no me habla*, pensé miserablemente. Decidí manejar hasta el apartamento de Carla para ver si podía encontrar a Paula en casa. *Tendrá que hablar conmigo en persona*, pensé. *¡No puede resistirse!*

Mi ansiedad se volvió emoción cuando pensé en lo que podría enseñarle. Hemos follado, le he acariciado el trasero, y le enseñé como darme una muy buena mamada. Mi pene se retorció en mis pantalones ante la idea de enterrar mi rostro entre sus piernas y chupar su clítoris hasta que grite. Sí, pensé. Le daré un regalo -comerme su vagina como recompensa por lo buena que ha sido.

Justo cuando estaba pasando por el pequeño centro de Avenida Juan Ponce de León, vi un destello de cabello pálido. Enfoqué mi vista, disminuí la velocidad y vi a mi hermana menor cruzando la calle, determinada. Tenía la boca fruncida en una delgada línea y los brazos cruzados alrededor de su cuerpo.

*A dónde vas*, pensé. Ni siquiera estaba cerca del campus donde está estudiando y ella rara vez sale...

Me detuve en un pequeño estacionamiento y la vi caminar hacia un edificio con una gran bandera arcoíris en el frente. Entrecerré mis ojos para ver un poco mejor. Abrió un poco la puerta y luego miró por encima de su hombro como para asegurarse que nadie la estuviese siguiendo. Me agaché en el asiento. Cuando me enderecé de nuevo, ya había entrado en el edificio.

Sonreí. Mi hermana menor, ¿en un club gay? Todos esos años que la llamé lesbiana, siempre era broma. Además, si fuese gay, ¿a mí que me importa? Las lesbianas son ardientes. Pero no puedo perderme la oportunidad de ver a mi hermanita hacer algo sorprendente. Carla rara vez actúa de una manera que no sea sosa y predecible. Si está yendo a un club gay, quiero saber por qué.

Apagué el encendido de mi auto y crucé la calle, mirando a ambos lados. Podía escuchar los fuertes sonidos del bajo provenientes del club, aun cuando todavía estoy a metros de distancia. *Mírenme, entrando a un club gay*, pensé sonriendo.

*Sí, encajaré perfecto*, pensé mirando mis músculos en el reflejo de la puerta de vidrio.

Por dentro estaba oscuro y húmedo. El olor a cerveza agria, sudor y cócteles frutales inundaba el aire. Las luces brillantes destellaron con fuerza frente a mí y me tomó unos segundos acostumbrarme a la luz. Entonces vi un

montón de cuerpos aplastados, todos bailando íntimamente. Parejas de hombres y mujeres meciéndose con la música. Caminé hacia las sombras, buscando por todos lados a mi hermana. Finalmente, la vi al otro lado del club. También estaba bailando -meciéndose al ritmo de la música con sus brazos alrededor de otra mujer.

Cuando vi a la otra mujer mi mandíbula casi cayó al piso. Se veía exactamente como Paula -bajita, de cabello castaño, con grandes curvas y una dulce sonrisa en su rostro. Carla se movió alrededor, luego se acercó más a la mujer. La mujer cerró sus ojos y sonrió cuando Carla la besó.

¡Mierda!, pensé. ¡Mi hermana realmente es lesbiana!

De repente todo tuvo sentido. Ahora entiendo por qué Carla siempre ha sido tan sobreprotectora con Paula, por qué siempre ha parecido apática ante los intentos de Leo... y sobre todo por qué es tan perra con Paula cuando yo estoy cerca.

No puedo creerlo. ¡Estoy compitiendo con mi hermana por el corazón de Paula!

# Capítulo 19

## Paula

He intentado ser fuerte. Pero no es fácil - Alonso no ha dejado de llamar ni de mandar mensajes. He dado vueltas por la casa durante días, llorando y llenándome la boca de helado y pastel. Carla resoplaba cada vez que me ve llorar. Ya es demasiado -sé que no le emociona el hecho de que esté saliendo con su hermano. ¡Pero se supone que es mi mejor amiga! ¿Acaso le haría daño mostrar un poco de empatía?

Siento mi vida vacía sin Alonso. La emoción, la aventura y toda la diversión se ha desvanecido, así como así. Cerré mis ojos y suspiré, estremeciéndome por dentro. Y todo esto solo porque no pude decirle lo que siento por él, me di cuenta sacudiendo la cabeza. *¡Si tan solo pudieras armarte de valor y decirle cómo te sientes, quizás no estarías sola con un galón de helado en este momento!*

Es realmente difícil estar en mi habitación. Apenas puedo recostarme en la cama sin pensar en ser tomada por Alonso. Después de todo me quitó la virginidad en mi habitación - ¡incluso me besó por primera vez aquí!

Con otro suspiro, salí de la cama y me estiré con dirección al techo. Tragué saliva nerviosamente antes de abrir la puerta y salir al pasillo.

Carla estaba sentada en la sala de estar viendo un programa de entrevistas. Miró por encima de su hombro y asintió antes de volver a prestarle atención al televisor.

—Hola —dije—. ¿Cómo está todo?

Se encogió de hombros. —Probablemente mejor que para ti.

Es la cosa más empática que ha dicho en días.

—De verdad quiero hablar con él —dije y suspiré. —Es solo que... no sé qué hacer, Carla.

Se encogió de hombros otra vez. —Ya sabes lo que pienso de la situación —dijo—. Yo no me apegaría demasiado. Confía en mí, Paula. Él no es el chico para ti. Ya encontrarás a alguien más —añadió. —Solo espera un poco de tiempo.

Las lágrimas inundaron mis ojos. —Pero no quiero esperar ¡Quiero hablar con él, ahora!

Carla suspiró de nuevo. —No tienes esperanza—. Apagó la televisión y bostezó. —Creo que saldré a correr. ¿Quieres venir?.

Fruncí el ceño. —¿Ahora sales a correr?

—Pensé en probar algo nuevo. Si quieres venir puedo caminar.

Hice una mueca. La idea de sudar y jadear bajo el sol no me parecía divertida.

—Nah —respondí. —Me quedo. Gracias de todas maneras.

Carla fue a su habitación y se cambió. Cuando salió, estaba vestida con un sujetador deportivo y unos diminutos shorts de spandex. Se echó un poco de bloqueador solar en el rostro, se dio media vuelta y se fue.

Tan pronto como la puerta se cerró, sentí que me quitaron un peso de encima. Estar sola no alivia el dolor del asunto de Alonso, pero es mejor que estar con Carla. ¿Cuándo habían cambiado las cosas? ¿Cuándo empecé a disfrutar más el tiempo que paso sola que el que paso con Carla?

Me hace sentir culpable el simple hecho de reconocerlo. Quiero a Carla, siempre lo he hecho. Ha sido mi pilar, mi roca, mi única fuente de fortaleza. ¿Acaso soy una mala amiga porque ahora que Alonso está presente ya no me cae tan bien? *Excepto que él no está presente, pensé. ¡Lo espantaste!*

Pero eso no es todo. No es solo por Alonso, ¿o sí? No soy solo yo -Carla ha pasado de ser dulce y leal a ser una perra critica de la noche a la mañana. Quizás no la conozco tan bien como pensaba. Quizas algo cambió, maduró o no sé. Pero de un tiempo a esta parte su actitud conmigo es irritante.

Agarré el control remoto y revisé los canales, sin prestar atención a los comerciales ni a ninguno de los shows.

Un golpe en la puerta me hizo dar un salto. Resoplé y gruñí. —Dios, Carla, ¿Se te olvidó la llave? —Susurré mientras me levantaba, tomándome mi tiempo para abrir la puerta.

Pero no era Carla la que estaba parada ahí.

Era Alonso.

Cuando me vio, me lanzó una mirada suplicante. —Por favor, Paula, no cierres la puerta. Dame una oportunidad, escúchame, ¿sí?

Suspiré. —No... no lo sé —dije temblando. —¿Qué podrías decirme?

Alonso dio un paso hacia adelante y cerró la puerta detrás de él. Vi fuego en sus ojos azules y su cuerpo musculoso de repente me pareció enorme.

—Paula —dijo cauteloso. —Te necesito.

No pude responder. Mi voz de repente se esfumó y comencé a temblar nerviosamente mientras se arrodillaba frente a mí. *¿Qué está haciendo?*

Luego me tomó por las caderas y me acercó más a él. Acarició mi entrepierna a través de la delgada tela de mis shorts y una ola de placer recorrió mi cuerpo.

—No lo sé, Alonso —dije poniendo mis manos sobre su cabeza para alejarlo. —No sé si deberíamos.

Alonso me miró con una hermosa sonrisa en su rostro. —Paula. Hay unas cuantas cosas que no te he enseñado. ¿No quieres completar tu educación? Aun eres virgen cuando se trata de ciertas cosas... —y se detuvo con un gruñido sensual. —Y como soy el hombre responsable de tu despertar sexual, aún no puedo abandonarte.

*Aun.* Esa pequeña palabra me llamó la atención. Me hizo dar cuenta y estar segura que lo que sea que Alonso y yo estuviésemos haciendo, no durará. *¿Pero quiero que dure? ¿Qué clase de relación quiero realmente?*

No lo hubiese admitido ni por todo el dinero del mundo, pero ya no me importaba. Mi vagina latía y empezó a mojarse, y mis pezones ya estaban duros. Rozaron mi delgada camisa de algodón y me estremecí por el contacto.

Solo lo quiero, me di cuenta. Y no me importa por cuanto tiempo. Es mío ahora y eso es lo que importa.

—¿Y bien? Paula, tienes que responderme —dijo sonriendo. —Esta lección será placentera para ti. Muy placentera, de hecho.

Me sonrojé intensamente. *Ya lo es,* pensé, mordiéndome el labio con tanta fuerza que sangró un poco. Alonso sabe cómo excitarme como nadie, y me estremecí.

—¿Entonces? —inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió. Al mirarlo supe que nunca sería capaz de decirle que no, sin importar lo que pida.

—Sí —susurré. —Sí, Alonso.

—Bien —dijo—. Porque he querido hacer esto hace mucho tiempo—. Puso sus manos sobre mis piernas desnudas, recorriendo mi piel. Me alegró haberme depilado esta mañana. Al principio su toque fue ligero y delicado. Luego comenzó a arrastrar sus uñas por mis muslos, haciéndome temblar. Alonso deslizó una mano entre mis muslos redondos.

—Abre las piernas a la altura de los hombros —ordenó. Cuando no me moví, golpeó suavemente el interior de mi muslo. Gemí de placer cuando sentí mi clítoris temblar con anticipación. Finalmente, respiré profundo y abrí las piernas.

—Buena chica.

Extendió la mano y engancho sus pulgares en mis shorts, deslizándolos por

mis piernas. Tragué saliva y me avergoncé un poco cuando el aroma almizclado de mis fluidos vaginales inundó el aire.

—Hueles increíble.

Me sonrojé intensamente. En ese punto todo mi cuerpo estaba caliente y temblando, desesperado por más. No sé lo que va a hacer, pero sé que será bueno.

—Tenemos que llevarte a comprar nuevas bragas —susurró en un tono sensual. Puso sus manos en mis piernas y suavemente acarició a través de mis bragas, frotando donde mi duro clítoris empezaba a asomarse. Gemí con fuerza, inclinando la cabeza hacia atrás.

—Ese es solo el comienzo.

Bajó mis bragas y me hizo un gesto para que me las terminara de quitar. Sujetándome con una mano en su cabeza, obedecí.

Alonso sonrió y asintió. —Has sido una muy buena chica, Paula —dijo—. ¿Sabes lo que les pasa a las chicas que son buenas?

Sacudí mi cabeza.

—Les lamen su vagina —Ante sus palabras, sentí una sacudida de lujuria ardiente en mi interior. —Dime, Paula. ¿Quieres que te lama la vagina? ¿Quieres sentir el placer de mi lengua en tu interior?.

Me mordí el labio y asentí emocionada.

—Dímelo —ordenó severamente. —Dime que quieres que te lama la vagina.

Temblé. —Yo... —me detuve nerviosamente, tragando con fuerza. —No puedo decirlo —susurré. La idea de decir cosas como esa en voz alta me hizo sentir humillada y excitada al mismo tiempo.

—Tendremos que trabajar en tus habilidades para hablar sucio —dijo—. Pero ahora, vas a recibir una recompensa.

Se acercó un poco más, agarrándome firmemente por las caderas. Cuando se acercó más a mi pequeña área de vello púbico y olfateó, no pude evitar exaltarme y temblar. Alonso deslizó un dedo entre mis piernas, suavemente a lo largo de los pliegues de mis labios. Y cuando deslizó su dedo dentro mi vagina, gemí ruidosamente.

—Buena chica —dijo con voz ronca. Se lamió los labios, los llevo a mi entrepierna y besó suavemente mi vagina. Su boca y barbilla se sentían un poco incipientes, pero los vellos gruesos intensificaron la sensación de su lengua y sus suaves labios. Enrollé mis manos en su cabello y tiré suavemente. Alonso ronroneó y la vibración de su boca se sintió exquisita en mi vagina.

Luego puso una mano sobre mis piernas y abrió los labios de mi vagina, exponiendo mi clítoris al aire frío. Me estremecí cuando el placer se apoderó de mí. Y cuando puso su lengua sobre mi clítoris y empezó a lamer y chupar, pensé que moriría de felicidad. Se sentía tan bien. Gimiendo, abrí mucho más mis piernas mientras Alonso chupaba. Con su mano libre, deslizó dos dedos dentro de mi vagina y empezó a moverlos dentro y fuera mientras su lengua acariciaba mi clítoris una y otra vez.

*Es incluso mejor que el sexo*, pensé. Todo lo que tuve que hacer fue quedarme parada mientras permanecía arrodillado entre mis piernas, lamiendo, chupando y enrollando su lengua en mi clítoris.

—Mmmm—ronroneo Alonso. Nuevamente las vibraciones atravesaron mi cuerpo, chillando de placer. Las piernas me dolían y temblaban por mantenerme de pie en una posición tan incómoda, pero apenas le presté atención al dolor. La lengua de Alonso se movía sin parar, girando alrededor de mi clítoris y luego lamiéndolo suavemente. Empecé a sentir como el orgasmo se acercaba tan poderoso que no podía evitarlo. Cuando deslizó su tercer dedo dentro de mí, acabé. El orgasmo empezó en la parte inferior del vientre hasta que se extendió por mi cuerpo y mis extremidades. Gemí y grité de placer. El sudor goteaba por mi frente e incliné la cabeza hacia atrás cuando las últimas sensaciones increíblemente deliciosas empezaban a desvanecerse.

Alonso se apartó y sonrió. Se levantó y me besó con fuerza, rozando su barbilla mojada contra mi cara.

—Lámeme para limpiarme—dijo—. Saca la lengua y límpiame.

Me ruboricé por un segundo, abrí mi boca y saqué la punta de la lengua. Alonso mantuvo su rostro cercano al mío mientras lamía sus labios y barbilla para limpiarlos, chupando suavemente su labio inferior. Me abrazó y me apretó con fuerza, deslizando su lengua en mi boca.

—¿Entonces?—Se alejó y levantó una ceja. —¿Cómo estuvo?

Me sonrojé. Me entregó mis bragas y me las puse mientras un hormigueo todavía recorría mi entrepierna por el fantástico orgasmo que acababa de tener.

—Gracias. Estuvo increíble.

## Capítulo 20

Alonso

—Entonces —dije—. ¿Podemos hablar ahora?

El rubor de Paula se volvió más intenso, de un rosa tenue a un rojo carmesí. Asintió y caminó en silencio hacia el sofá, sentándose como si fuese a comer por última vez antes de ser ejecutada.

—No es algo malo. Al menos, yo no creo que lo sea. ¿Quieres una cerveza?

—Levanté una ceja. —Este tipo de charlas suelen ser mejor con un poco de alcohol.

Paula asintió. Su rubor se desvaneció, pero siguió con una expresión seria. Suspirando, caminé hasta la cocina y agarré dos latas de cerveza fría del refrigerador. Regresé a la sala de estar y me senté en el sofá al lado de ella, entregándole una de las latas.

—Aquí tienes —dije girando hacia un lado y cruzando las piernas. —Salud.

Chocó su lata contra la mía, pero seguía sin hablar.

—Vamos —dije—. Te estás comportando como si estuvieses a punto de ser torturada. ¿Qué sucede, Paula?

—No lo sé. Estoy confundida.

Suspiré y abrí mi lata, inclinando la cabeza hacia atrás para verter la cerveza por mi garganta. Me tranquilizó el estómago. No hay nada como el sabor de la cerveza mezclado con el sabor sobrante de una vagina, es una combinación que siempre me ha gustado.

—Bueno, yo también lo estoy —dije—. Pero está bien. Por eso estamos hablando.

Paula frunció los labios y suspiró. —Alonso... no sé qué está sucediendo. No sé qué pasa conmigo. Y quisiera saberlo, es solo que... —se detuvo en medio de la oración, mordiendo su labio tan tiernamente que me hizo querer besarla.

—Yo tampoco lo sé —dije tomando otro trago de cerveza y pasándome una mano por el cabello. —De verdad no lo sé, nunca me he sentido así.

Ella me miró curiosa. —¿Así como?

Suspiré nuevamente. —Solo... —*por dios, ¡solo dilo!*

—¿Qué?

—Me gustas —dije finalmente. —Me gusta follarte, me gusta pasar tiempo contigo. Normalmente no me siento así hacia las mujeres... y nunca he hecho esto antes, enseñarle a alguien todo.

Paula asintió. Finalmente abrió su cerveza y le dio un pequeño sorbo. —Tú también me gustas —dijo—. Pero tengo miedo. Sé que esto no va a durar y no quiero salir lastimada.

—No, eso no es lo que estoy diciendo —dije—. Realmente no veo que esto... sea lo que sea... vaya a terminar pronto. Quiero estar contigo, Paula. Quiero que seas mi novia o tengamos algo sólido, algo que nos una.

—¿Tu novia? —Paula me miró con los ojos muy abiertos. —Estás bromeando —dijo suavemente. —No puedes estar hablando en serio, Alonso. Es imposible.

—Bueno, estoy hablando en serio, lo creas o no —dije sintiendo haberme quitado un enorme peso de encima. Finalmente logré ponerme los pantalones y actuar como un hombre. Aun así, no puedo creerlo. En el fondo, supongo que Paula ya sabía que me gustaba.

¿Entonces por qué tenía tanto miedo de decirle?

—Esto es nuevo para mí —dije lentamente, bebiendo el último sorbo de cerveza. —Nunca pensé en tener una relación. Puede que no sepa cómo ser un buen novio—. Sonreí y le guiñé un ojo. —Oye, ya sé. Tú me enseñas como ser un novio y yo te seguiré enseñando cosas sobre sexo.

Paula rio relajadamente.

—Finalmente —dije sonriendo. —Ese es el sonido que me gusta escuchar. Además de tus gritos orgásmicos, claro.

—Realmente no sé nada sobre cómo ser una novia —dijo—. Te estás olvidando que nunca antes he tenido novio.

Me reí. —Las chicas como que nacen sabiendo cómo actuar en una relación. Al menos eso es lo que piensan los hombres.

—Los chicos a veces no son muy inteligentes emocionalmente —dijo levantando una ceja. —Además, ¿de quién diablos pude haber aprendido? ¿Carla?

Sonreí. De repente la imagen de Carla bailando y besándose con esa chica aparecieron en mi cabeza.

¿Debería decirle a Paula?

Decidí no hacerlo.

Ni siquiera he procesado bien la idea o hablado con Carla. Quién sabe, quizás era alguna clase de investigación. Aun así, no puedo negar que pensar

en eso hace que mi estómago se retuerza de ansiedad. Sé que Paula se enterará en algún momento -en especial si Carla de verdad siente algo por ella- pero no quiero arruinar el día. Después de todo, mi vida acaba de cambiar.

Ya no soy Alonso, el soltero. Tengo novia -finalmente estoy actuando como alguien de mi edad.

—Me alegra que me lo dijeras —dijo Paula suavemente. Tomó mi mano y entrelazó sus dedos regordetes con los míos. —Es solo que no puedo creerlo —. Se sonrojó y apartó la mirada. —Siempre te he observado con lejanía porque nunca creí que te importara mi existencia y yo he estado enamorada de ti desde el día que te conocí.

Entrecerré mis ojos. —¿De verdad?.

Paula asintió. —De verdad —dijo. Se mordió el labio y tomó un largo sorbo de cerveza. —Lo recuerdo como si hubiese sido ayer.

—Tengo que admitir que no recuerdo eso —dije—. Lo siento. Sé que eso me hace sonar como un idiota. Pero fue hace mucho tiempo.

Paula asintió. —Recogiste a Carla a la salida del colegio y me llevaste a casa.

—¡Oh! —De repente el recuerdo apareció en mi mente. —Ahora lo recuerdo —dije sonriendo tímidamente. —Debí haberlo sabido. Te estabas casi derritiendo en frente de mí.

—Lo sé, ahora me siento estúpida, créeme.

—No lo hagas —dije. Apreté su mano y me la llevé a la boca besando sus dedos. —Ahora eres mi novia —dije—. Tengo ganas de salir y gritarlo por todos lados.

Paula sonrió. —Lo sé. Pero Alonso -¿qué le vamos a decir a Carla? ¿Le vas a decir a tus amigos?

—Sí —respondí. —Bueno, al menos a Leo y a los chicos de la estación de bomberos. Oye, deberías venir en algún momento.

Paula se mordió el labio y me miró nerviosa. —No lo sé —respondió. —Tal vez no les caiga bien.

—¿Y por qué no?

Paula suspiró exasperada. —Porque soy gorda, Alonso —dijo en un tono sombrío. —Y sin importar cuanto lo intente, no puedo arreglar eso.

—¿y?, ¿A quién le importa?

Paula me miró con severidad. —A mucha gente le importa y lo sabes. Simplemente no quiero avergonzarte, eso es todo.

—Detente ahí. Si alguien tiene un problema con eso, que se joda. Ahora

eres mía y eso es lo que me importa. A mí es a quien le tienes que gustar y tú me encantas. Eres linda y no tienes idea, porque te miras al espejo y te comparas con otras chicas. Pero la belleza es relativa. Y tú, Paula, para mí eres hermosa. Te veo y me gustan las muecas que haces cuando sientes vergüenza, me gusta cuando gimes sin importarte que alguien pueda escucharte, me gusta que no finges ser ni saber algo y me gustan todas tus curvas exuberantes de las que puedo disfrutar. No digas eso más. ¿Me escuchaste?. Si algo de ti no me llegara a gustar, sería algo de tu personalidad o algo así. Por que si es por tu cuerpo, a mí me encanta. Todo en ti esta bien.

Ella me observó decir cada palabra. Yo mismo estaba sorprendido de decir todo eso. Asintió y me regalo una pequeña sonrisa cuando comprendió que en verdad hablaba en serio.

—No puedo creerlo —dijo—. Nunca... nunca pensé que eso era lo que querías decirme—. Tragó con fuerza. —Yo realmente quería decirte cómo me siento, pero tenía miedo. Perdón por ser tan cobarde. Por eso te estaba ignorando.

—Está bien—. Me acerqué y la abracé. Mi pene no dejaba de palpar, pero tenía que estar en el trabajo en media hora, y no quería un rapidito cuando sé que podría follarme a Paula toda la noche tan pronto como estuviera libre de nuevo.

—Carla salió a correr —dijo de repente .

—Sí—. Me levanté y me estiré. —Quizás debería irme. Tengo que estar en la estación de bomberos pronto. Te enviaré un mensaje, ¿de acuerdo?

Ella dejó escapar una gran sonrisa. —Gracias —respondió. —Eso me gustaría.

Sonreí. Siempre me ha gustado su transformación - mansa y tranquila antes del sexo, y luego vivaz tan pronto como llega al orgasmo. Esta debería ser una relación divertida, pensé mientras tomaba mis llaves, billetera y teléfono.

—Te veo pronto —dije inclinándome y dándole un beso en los labios. — Pórtate bien.

—Siempre intento portarme bien —dijo suavemente.

—Lo sé. Pero a veces me gusta cuando te portas mal.

Paula se mordió el labio y asintió. —Chao, diviértete en el trabajo.

—Lo intentaré—. Me incliné y la besé una vez más, inhalando el olor de su vagina remanente en su rostro. —Que tengas un buen día, cariño.

Salí tranquilamente del apartamento y subí al Mustang. Mientras conducía por la calle previa a la estación de bomberos, me di cuenta que me siento más

feliz y liviano de lo que me había sentido en años. Finalmente lo he logrado - tuve una conversación madura con la mujer que estoy empezando a querer. *¿Es así como la gente normal actúa?* Me pregunté.

Me siento emocionado y al mismo tiempo un poco nervioso al momento de estacionar mi auto frente a la estación. Luego de entrar y tomar una ducha, caminé hasta la zona común y me dejé caer en una silla.

Leo sonrió cuando me vio. —¿Te sientes mejor, hermano?

—Sí —respondí. —Paula y yo estamos juntos. Le pedí que fuera mi novia.

—¿Qué? —La mandíbula de Leo casi cayó al piso. —¿Estás bromeando? ¿Es una especie de juego?

Entrecerré mis ojos y fruncí el ceño. —¿Por qué bromearía con eso? Me gusta mucho —dije—. Y es jodidamente buena en la cama, es increíble. Es como un sueño —dije—. No puedo creer que era virgen antes de dormir conmigo por primera vez.

—Amigo —dijo Leo. —Es una ballena. No puedes salir con alguien así—. Sacudió su cabeza. —Necesitas a alguien ardiente, como Amanda Alves.

—Amanda es una perra tonta. Follé con ella un par de veces el año pasado. Ni siquiera sabe dónde queda Europa.

—¿Y? Me gustan las chicas tontas. No hacen demasiadas preguntas.

Me encogí de hombros. —Me gusta. Y no es una broma. Me gusta pasar tiempo con ella. Es muy dulce.

Sacudió su cabeza y se rio. —Pensé que estabas pasando por un algún tipo de etapa. No lo entiendo - ¿porque ella? ¿Por qué no alguien más?

—Porque nunca he sentido nada por alguien como lo siento por ella —dije molesto. —Y me gustaría pensar que entiendes eso. Eres mi mejor amigo —añadí. —¿Por qué te importa tanto si salgo con Paula?

—Amigo, cálmate —dijo sonriendo. —Solo me preocupo por ti, eso es todo.

—¿Preocuparte por mí? ¿Qué demonios significa eso?

—Me preocupa que esa chica te aplaste hasta matarte —dijo riéndose con tanta fuerza que se cayó de su silla. —Es un peligro real, sabes, ser aplastado por una chica gorda.

—Imbécil, púdrete —dije—. Cuando traiga a Paula para que conozca a los chicos espero que seas amable con ella.

Leo me miró con la boca abierta. —¿De verdad la traerás aquí? ¿Qué demonios sucede contigo? Te das cuenta que todos los demás van a actuar exactamente como lo estoy haciendo yo, ¿cierto?

—Entonces son todos unos idiotas —dije molesto. —Y todos pueden joderse—. Metiendo las manos en mis bolsillos, me dirigí a la cocina.

Me estoy empezando a dar cuenta que estar con Paula será mucho más complicado de lo que había pensado.

Yo una vez fui como estos tipos, pero ahora no lo entiendo. ¿Cómo puedes ser tan idiotas?

No me importa. Siento que me estoy empezando a enamorar, y quiero estar con ella sin importar qué.

# Capítulo 21

## Paula

No me di cuenta en ese momento, pero me alegra que Alonso se haya ido antes de que llegara Carla. Ni siquiera se me había ocurrido en ese momento, pero ella pudo haber entrado justo en medio del sexo oral. Temblé y me puse de nuevo mis shorts. Mi vagina aún tenía esa sensación resbaladiza y húmeda que queda luego del sexo.

Eso me hizo sentir como una mujer de verdad. Pero no tanto como saber que ahora puedo decir que Alonso es mi novio. Finalmente hablamos y fue mucho mejor de lo que esperaba. Nunca, ni en un millón de años, me habría imaginado que un hombre como Alonso Ferro quisiera ser mi novio.

Es el mejor día de mi vida.

Carla llegó a casa media hora después de que Alonso se fue. Tomé una ducha y me acurruque en el sillón con un libro. Me siento muy culpable por haber estado descuidando mis estudios. Incluso Diego ha llamado un par de veces y he estado tan preocupada pensando en Alonso que lo he ignorado por completo.

—Hola —dijo Carla. Se veía sudada y tenía la cara roja. Se dejó caer al otro lado del sofá. —¿Cómo estás?

—Estoy bien —dije nerviosamente. No sé qué hacer - ¿debería decirle sobre la noticia de Alonso o dejar que se dé cuenta sola? Tengo el presentimiento que, si lo dejo así, se enojará mucho conmigo por no haberle dicho nada. *Pero también se molestará si le digo, pensé. ¡No es justo!*

—Oye, perdón por haber estado actuando de forma tan extraña —dijo suspirando. —He estado atravesando ciertas situaciones y la verdad no he querido molestarte. Sé que estás bastante distraída con mi hermano.

—Ya hablamos, de hecho —dije—. Um, todo está bien. Todo está mejor—. *Todo es fantástico y soy la mujer más feliz del mundo*, añadí en mi mente. ¡Solo deseo poder decirlo!

—Bueno, eso está bien —dijo lentamente. —¿Puedo hablar contigo?

—Sí, claro—. Cerré el libro y me enderecé. —¿Qué sucede?

—No es sobre Alonso, en caso de que eso te preocupe. No quiero asustarte ni nada de eso—. Suspiró. —Voy a buscar una copa de vino, ¿quieres algo?

—Cerveza, por favor —respondí.

Carla entró a la cocina y regresó con una copa de vino blanco y una cerveza. Me la entregó y bebimos en silencio por un momento. Luego se aclaró la garganta.

—Me di cuenta que he estado actuando muy grosera últimamente, creo que muchas cosas están saliendo a la superficie, sentimientos extraños que antes no solía tener —dijo bajando la voz a cada palabra. —Tal vez lo he estado ignorando por mucho tiempo porque siempre me preocupó algo más.

—Lo entiendo —dije lentamente. —Me he estado sintiendo de la misma manera. No sé si no te habías dado cuenta, pero he estado enamorada de Alonso por mucho tiempo. Lamento no haberte dicho. Solo... bueno, sé lo mucho que lo odias y no quería que terminaras odiándome a mí también.

Carla me miró fijamente por largo tiempo y entrecerró sus ojos. —Oh —dijo. Se mordió el labio y tomó un largo sorbo de vino, secándose la frente sudorosa con el dorso de la mano. —Ya veo.

De inmediato la culpa ardió como una quemadura. —Lo siento —dije—. Sé que debí decirte hace años—. Suspiré. —Pensé que nunca sucedería.

Carla se encogió de hombros. —Las cosas cambian —dijo suavemente. —Paula, necesito preguntarte algo, y lamento si es una pregunta extraña. No intento hacerte sentir incomoda.

—De acuerdo. Adelante. ¿Qué sucede?

—¿Siempre... siempre has sabido que eres heterosexual?

—¿Qué?. Um, ¿por qué? ¿Qué sucede?

—No lo sé —dijo sonrojándose intensamente. —Solo quería saberlo, eso es todo. A veces pienso en eso. Tal vez debí haber estudiado psicología en lugar de Humanidades.

Fruncí el ceño. —¿Entonces piensas que eres gay?

—No —respondió en seco. —No, no es eso en lo absoluto—. Suspiró y se estiró levantando los brazos. —Solo me lo preguntaba.

De repente recordé el libro oculto en medio de los otros dos que estaban en su buzón aquel día en el campus. Me pregunté si eso tenía algo que ver con su extraña pregunta - ¿acaso está atravesando una etapa o algo? Carla es heterosexual -¡por supuesto que lo es! Perdió su virginidad con un chico mucho antes que yo.

—¿Estás segura?. Es decir, ¿pasó algo?

Carla sacudió su cabeza y me miró por un largo tiempo. —No —dijo—. Lo siento si estoy actuando muy extraño—. Se levantó del sofá, balanceando

cuidadosamente su copa de vino. —Voy a tomar una ducha —añadió. —Y tu deberías estudiar un poco —y miró el libro que estaba en mi regazo.

—Sí —respondí. —Estoy realmente atrasada con mis trabajos.

Asintió. Abrió la boca como si fuese a hablar, luego la cerró y salió abruptamente de la habitación.

Fruncí el ceño. *¿Qué sucede con ella?*, me pregunté mientras la escuchaba entrar al baño y cerrar la puerta antes de abrir la llave del agua. *Está actuado muy extraño*

Bostecé. De repente me sentí lista para una siesta. Mirar mi libro de texto cerrado me hace sentir somnolienta. Resoplé - *Soy una terrible estudiante. Ir a la escuela de postgrado ha sido una idea terrible.*

Me dirigí hacia el pasillo y entré a mi habitación cerrando la puerta detrás de mí. Me eché en la cama, cerrando los ojos y acurrucándome entre las almohadas. Sentía como si me fuera a dormir en sólo unos segundos. Creo que todos estos días durmiendo mal estaban cerrando mis parpados.



Horas más tarde, me despertó el teléfono vibrando en el bolsillo de mis shorts. Bostecé y me froté los ojos con los puños cerrados. Cuando vi el nombre de Alonso en la pantalla del teléfono, sonreí.

—¿Hola?

—Hola, cariño —dijo Alonso. Su voz sonaba relajada, y pude notar que había estado bebiendo.

—Hola. ¿Qué sucede?

Alonso se rio. Donde sea que esté, hay mucho ruido en el fondo. —¡Estoy en la estación de bomberos! Estoy en el trabajo —dijo—. Acabamos de regresar de un gran incendio y estamos celebrando. Estaré aquí durante una o dos horas más.

—Oh —dije—. Eso es genial—. Es extraño -ahora que Alonso es mi novio, hablar con él se siente raro. *¿Esto es algo que hacen los novios? ¿Hablar incómodamente por teléfono?*

—Sí —respondió. —Aguarda un segundo, iré a la otra habitación.

Esperé obedientemente por unos segundos mientras Alonso se alejaba de la multitud. Cuando volvió a hablar, su voz ya sonaba a un nivel normal.

—Entonces —dije—. ¿Cómo estuvo el incendio?.

—Ya ha terminado, pero fue malo, cariño —dijo y suspiró. —Todo el mundo sobrevivió. Ese siempre es el punto, siempre y cuando eso pase, no me importa nada más.

—Tiene sentido —dije incómodamente.

—Entonces... —Me di cuenta por el sonido de su voz que estaba sonriendo.  
—¿Qué traes puesto?

Miré hacia abajo. —Solo mi camisa y mi ropa interior —dije—. ¿Por qué?

Se rio. —Paula, tiempo para una nueva lección —dijo. Bajó la voz hasta que se escuchaba como un susurro. —Te voy a enseñar cómo hablar sucio.

Me mordí el labio y me sonrojé. Me alegra que no esté aquí para verme.

—De acuerdo —susurré.

—Dime de nuevo lo que traes puesto y descríbete con mucho detalle. Dame una buena imagen mental.

—Estoy usando mi camisa blanca de algodón, es delgada y no estoy usando brasier porque me di una ducha para limpiar... —me detuve.

—¿Limpiar qué?

—Limpiar mis propios fluidos después que me hicieras sexo oral —susurré.

—Dios, Paula, escucharte hablar así es tan ardiente. Continua. Háblame de tu vagina. ¿Está mojada ahora?

—Sí —respondí. Sintiéndome sucia... pero también excitada.

—Mis bragas siguen húmedas por lo que hicimos temprano, y puedo sentir como mi clítoris y mis pezones se endurecen, rozando la tela de la camisa y llenándome de placer.

—¿Qué tan mojada estás?

—Muy mojada —susurré.

—Quiero que bajes una mano, te toques y me lo cuentes todo.

—Me siento rara haciendo eso. Yo... ¡no puedo decirlo!

—Paula, vas a tener que superar esa pena —dijo Alonso severamente. —  
¿Entiendes?

—Sí —dije suavemente.

Cerré los ojos y recorrí mi cuerpo con mis dedos. —Estoy pasando mis manos por mis senos, a través de mi camisa —comencé diciendo. —Mis dedos rozaron uno de mis pezones y el placer inundó mi cuerpo, haciéndome arquear la espalda y gemir. Estoy pellizcando uno de mis pezones y lo estoy girando entre mis dedos como lo haces tú. Se siente increíble —y gemí.

—Parece que te estás divirtiendo mucho —dijo Alonso. —Cuéntame, Paula. Dime cómo se siente.

—Estoy jugando con mis pezones y pellizcándolos suavemente. Y se siente increíble, Alonso. Se siente como si estuvieses aquí y me estuvieses tocando.

—Quiero ver cómo te tocas. Pero haremos eso más tarde. Por ahora, estás aprendiendo a hablar sucio como una zorra profesional.

Me mordí el labio, pero no dejé de jugar con mis pezones. Me impresionó lo bien que se siente. Me estremecí y gemí mientras seguía pellizcando. Mi vagina está más mojada y el roce de mi entrepierna con mi clítoris me está volviendo loca.

—Me estoy mojando mucho —dije retorciéndome, desesperada por más.

—Bien. Quiero que muevas tu mano por tu barriga muy lentamente, y te provoques suavemente haciéndote cosquillas en la entrepierna por encima de tus bragas. ¿Entiendes? Aun no te las vas a quitar.

—Sí —susurré.

A regañadientes, aparté mis dedos de mis pezones y los deslicé por mi vientre hasta llegar a mi entrepierna. Mi primer instinto fue meter mi mano dentro de mis bragas y jugar un poco, pero no quiero desobedecer a Alonso. En cambio, abrí las piernas lo más que pude y me acaricié suavemente, sintiendo los pequeños vellos púbicos que sobresalían de la tela ya húmeda. El aroma almizclado de mis fluidos inundó la habitación e inhalé profundamente. Es el olor del sexo, pensé cerrando mis ojos mientras sensaciones deliciosas recorrían mi cuerpo.

—Esto se siente tan bien y huele a sexo —dije—. Estoy acariciándome a través de mis pantis mojadas, y la tela se adhiere a mi cuerpo. Realmente me quiero tocar el clítoris, Alonso. Por favor déjame tocarlo —supliqué. —Por favor.

—Todavía no —ordenó en voz baja. —Sigue acariciándote. Mueve tus caderas y frota tu entrepierna contra tus dedos como si yo estuviera ahí haciéndolo.

Me mordí el labio y gemí, haciendo exactamente lo que pedía. Pude sentir como la sangre corría por mis venas, llenandome de excitación mientras me auto complacía. Pronto estaba moviendo mis caderas contra mis dedos, desesperada por más.

—Se siente muy bien —gemí retorciéndome en la cama. —Se siente increíble, Alonso. Oh, sí.

—Buena chica. Ahora quiero que te quites las bragas y abras las piernas. No te vayas a tocar. Deja que tu vagina mojada sienta el aire frío de la habitación. Quiero que sientas una sensación de hormigueo en tu clítoris.

Me quité las bragas, las eché a un lado y abrí las piernas. Tal como Alonso dijo, el aire frío se sentía increíble en mi vagina.

—Ahora quiero que te toques. Muy lentamente. Solo acaríciate suavemente, toca tu clítoris, pero no pongas ningún dedo dentro de ti.

Ansiosa, hice lo que me dijo. Tan pronto como mi dedo tocó mi clítoris mojado, me estremecí y gemí ruidosamente.

—Me estoy tocando como me lo pides —dije jadeando mientras las sensaciones placenteras inundaban mi cuerpo. —Y se siente tan bien. Desearía que estuvieses aquí, arrodillado entre mis piernas, lamiéndome.

—Yo también quisiera eso, cariño. Ahora quiero que deslices solo un dedo dentro de ti con la otra mano. No dejes de tocarte el clítoris. Mueve tus dedos en círculos alrededor de él y no pares, incluso si una cosa se siente mejor que la otra.

Gemí de frustración y placer mientras deslizaba un dedo dentro de mi vagina. Me siento tan estrecha y mojada que humedecí la cama. Puse el teléfono en mi hombro y arqueé mi espalda.

—Esto se siente muy bien, mis líquidos llegan a la cama. Estoy tan apretada —gemí apretando los dientes y acariciando mi clítoris en círculos. Está tan duro que se siente como una pequeña piedra en mi entrepierna.

—Buena chica. Ahora saca tu dedo mojado de tu vagina y tócate el trasero. Ligeramente, no metas el dedo dentro.

Me sonrojé, pero hice lo que me pidió. Una vez más, me sorprendió lo delicioso de la sensación. Froté la yema húmeda de mi dedo contra mi ano y sentí como la piel se frunce y contrae con mi tacto. Combinado con la estimulación suave de mi clítoris, se siente muy bien.

—Me estoy tocando ahora —gemí. —Puedo sentir como se va abriendo, solo porque quiere sentir mi dedo dentro. Dios, ¡esto se siente increíble!

—Bien. Ahora acaricia tu clítoris más rápido. Quiero que acabes para mí. Y justo antes de que acabes, quiero que metas la punta de tu dedo dentro de tu trasero y sientas como te contraes por mí, Paula.

—Sí —gemí. —¡Dios! —Acaricié mi clítoris cada vez más rápido, gemí y grité cuando un poderoso orgasmo se apoderó de mi cuerpo. Deslicé la punta de mi dedo dentro de mi trasero y jadeé cuando sentí que la piel palpitaba y se contraía mucho más que mi vagina. Fue celestial y sucio a la vez —Un orgasmo totalmente diferente y delicioso. *Cada orgasmo es mejor que el anterior*, pensé.

—¡Estoy acabando! —Gemí. —Dios, Alonso, ¡Estoy acabando por ti! —Me

estremecí y temblé cuando el placer me superó, llevándome hasta el límite de no poder respirar. Cuando terminé aparté mis manos.

—Buena chica, lo hiciste muy bien. Estoy muy orgulloso de ti. Lámete los dedos hasta limpiártelos y ponte de nuevo tus bragas. Quiero que recuerdes lo mojada que has estado durante todo el día.

Temblorosa, hice lo que dijo Alonso. Mientras escuchaba por el teléfono.

—Buena chica —repitió. Se aclaró la garganta. —Ahora que ha terminado esta pequeña lección, tengo que volver al trabajo—. Sentí ese tono diabólico en su voz y me sonrojé. —Hablamos luego, Paula.

—De acuerdo —dije suspirando y cerrando mis ojos, dejando que mi cabeza cayera suavemente sobre la almohada.

—Te extraño —dijo Alonso.

—Yo también te extraño —dije suavemente. —De verdad.

—Lo sé. Te veo pronto.

Cuando colgamos, suspiré de felicidad. No tengo idea como logré encontrar el novio perfecto, pero lo hice.

## Capítulo 22

Alonso

Mientras más trabajo en educar a Paula, más siento que me enamoro de ella. Es la chica perfecta para mí - dulce, obediente, y siempre caliente. Cuando empecé a follar con Paula, me preguntaba por qué no había conseguido estar con alguien más antes de mí.

Pero ahora que hemos estado durmiendo juntos por unas cuantas semanas, me siento afortunado y privilegiado de haber tomado su virginidad. Quiero darle todo a Paula -todo lo que quiera, cualquier cosa con la que sueñe. Lamento el hecho de no ganar más dinero con mi trabajo. Si fuese rico podría tratarla como una princesa y malcriarla, darle cada capricho y todo lo que alguna vez haya querido. No sé mucho sobre su niñez, pero supongo que no fue muy feliz. Pero cuando Paula y yo decidimos estar juntos, juré que la compensaría. La quiero hacer sentir la chica más feliz del mundo.



Esa noche, tan pronto como salí de la estación bomberos, fui directo al apartamento de las chicas. Carla no estaba, Paula me saludó con una sonrisa tímida y dijo que estaba en el campus estudiando para un examen.

—Hola—dijo sonrojándose notoriamente. Sonreí. Seguí pensando en cómo había estado gimiendo en mi oído hace solos unas horas. Cuando estaba en el trabajo, las llamadas eróticas eran nuestra forma de estar en contacto. Y hoy había sido ella quien me llamo contándome todo lo sucio y obsceno que se estaba haciendo. Eso me volvió loco -nunca había estado con una chica tan ansiosa por complacerme y saber que disfrutaba tanto como yo todo.

—Hola—. Sonreí y me incliné para besarla. Paula echó sus brazos alrededor de mi cuello y se apretó contra mi cuerpo mientras deslizaba mi lengua dentro de su boca, chupando suavemente su labio inferior. Gimió suavemente. Su cuerpo entero se estremeció y presionó sus tetas contra mí.

Sus ganas eran evidentes -me desea tanto como yo la deseo a ella- si no

más.

—¿Cómo estuvo el trabajo? —preguntó Paula tímidamente

—Estuvo bien, ¿Y tu cómo estás?

Paula frunció el ceño. Se alejó de mí y caminó a la cocina, donde se sirvió un vaso de agua.

—Oye, Alonso, ¿quieres algo?

—Sí, una cerveza —dije bostezando. —Estoy exhausto. Siento que podría dormir por días.

Cuando Paula regresó me pasó la cerveza y se llevó el vaso de agua a la boca.

—¿Quieres tomar una siesta?

—Sí, definitivamente. Pero primero, ven aquí—. Me senté y le di una palmada al asiento vacío a mi lado. —Hazme compañía. Solo por un rato.

Paula se sentó junto a mí y se acurrucó, entrelazando su brazo con el mío y apoyando su cabeza en mi hombro. Su aroma dulce y almizclado me cubrió por completo y cerré los ojos, inhalando profundamente, agradecido de estar junto a ella.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar? —Preguntó Paula suavemente mirándome con sus grandes ojos marrones. —¿Está todo bien?

Alcancé su mano y entrelacé mis dedos con los de ella. —Todo está bien —dije—. Creo que me estoy enamorando de ti.

Paula abrió sus ojos como platos. —¿De verdad?

—Sí. De hecho, no lo creo. Lo sé.

Se sonrojó y suspiró feliz, cerrando sus ojos. —Yo también me estoy enamorando de ti —dijo en voz baja. —Y lo he sabido por mucho tiempo.

Sonreí y le di un beso en su cálida frente. Paula suspiró de nuevo e inclinó su rostro hacia arriba, presionando sus labios con los míos. Su boca se sentía fría por el agua, y deslicé mi lengua dentro, tomando su rostro en mis manos. Paula gimió suavemente, acercándose más y presionando su rostro con el mío. Puso sus manos en mis mejillas y suspiró en mi boca mientras nuestras lenguas se tocaban y entrelazaban.

—Mmmm —ronroneó. —Te quiero ya mismo, Alonso.

Deslicé mi mano en su camisa y tomé uno de sus pechos, pasando mi dedo sobre su pezón. Justo cuando estaba a punto de mover mi mano a sus jeans, la puerta principal se abrió y se cerró de golpe.

Paula se apartó de mí como un gato aterrorizado. Se sonrojó y temblaba mientras se ajustaba la ropa.

Carla estaba parada en la entrada luciendo confundida y miserable.

—Hola, hermanita —dije guiñándole un ojo. —¿Qué tal todo?

Carla frunció el ceño.

—Hola —dijo Paula. —¿Está todo bien? ¿No estabas en el campus?

Carla no respondió. Su mirada se paseaba de Paula a mí, sacudiendo su cabeza.

—No lo puedo creer —dijo suavemente. —Ustedes dos. ¿De verdad?

—Te lo dije —dijo Paula con su barbilla temblando mientras hablaba. — Las cosas están bien entre nosotros.

Me volteé para ver a Carla. —Paula y yo estamos juntos —dije—. Estamos enamorados.

—Tú, enamorado —susurró. —No lo creo ni por un segundo.

—Es verdad —dije. Miré a Paula de forma alentadora.

—Sí —repitió Paula. —Estamos enamorados, Carla.

—Como sea —respondió. —A mí no vengas a llorar cuando te rompa el corazón, Paula.

—Oh jódete —dije—. Has sido una maldita perra toda tu vida, Carla. No sé por qué esta vez sería diferente.

Ella inhaló bruscamente. Por un momento pensé que iba a decir algo. Luego tragó con fuerza, tomó sus bolsos y se fue.

—Demonios —dije sacudiendo la cabeza. —No puedo creer que esté actuando así.

Paula suspiró. —Alonso, eso no es todo —dijo suavemente. —Carla y yo tuvimos una conversación extraña el otro día. Me preguntó si siempre he sabido que soy heterosexual. Creo que estaba intentando salir del closet.

Mi estómago se retorció por sus palabras. De nuevo, la imagen de mi hermana bailando y besando a otra chica apareció en mi mente.

—Paula, hay algo que debo decirte —dije lentamente. —El otro día andaba por ahí y vi a Carla entrando a un club.

—¿Carla fue a un club?—se rio. —¡Esa es buena!

—No, estoy hablando en serio —dije y suspiré. —Me dio curiosidad, así que me estacioné y la seguí. Era un club gay, y estaba bailando con otra chica que se parecía mucho a ti. Y también se estaban besando. Suena raro, pero creo que quizás está enamorada de ti y está celosa de mí o algo por el estilo.

La cara de Paula adquirió distintas expresiones. Primero parecía que iba a estallar en risas de nuevo. Luego su frente se arrugó de preocupación y apoyó una mano en el sofá.

—Oh por Dios —dijo—. Eso es... es una locura, Alonso. No puedo creerlo —sacudió su cabeza. —No hay manera de que sienta algo por mí. Hemos sido mejores amigas por años. Y normalmente yo no te contaría sus secretos. Pero sé que una vez se acostó con alguien -un hombre- cuando estábamos en la universidad. Más de una vez, incluso.

Estallé en risas. —Wow, bien por ella, pero nunca ha tenido novio, ¿o sí?

Paula sacudió la cabeza y se sonrojó mucho más. —Y Alonso... lo siento, sé que esto es extraño, pero siento que debí haberlo sabido cuando me contó que el sexo no había sido tan bueno. Dijo que fue realmente decepcionante. Se lo atribuí al hecho de que se había acostado con un chico de la universidad que ni siquiera era bueno en la cama, pero wow, ahora todo tiene mucho más sentido.

La idea de mi hermana con un chico de la universidad es casi tan graciosa como la idea de ella bailando en un club gay.

—Mierda —susurré. —Esto es una locura.

Paula asintió. —Ni que lo digas. Me siento muy aturdida. Quizás deba respirar calmadamente. Hace mucho tiempo que está rara pero todo comenzó cuando lo nuestro empezó. De ahí nuestra amistad se ha vuelto extraña y distante. Debo recostarme.

—No —respondí. —Deberías venir conmigo, Paula. No lo sé -quizás debas quedarte conmigo por un tiempo, hasta que todo esto se calme. Tengo el presentimiento de que Carla no se sentirá muy emocionada con todo lo que está sucediendo, y no quiero que te estrese. Ella aun sabiendo que estábamos juntos no quiere aceptarlo, eso no esta bien.

Ella suspiró. —Alonso, soy una adulta. Puedo encargarme de mis problemas, ¿de acuerdo?

—Oye, solo intento ser un novio preocupado, pero si tú lo dices. Mira, deberías al menos salir por algunas horas. ¿Y si te llevo a la estación de bomberos para que conozcas a los muchachos? Creo que les encantará conocer a la mujer que se robó mi corazón.

Paula se sonrojó y sonrió. —De acuerdo —dijo—. Siempre y cuando sean amables conmigo.

—¿Por qué no serían amables?

Paula se encogió de hombros. —No lo sé —respondió nerviosa. —Solo soy tímida, Alonso. Lo sabes.

—Lo sé, pero prometo que todo estará bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, dame unos minutos para cambiarme—. Sonrió nerviosamente y caminó por el pasillo hasta su habitación. Luego de un par de segundos la

seguí caminando lentamente por la alfombra para que no me escuchara. Paula había dejado su puerta parcialmente abierta y eché un vistazo, viendo cómo se agitaban sus curvas cuando se quitaba la camisa. Desnuda es hermosa. Mi pene se puso rígido y palpité de deseo cuando se quitó sus shorts, revelando su gran trasero. *Quiero ese trasero*, pensé, lamiéndome los labios. Imagino tenerla inmovilizada, provocándola hasta llevarla al borde de la locura para luego deslizar mi pene en ese pequeño agujero, follándola por el trasero hasta que esté gritando mi nombre.

*Pronto... pensé.*

Paula se giró y jadeó. —¡Alonso! ¡Me estás espiando!

Sonreí. —Solo estoy sacando algunas ideas para tu próxima lección —dije sonriendo. —Y créeme, será la mejor hasta ahora.

—Siempre dices eso —susurró, aun desnuda. Y sonreí cuando vi sus pezones endurecerse como dos piedritas rosadas.

—Y siempre tengo razón —dije, inclinándome en el marco de la puerta. —Debería follarte ahora, solo para que te relajés un poco antes de irnos.

Paula se mordió el labio y entro en la tina para darse una ducha. Casi pude oler el dulce aroma de su vagina desde donde estaba parado, y mi lujuria empezó a crecer. Pero por mucho que la quiera, también quiero hacerla esperar. Quiero que se muera por que la toque. Quiero que esté desesperadamente excitada y caliente.

—Saldremos un rato —dije acomodando mi pene con mi mano. —Y más tarde tendrás tu lección. Si te portas bien.

Cuando sentí que el agua dejó de correr, la vi salir envuelta en una toalla y caminó hasta su closet, sacó un vestido de verano que no había visto antes. Se lo puso lentamente, aun sin brasier ni braga. El material largo la hizo ver como una diosa. *Es mía - pensé - toda mía.*

Cuando terminó de arreglarse, tomó sus cosas y nos subimos a mi Mustang. Puse mi mano en su muslo y apreté con fuerza mientras conducía hacia la estación de bomberos. Los chicos estaban llegando para su turno nocturno y me tomó un poco de tiempo encontrar un lugar para estacionar.

—¿Estás seguro que esto está bien? —Preguntó antes de salir del auto y luego se ajustó su vestido nerviosamente.

Sonreí. —Cariño, está más que bien. Quiero que conozcas a estos chicos. Paso mucho tiempo aquí, somos casi familia. Son mis mejores amigos.

Paula asintió fingiendo una sonrisa. Tomé su mano apretándola un poco de manera tranquilizadora. No se lo diría a Paula, pero parte de la razón por la

cual la he traído conmigo es para hacer una prueba de fuego. Si los chicos con los que trabajo se comportan como idiotas y la tratan como una mierda, entonces sabré que no quiero estar cerca de ellos. Sin embargo, en el fondo, esperaba no estar exponiéndola a algo malo.

—Vamos —dije, llevándola a la entrada. —Te van a amar, lo juro. Y si no lo hacen, será porque son unos idiotas y ya no querré ser amigo de ellos.

Paula inclinó su cabeza hacia un lado y sonrió. —¿De verdad? ¿Hablas en serio?

—Por supuesto que sí —dije. Me incliné y la besé. —Paula eres más importante para mí que mis compañeros de trabajo, incluso si son como mi familia. No quiero ser amigo de alguien que no te acepte. Eres mi chica y si no te respetan, no me respetan.

La sonrisa de Paula creció y se relajó un poco, cerró sus ojos y recostó su cabeza en mi hombro. —Te quiero, Alonso —dijo suavemente. —No puedo creer que estés conmigo. Soy muy afortunada.

Puse un brazo alrededor de sus hombros y apreté un poco antes de inclinarme para darle un beso en la frente. —Yo también te quiero. Vamos. Vamos a conocer a los chicos.

## Capítulo 23

### Paula

Mientras sigo a Alonso por los escalones de la estación de bomberos, me siento increíblemente nerviosa. Apenas puedo evitar temblar mientras subo paso a paso, quedándome sin aliento poco a poco.

—No estoy muy segura de esto —susurré mientras me sostenía de la barandilla con una mano sudorosa. —Me siento muy extraña.

—Paula, relájate. Juro que todo el mundo será amable. Y si no lo son que se jodan. Ya he dejado claro que eres más que importante.

Traté de internalizar sus palabras, pero de alguna manera solo me hicieron sentir más inquieta. Si los amigos de Alonso son unos idiotas, no quiero ser responsable por acabar con la relación de amistad. Alonso ha sido amigo de estos chicos por años -*¿Dejaría de hablarles solo por hacer un par de bromas sobre mí?*

*Deja de sacar tus propias conclusiones*, me regañé a mí misma.

Llegamos al final de las escaleras y me hizo un gesto para que lo siguiera. Respirando profundo, puse una sonrisa en mi rostro y lo seguí a la sala principal. Olía como al vestuario de chicos y sonreí de verdad cuando vi las decoraciones - espejos con pegatinas de cervezas, páginas de la revista Playboy y fotos de muscle cars. *Son como un montón de chicos de secundaria*, pensé. Quizás esto no sea tan malo después de todo.

—Hola chicos —gritó Alonso. —Esta es mi novia, Paula Rizzo.

La habitación estaba llena de hombres y cuando escucharon la voz de Alonso dejaron de hablar y se voltearon para vernos. La mayoría sonrió -o al menos lo intentaron- pero algunos de ellos se rieron.

—Chicos, estoy hablando en serio —dijo Alonso. —Sean amables.

—Hola —dije tímidamente. —Es un placer conocerlos a todos.

Al único que reconocí fue a Leo cuando saltó de una silla y se enderezó, sonriéndome.

—Hola, Paula —dijo—. Que gusto verte de nuevo.

Le sonreí. —Encanta de verte también —dije—. Esto es lindo, me gusta.

Leo se rio. —Es una mierda, pero es nuestro hogar, ¿sabes?

Miré alrededor. Muchos toques masculinos -muebles de cuero y controles

remotos con formas de mujer y anuncios de neón- podría decir que muy pocas chicas han pasado por aquí.

—Es agradable —dije—. Me alegra ver que Alonso puede relajarse cómodamente cuando está de guardia.

Otro chico caminó hacia nosotros. Tenía cabello castaño y dientes tan perfectamente blancos que me recordó a un tiburón.

—Un gusto conocerte —dijo, haciéndome un saludo con la cabeza. — Alonso, no sabía que tenías una chica.

—Es reciente. No seas un idiota Tom.

Tomás sonrió. Extendió su mano, y luego de un momento de vacilación, puse la mía contra la suya. Para mi sorpresa, se llevó mi mano a su boca y la besó.

—No hagas eso —dijo Alonso. —Para que todos lo sepan, Paula me masturbó antes de venir aquí.

Tomás rio a carcajadas. —Eso no me sorprendería —dijo—. Bueno, Paula. Eres bienvenida aquí cuando quieras.

Alonso asintió. Parecía complacido.

Me estoy comenzando a relajar. Quizás esto no sea tan malo, pensé, mirando a mí alrededor una vez más. Tal vez sus amigos son realmente buenas personas.

—Oye, Paula —dijo Leo. Se inclinó hacia adelante. —¿Cómo está Carla?

Alonso y yo intercambiamos miradas nerviosas. —Está bien —dije mientras hacía un esfuerzo por disimular mi nerviosismo, —¿Por qué?

Él sonrió. —¿Sabías que tiene fantasías sexuales contigo, cierto?

Mi mandíbula casi cayó al piso y sentía como mis mejillas ardían. —¿Qué? Estás bromeando ¡Eso no puede ser verdad!

Alonso parecía molesto, pero Leo siguió hablando: —Oh, sí. Quiere lamerte la vagina. Me lo dijo en el restaurante cuando intenté acercarme a ella.

—Amigo, cállate —dijo Alonso. —Paula no necesita saber eso.

La sangre se empezó a acumular en mi cabeza e intenté buscar algo para apoyarme. —Yo... no sé qué decir —dije, frotándome los ojos. —Esto es muy extraño.

Leo levantó una ceja. —Oh sí, Paula, te ha tenido ganas durante años.

Parpadeé. Se me revolvió el estómago y sentí como mi corazón latía lentamente en mi pecho.

Leo miró hacia mi entrepierna. —Es una lástima que seas heterosexual —dijo sonriendo. —Porque pagaría por ver eso.

Mis ojos se pusieron en blanco y me desmayé cayendo al piso.



Cuando volví en sí, parpadeé y miré a mí alrededor. —¿Dónde estoy? — Susurré. —¿Qué pasó?

—Oh, bien, estás despierta —dijo Alonso. Se acercó y puso su mano en mi frente. —Paula, estaba realmente preocupado por ti. Te desmayaste en la estación por varios minutos.

—¿Dónde estoy? —Pregunté mal humorada. —¿Qué sucede?

—Te traje a casa, ¿No lo recuerdas? —dijo Alonso suavemente. —Estás en tu cama.

Me senté y miré a mi alrededor, casi entrando en pánico antes de darme cuenta que tenía razón.

—Oh, Dios —dije, cubriendo mi rostro con mis dos manos. —Realmente lo arruiné, ¿cierto? Seguro me avergoncé a mí misma.

—No —dijo Alonso firmemente. —No hiciste nada malo, Paula. Leo nunca debió decirte esas cosas. Ni siquiera sé si es verdad, pero no te preocupes por eso, ¿de acuerdo?

Temblé. —Me hace sentir extraña —dije—. No puedo... no quiero creerlo —añadí con firmeza. —¿Cómo se supone que deba actuar con ella ahora?

Alonso se encogió de hombros. —No lo sé. Yo probablemente no lo mencionaría. Pero eso explica muchas cosas. Obviamente está celosa —dijo—. Y probablemente no se imaginó que tú y yo terminaríamos juntos, y quizás tampoco pensó que podrías conseguir novio.

—Sí —respondí. No me gusta admitirlo, pero Alonso tiene razón. Todo tenía mas sentido si lo miraba desde ese punto. Lo cual no me dejaba en una mejor posición. No me importaba que mi mejor amiga fuera lesbiana, pero sí, qué estuviera obsesionada conmigo.

—¿Te sientes mejor? Tengo que regresar a la estación de bomberos, pero no quiero irme sin saber que estás bien.

—Estaré bien —dije—. Gracias de todas maneras.

Alonso asintió. Sonrió y me besó. —Te quiero. Llámame si sucede algo, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

Me besó una vez más y se fue. Me acosté en la cama y escuché el sonido de sus pasos mientras abandonaba el apartamento. Tan pronto como se fue, lo empecé a extrañar. *Quiero que regrese, quiero abrazarlo y nunca dejarlo ir.*

*Detente, Paula, me dije a mi misma. Te estás fascinando con él y eso no es algo bueno. No puedes ser tan dependiente, lo espantarás por completo.*

Con un suspiro, me acomodé mejor en las almohadas y cerré los ojos. Estaba exhausta y honestamente no tenía ganas de salir a la sala de estar y encontrarme con Carla en caso de que estuviera en casa. ¡No tengo idea de cómo voy a enfrentarla! ¿Se supone que solo debo decirle que escupa la verdad? ¿O qué?

Bostecé me acurruqué más entre las sábanas. *Dormiré un rato, pensé. Y cuando despierte tal vez tenga una mejor idea de qué hacer.*

Horas después, desperté. Me senté en la cama y me froté los ojos, bostezando. Me sentía aturdida y deshidratada. Afuera estaba oscuro -mi teléfono indicaba que eran pasadas las nueve y media. Ya el turno de Alonso debe estar muy avanzado.

Decidí levantarme y hacerme algo para cenar. Me puse mi bata sobre mi ropa, me hice un pequeño moño descuidado y salí a la cocina. Para mi sorpresa, Carla estaba sentada en la mesa con un plato de pasta.

—Hola, Paula ¿Cómo estás?.

Me senté. —No muy bien —dije—. Necesito hablar contigo.

—Oh, lo siento —dijo—. ¿Las cosas con Alonso no van bien?

Fruncí el ceño -casi parecía feliz preguntando eso.

—No, están bien. Me llevó a la estación de bomberos para conocer a los chicos.

—¿Fueron amables?

Me encogí de hombros. —Sí —respondí. —Estuvo bien. Pero eso no es de lo que quiero hablar.

—¿Oh, quieres un poco de pasta? Hice un montón, todavía está en la cocina.

Suspiré. —Carla, esto es en serio. Por favor no te desvíes del tema.

Me miró fijo sin expresión alguna.

—¿Sientes algo por mí? —Le pregunté suavemente, intentando mantener mi voz baja para no sonar acusatoria. —Por favor sé honesta.

Carla estalló en risas. —¡Paula, no! ¿Quién puso esa idea en tu cabeza? ¿Alonso? Lo mataré —susurró.

—No —respondí con voz temblorosa. —No fue Alonso, aunque si me dijo que te vio entrar a un club gay. Te siguió y te vio bailando y besándote con una mujer. Una mujer que... —me detuve nerviosa. —Una mujer que se parecía a mí.

Carla se veía como si le hubiese dado una bofetada.

—Leo me lo dijo. Y Carla, está bien, de verdad. Solo quería decir que lo siento. Nunca me di cuenta. Nunca vi las señales. Y... soy heterosexual —dije suavemente. —Pero no me molesta que seas gay.

El rostro de Carla cambió de blanco pálido a rojo carmesí. —Paula —dijo lentamente, sacudiendo la cabeza. —Eso es una locura.

—¿Lo es? Has estado actuado como una bruja celosa desde que me estoy acostando con tu hermano y empiezo a preguntarme si sugeriste que me acostara con él porque pensabas que nunca pasaría.

La expresión de Carla cambió. —Yo... —se detuvo y se cubrió el rostro con las manos, rompiendo en llanto. —Paula, lo siento —dijo—. Realmente lo siento. Nunca quise que te enteraras.

Me sentí incomoda, parada ahí viendo su plato de pasta. —Está bien. Todo estará bien —dije.

Carla lloraba cada vez más fuerte, hasta que sus hombros temblaron y el espacio se llenó del sonido de los mocos en su nariz. Tosió, se ahogó y se quedó sin aliento, sollozando como si le hubiesen dado la peor noticia de su vida. Me sentí culpable y triste quedándome ahí, viéndola llorar.

—Está bien —repetí. —Ven aquí—. Me puse de pie y extendí mis brazos. Carla dudó por un segundo, pero luego se levantó y vino a mi abrazo. Envolví mis brazos alrededor de ella y la abracé con fuerza. Carla se aferró a mí. Enterró su cara en mi cuello y sentí la humedad de sus mocos empapando la tela de mi bata.

—Todo estará bien —dije de nuevo mientras frotaba su espalda. Se apartó un poco y me miró profundamente a los ojos, suspirando. Justo cuando estaba a punto de alejarme, Carla cerró sus ojos y presionó sus labios contra los míos.

Por un momento, estuve demasiado sorprendida para moverme. Luego la aparté y la miré, sintiéndome vulnerada y horrorizada.

—Oh por Dios, Carla, no. Te lo dije, siempre seré tu mejor amiga. ¡Pero no tengo sentimientos por ti de esa manera!

—Paula, vamos, me quieres y lo sabes —dijo ella, caminando hacia mí. — Sé que solo estabas usando a Alonso para hacerme sentir celosa. Está bien, me lo puedes decir—. Intentó acercarse más a mí y a cada paso me aparté del camino derribando una silla de la cocina y dando un salto cuando cayó al piso.

—Carla, ¡no! —dije.

Se acercó otra vez y me aparté. —Ya detente —dije—. ¡No me gustas de esa forma!

—Paula, deja de mentirte a ti misma, somos perfectas juntas y lo sabes. A nadie le importamos, somos un par de perdedoras. Podríamos ser felices juntas —sus palabras brotaban como creyendo fielmente en ellas y sus ojos brillaban de desesperación.

El horror inundó mi cuerpo mientras la empujaba y salía corriendo por el pasillo. Carla me estaba pisando los talones, pero logré llegar y cerrar la puerta con llave. Golpeó la puerta.

—Paula, ¡déjame entrar! —gritó. —Por favor, juro que no intentaré besarte de nuevo. ¡Podemos solo hablar o acurrucarnos o algo así! ¡Podemos hacer las cosas a tu propio ritmo!

Con una mano temblorosa busqué mi teléfono y marqué el número de Alonso.

—¿Hola?

—Alonso, soy yo —dije con voz temblorosa. —¡De verdad necesito tu ayuda!.

## Capítulo 24

Alonso

Mi pecho estaba hecho un nudo mientras cruzaba la ciudad a toda velocidad, desesperado por ir buscar a Paula. Sonaba tan perturbada al teléfono que apenas pude entenderla -¿qué demonios pasó? Lo único que pude entender fue que estaba desesperada, y mi corazón tiembla mientras conduzco hasta su casa. *Dios, espero que esté bien*, pensé mientras presionaba el acelerador a fondo. ¡No podría vivir conmigo mismo si algo le sucediese!

Cuando llegué a su apartamento corrí adentro sin tocar la puerta. La cocina era un desastre -sillas en el suelo, pasta y salsa roja por todas partes. *Ay mierda*, pensé mientras miraba a mi alrededor preso del pánico. *Alguien debe haber entrado*. Apreté mis manos en puños. Si alguien ha irrumpido y lastimó a Paula, haré que se arrepienta de haber nacido.

Corrí por el pasillo y toqué la puerta de Paula. —Paula, soy yo —grité. — ¡Déjame entrar!

Ella estaba llorando al otro de la puerta. —¿Se ha ido? —Preguntó sollozando. —¡No quiero abrir la puerta a menos que se haya ido!

—No hay nadie aquí. No sé de qué estás hablando.

Sentí que le quitó el seguro a la puerta y la abrió. Sus ojos estaban rojos. — Oh por Dios, Alonso —dijo, colapsando en mis brazos. —Fue horrible. La confronté y empezó a llorar, así que pensé que podía darle un abrazo para intentar calmarla. Y luego intento besarme y no dejaba de decir que estábamos hechas la una para la otra y que somos perfectas juntas—. La voz de Paula se elevaba a un tono casi histérico.

—Oh mierda —susurré. —No puede ser cierto todo lo que dices. Esta mal.

Paula me miró con los ojos llenos de lágrimas y sacudió la cabeza. — Desearía que todo fuera una mentira.

Suspiré. —De acuerdo. Agarra algunas cosas. Ropa, tus cosas de la universidad y tus cargadores. Te vas a quedar conmigo por un tiempo, hasta que puedas encontrar otro lugar.

Pensé que Paula se resistiría. En cambio, lanzó su ropa en un bolso y tomó su computadora, algunos artículos de tocador y algunos pares de zapatos. Cuando estuvo lista, la guie a la salida. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas.

No puedo creerlo -mi hermana había perdido la cabeza por completo.

—Se ha vuelto loca. No logró entenderlo de otra forma.

Paula se encogió de hombros y suspiró. —Yo tampoco —dijo—. Fue horrible, Alonso. Era una persona completamente diferente. Su mirada estaba perdida y solo quería una cosa. A mi.

—Bueno, está bien. Ella no tiene llaves de mi casa, y probablemente esté avergonzada por haber actuado de esa manera. Espero que se le pase pronto.

Paula suspiró, apoyando su cabeza contra la ventana del pasajero.

Permanecemos en silencio mientras conducía por la ciudad. Cuando llegamos a mi edificio, la ayudé con sus maletas. Paula miró a su alrededor como si fuese la primera vez que venía a mi edificio.

—Gracias —dijo suspirando. —Esto es muy amable de tu parte, Alonso. Solo avísame si me convierto en una carga, por favor. Tengo otro amigo con el que puedo quedarme, Diego.

Me reí. —No hay forma de que te permita quedarte con otro hombre —dije acercándome a su oído.

Paula estalló en risas. —Es gay. Es el chico con el que salí antes de que tú y yo empezáramos a... ya sabes.

Sacudí mi cabeza. —Aun así. Eres mía y no eres ni seras ninguna carga.

La tensión sexual entre nosotros era palpable. Había estado planeando follarme a Paula ese día, pero pensé que estaría demasiado perturbada. Aun así, pude notar por la forma en la que sus tetas se movían y por cómo sus ojos estaban fijos en mí, que estaba caliente y cachonda.

—¿Estás lista para tu próxima lección? —Pregunté levantando una ceja.

Paula se mordió el labio y mi pene se retorció en mis pantalones y mis bolas dolieron, anhelando ser chupadas por sus labios perfectamente rosados.

—Sí —dijo suavemente. —Lo estoy. Te extraño demasiado.

Sonreí. —Qué bueno. Ven conmigo.

Me siguió hasta la habitación principal. La tomé en mis brazos y la besé apasionadamente, frotando mis manos por su espalda. Paula ronroneaba en mi boca. Deslizó su lengua entre mis labios y los mordisqueó, deseándome tanto como yo a ella. Deslicé mis manos hasta su trasero y la apreté, amando como sus nalgas se agitaban en mis manos. Archeó su espalda y presionó sus tetas contra mí, llenándome de lujuria.

—Quítate la ropa —susurré apartándome de ella. —Y no apartes la mirada ni por un segundo.

Temblaba. Sus mejillas se colorearon de un tono rosa brillante mientras se

quitaba el vestido, las bragas y el brasier. Miré su cuerpo desnudo, pensando en todas las cosas sórdidas y deliciosas que aún me quedaban por explorar con ella.

Me desabroché la camisa, me la quité y luego seguí con los pantalones. Mi pene se liberó cuando me bajé los boxers y los arrojé al suelo. Una excitación animal se apoderó de mi cuerpo y sonreí.

Ella se arrodilló.

—No —dije suavemente. —Súbete a la cama.

Paula se vio confundida por un momento, pero obedeció, se recostó en la cama y abrió sus piernas. La parte interior de sus muslos se veía brillante y mojada por los fluidos de su vagina, e inhalé profundamente, saboreando el aroma. Me arrastré sobre su cuerpo y dejé mis rodillas entre sus piernas abiertas. Alcancé la mesita de noche, saqué un tubo de lubricante y vertí un poco en mis dedos, frotándolos para calentarlo.

—Quiero que frotes tu clítoris, justo como lo hiciste cuando hablábamos por teléfono. Y voy a jugar con tu trasero hasta que estés lista para perder tu virginidad anal.

Paula se sonrojó intensamente. Lamió sus labios y asintió, cerrando sus ojos y llevando su mano a su entrepierna. Casi acabo ahí mismo al ver sus gordos dedos masajear su clítoris. Hizo lo que le pedí obviamente disfrutando sus propios estímulos. Jadeaba y se retorció de placer.

—Abre más tus piernas —dije—. Tanto como puedas.

Cuando comenzó a abrirse —En realidad, olvídate de eso. Quiero que te pongas en cuatro, de cara a la pared. Sigue frotando tu clítoris y abre las piernas.

Se puso de rodillas. Su vagina se veía deliciosa mientras se frotaba. Los fluidos sobresalían de su pliegue y me acerqué para oler su deliciosa fragancia. Con mi pene palpitando de lujuria, le acaricié suavemente su trasero fruncido.

—Relájate. Relájate, vas a disfrutarlo, lo prometo.

Paula se relajó. Cuando su pequeño capullo estuvo menos tenso, suavemente froté mi pulgar contra él, empujando un poco hacia adentro. Jadeó. Sentía que me dolían las bolas y ansiaba empujar mi pene profundamente dentro de su agujero, pero sabía que debía hacer que se sintiera lo más cómoda posible.

—Dios —gritó. Empujó su trasero hacia mí y suavemente empujó mi dedo dentro, masajearlo el delicado tejido hasta que sentí que se soltó.

—Quiero follarte. Y quiero que te sigas acariciando en todo momento,

¿entiendes?

—Sí —respondió sin aliento.

Temblando de lujuria, me puse un preservativo, tomé el lubricante y cubrí mi pene con él hasta que quedara reluciente y resbaladizo. Suavemente, moví en círculos mi dedo dentro de su orificio para aflojarlo y cuando sentí que estaba listo empujé la cabeza de mi pene.

—Solo relájate y disfruta lo que se viene —dije.

Hizo un ruido de placer mientras me deslizaba dentro de ella. Estaba tan estrecha y caliente que apenas podía respirar. Y se sentía tan increíblemente bien que no pude evitar gemir. Sujetándome de sus caderas, empecé a balancearme y a empujar.

Paula gimoteó, pero pude notar que estaba disfrutando. Todo su cuerpo estaba relajado, y sus temblores sacudían su cabello. En respuesta, ella empujaba su trasero contra mi.

—Dios. Se siente increíble, cariño, me encanta.

—Me encanta tu pene en mi trasero —gimió ruidosamente. Tembló y arqueó la espalda. —¡Fóllame mas duro, Alonso!

Introduje mi pene completamente hasta la base y sentí como mi orgasmo avanzó como un camión. Un par de estocadas más y mis bolas se encogieron y se estremecieron, y mi pene se desbordó dentro del trasero de Paula, llené el látex con semen. Mi explosión hizo que ella colapsara, temblara y gritara, frotando frenéticamente su clítoris. La habitación estaba inundada con un olor denso y arcilloso, y temblaba mientras sacaba mi pene.

Paula sonrió mientras se dejó caer en la cama, sudada y exhausta. —Eso estuvo increíble, no creí que me pudiera gustar así.

—Te quiero, Alonso —dijo suavemente.

Me incliné y la besé. —Te quiero más —dije. Le guiñé un ojo mientras me quitaba el preservativo, me dejé caer en la cama y envolví su cuerpo sudoroso con mis brazos. —Y por ahora, yo diría que tu educación está completa.

Los ojos de Paula se agrandaron como platos. —¿De verdad?

Sonreí. —Bueno, nivel uno de todos modos, pero pasaste con las mejores notas.

Paula se sonrojó. Se acurrucó un poco más y cerré los ojos.

Nunca me había sentido tan cómodo y seguro con alguien. Tan, feliz.

Las clases habían terminado, pero yo quería seguir con la practica al lado de esta chica. No sentía ni un poco de aburrimiento. Me sentía completo. Esto solo significaba que esto no se trataba solo de lo sexual, esto era mas grande.

Yo en verdad estaba enamorado. Y ella era mi complemento.

# Epílogo

Paula

## *Un año después*

—Realmente me gusta lo que hiciste con el lugar —dije mirando a mi alrededor. —Se ve fantástico, Carla.

Carla sonrió. —Me gusta —dijo. Se encogió de hombros. —Y a Adriana también le gusta.

Sonreí. —Me alegra que estén juntas. Es una buena chica.

Ella asintió. —Lo es.

Se mordió el labio y se inclinó un poco hacia atrás. —Paula, escucha... sobre lo que paso el año pasado, lamento mucho haber actuado de esa manera —. Sacudió su cabeza y suspiró. —No puedo creer que perdí la cabeza contigo ese día, y lamento haber sido una bruja celosa cuando se trataba de Alonso y de ti.

Agité mi mano en el aire. —Oye, no te preocupes. Todo salió bien, ¿no?

—Sí —dijo suavemente. —Así fue.

Las cosas estuvieron complicadas entre mi mejor amiga y yo durante un largo tiempo. No nos hablamos durante meses luego del incidente el año pasado cuando Carla me besó y me amenazó. Durante ese tiempo Alonso fue mi pilar. Siempre estuvo ahí cuando lo necesité. Siento amoroso y atento, como no esperé nunca. La convivencia con él, también fue mejor de lo que esperaba. A decir verdad, nos complementamos muy bien juntos. Entre las tareas domesticas, mis estudios y su trabajo, ya tenemos un ritmo y todo fluye bien. Ambos nos hemos pulido en cuanto a ser buenos novios.

Y estamos más enamorados que nunca... sin mencionar que continuó con mi “educación” ahora en el modo de practica.

Cuando el año escolar comenzó otra vez, a Carla y a mí nos tocaron tres clases juntas. Ahí fue cuando me di cuenta que la quería de vuelta en mi vida, que tendríamos que hacer las paces. Estaba demasiado nerviosa el día que me acerqué para invitarla a tomar café, solo para hablar. Ella aceptó, y fuimos al

mismo café que fui en mi cita fallida con Diego. Hablamos (y lloramos) y Carla se disculpó por todo. Dimos el tema por superado, aunque sé que aún se siente culpable. A veces lo trae a colación.

Inicialmente había planeado encontrar un apartamento para mí y mudarme sola, pero ya estaba tan acostumbrada a vivir con Alonso que no quise irme. Me pidió oficialmente que nos mudáramos juntos en nuestro aniversario de los seis meses, y anduve en las nubes por eso. Lo quiero mucho más que antes, en especial porque ha sido muy bueno cuidando de mí. Es como estar realmente con el mejor hombre del mundo.

Justo después de que Carla y yo arregláramos nuestra amistad -empezamos lento, tomándonos unos tragos algunas veces por semana y cosas así- ella conoció a alguien. Una gordita de cabello castaño llamada Adriana, que se enamoró rápido e intensamente de mi mejor amiga. Son la pareja más linda que he visto y es genial ver a Carla tan feliz. Lo mejor de todo es que realmente me hizo sentir que había superado su extraña obsesión conmigo.

Me estaba poniendo de pie mientras la puerta principal se abrió y entró Adriana. Cuando me vio, sonrió.

—Hola, Paula —dijo—. No sabía que vendrías hoy. ¿Cómo está todo?

Sonreí. —Todo bien —respondí. —No puedo quedarme demasiado, Alonso dijo que cocinaría la cena de hoy.

Carla estalló en risas. —Quizás deberías tener un plan B. Estoy segura que para Alonso “cocinar” significa macarrones con queso y sopa de lata.

Me encogí de hombros. —Me gustan los macarrones con queso. Además, creo que es dulce de su parte hacer la cena.

—No tienes esperanza —dijo—. Pero me alegra que hayas encontrado la felicidad y hayas logrado convertir al idiota de mi hermano en un buen hombre.

—No fue a propósito —dije sonriendo.

—No, está totalmente transformado —dijo. Se volteó para mirar a Adriana. —Adriana, no lo creerías, pero mi hermano solía ser el soltero más codiciado de San Juan.

Ella sonrió. —No es difícil de imaginar —dijo y se sentó al lado de Carla y empezó a acariciar su espalda.

—Antes era así, pero ya no —agregué.

Carla suspiró de nuevo. —Hablando de familia, ¿vas a venir a cenar este fin de semana? Mamá está haciendo mucho alboroto al respecto por alguna razón.

—Sí —respondí. —Alonso me dijo que tenía una sorpresa para mí, y que

iríamos a casa de sus padres a celebrar.

Carla se sonrojó. —Genial —dijo—. Me alegra que mamá finalmente haya entrado en razón.

—Yo también. —Cuando Alonso y yo estábamos empezando, su madre no había sido muy... agradable. Pero luego de unos meses, cuando se dio cuenta que de verdad quiero a su hijo, se relajó. Nos volvimos más unidas y comencé a disfrutar el construir una relación con ella.

Mi teléfono vibró y lo saqué de mi bolsillo. Un mensaje de texto: “¿vienes a casa pronto? Te tengo una sorpresa”.

—Tengo que irme —dije—. Creo que Alonso ya empezó la cena.

Carla se rio. —Si te intoxicas y quieres que te llevemos un poco de sopa más tarde, avísame—. Se levantó y me abrazó. Me despedí de Adriana, luego tomé mi bolso y salí del apartamento. El brillante Mustang de Alonso estaba estacionado en la acera y no pude evitar sonreír cuando lo vi.

—Hola. Pensé que podría llevarte a casa.

Sonreí feliz. —Gracias —dije. Me subí al auto, me incliné un poco y lo besé. Como siempre, el beso de Alonso hizo que mi corazón saltara y que mis pezones se tensaran de emoción.

Se alejó un poco. —Tengo una sorpresa para ti en casa —dijo.

—Ya lo mencionaste —dije sonrojándome. —¿Qué es?

—Si te lo dijera, no sería sorpresa.

Mi ansiedad y mi emoción crecían mientras Alonso conducía a través de la ciudad. Tan pronto como llegamos a nuestro apartamento, me quedé sin aliento. La sala de estar estaba repleta de peonías -mis flores favoritas- y comida para llevar de Spice Nation (mi restaurante de comida india favorito) en la mesa.

—Esto es mejor que tu promesa de cocinar la cena —dije sonriendo. Mi estómago retumbó y me incliné para besar a Alonso.

—Me alegra que lo apruebes —dijo levantando una ceja. —Porque hay una cosa que quiero de ti.

—¿Ah sí? —Lo miré ingenuamente y me mordí el labio. —¿Qué sería?

Alonso se arrodilló. Y cuando sacó una pequeña caja de Cartier de su bolsillo, me quedé sin aliento, de nuevo.

—Paula Rizzo, ¿me harías el hombre más feliz de la tierra haciéndome el honor de ser mi esposa? —Los ojos azules de Alonso brillaron de sinceridad.

—¡Oh por Dios! —Chillé. —¡Sí! ¡Sí! Por supuesto amor.

Alonso se levantó y deslizó el hermoso anillo de diamantes en mi dedo. Me

abrazó y besó mi cuello. Lágrimas de felicidad inundaron mis ojos, envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo abracé con fuerza.

—Te amo —dijo Alonso, alejándose un poco para poder verme. —Siempre lo haré, Paula.

La felicidad me llenó por completo y no pude evitar llorar. Me siento dividida entre mirar a mi prometido y mirar mi anillo.

—Yo también te amo —dije suavemente. —Me has hecho la mujer más feliz de la tierra.

Alonso sonrió. —Bien —dijo—. Espero hacer eso todos los días, Paula—. Acercó una mano para limpiar una lagrima de mi mejilla. —Te amo más que a nada, y siempre te protegeré—. Sonrió. —Y te daré muchos orgasmos. Prometo hacer eso también.

Me sonrojé. —Más te vale —dije suavemente. —Porque deseo tener una vida larga, feliz y orgásmica contigo.

Cuando cerré los ojos y recosté mi cabeza en el cuello de Alonso, supe que todo había calzado en su lugar, estaba en el lugar correcto, con la persona correcta.

Nunca esperé encontrar este tipo de felicidad, pero convertirme en la señora Ferro es un sueño hecho realidad. No tengo idea de qué nos depara el futuro, pero sé que mientras Alonso y yo estemos juntos, todo será absolutamente perfecto.

○○○○○

**El Fin**

○○○○○